

C.H. SPURGEON



SERMONES
DEL AÑO DE
AVIVAMIENTO

**SERMONES
DEL AÑO
DE
AVIVAMIENTO**

C. H. SPURGEON

EL ESTANDARTE DE LA VERDAD

EL ESTANDARTE DE LA VERDAD
3 Murrayfield Road, Edinburgo EH12 6EL
Gran Bretaña
P.O.Box 621, Carlisle, Pennsylvania 17013,
EE.UU.

Primera edición en español: 1959
Segunda edición en español: 1996
ISBN 0 85151 7110
Dep. Legal: B. 39.711 - 1996

Diseño portada y composición:
M. C. Ministerios Creativos
Aragó, 429, prl. 1 - 08013 Barcelona

Impreso por Romanyà/Valls, S.A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

«La antigua verdad que San Pablo predicó, que San Agustín predicó, y que Calvino predicó, es la verdad que yo también debo predicar. De no hacerlo, dejaría de ser fiel a mi conciencia y a mi Dios.»

C. H. SPURGEON.

ÍNDICE

Introducción	9
1. La Historia de las Grandes Obras de Dios	29
«Oh, Dios, con nuestros oídos hemos oído, nuestros padres nos han contado, la obra que hiciste en sus días, en los tiempos antiguos.» -Salmo 44:1.	
2. La sangre del Pacto Eterno	63
«La sangre del testamento eterno». -Hebreos 13:20.	
3. La Necesidad de la Obra del Espíritu Santo ...	91
«... y pondré dentro de vosotros mi Espíritu». -Ezequiel 36:27.	
4 Elección y Llamamiento	119
«Y a los que predestinó a estos también llamó». -Romanos 8:30.	
5 Un Sermón de Despedida	149
«Por tanto, yo os protesto el día de hoy, que soy limpio de la sangre de todos: porque no he rehuído de anunciaros todo el consejo de Dios.» -Hechos 20:26-27.	

100
100
100

1

INTRODUCCIÓN

El año 1859 fue de escaso significado político para hacerlo permanentemente memorable. La agonía de la guerra de Crimea y los efectos causados por el Motín de la India, ya habían pasado. La Guerra Civil Americana, con sus repercusiones sobre el comercio inglés, todavía no había empezado. Al otro lado del Canal, los conflictos entre Francia y Austria se desarrollaban sobre la Península Italiana sin interferencia inglesa. Con rutinaria normalidad, la reina Victoria cumplía sus veintidós años de reinado, y en Westminster, por segunda vez, lord Palmerston tomaba posesión del cargo de primer ministro, cargo que desempeñaría sin acontecimiento alguno de importancia. Sin embargo, en los anales de la Iglesia Cristiana, este año se destaca como un verdadero año de gracia. Desde entonces Inglaterra no ha conocido otro año como éste, y es por eso que los movidos episodios del mismo merecen un recuerdo duradero.

Un martes por la noche, concretamente el día 4 de enero de 1859, Charles Haddon Spurgeon, que entonces contaba veinticuatro años de edad, dirigía la palabra a una gran multitud congregada en Exeter Hall, bajo los auspicios de la Asociación Cristiana de Hombres Jóvenes. El tema de su discurso versó sobre la propagación de la fe (*De Propaganda Fide*), y, en el mismo, Spurgeon abogó por la necesidad de un avivamiento: «Aun en esta hora debemos confesar que no gozamos de la presencia del Espíritu Santo en la medida que nosotros lo deseáramos... ¡Oh, qué resultados se producirían en los congregados aquí esta noche, y sobre todas las asambleas de los santos, si descendiera el Espíritu de Dios! No buscamos exaltaciones extraordinarias –que son las falsas acompañantes de todo avivamiento genuino– sino que deseamos que el Espíritu Santo sea derramado sobre nosotros... El Espíritu sopla sobre nuestras iglesias con su aliento afable, pero no es más que un soplo suave, ¡Oh, si viniera como un viento recio que arrebatara todo en pos de sí! ¡Esta ha sido la necesidad de todos los tiempos; esto es lo que hace falta en nuestra nación! ¡Oh, que nos venga como una bendición del Altísimo!» Este deseo se cumplió. En la primavera del año 1859, y haciéndose eco del avivamiento que había empezado en América en el invierno de

INTRODUCCIÓN

1857-58, se inició un gran despertamiento en la parte norte de Irlanda y en el país de Gales. A principios de verano ya se había propagado desde Irlanda a Escocia, y al finalizar el año, Spurgeon podía escribir: «Los días de refrigerio por la presencia del Señor, finalmente se dejan sentir en nuestra nación».

De entre todos los predicadores de aquel año de gracia, el Señor se sirvió, de una manera extraordinaria, de C. H. Spurgeon; y aunque Londres no llegara a ser el centro de escenas de avivamiento, tales como las que se podían presenciar en otros lugares, aun con todo, no existía en toda la nación una voz más influyente que la del joven pastor de la capilla de New Park Street. Hacía cinco años que Spurgeon había dejado una humilde obra Bautista en Waterbeach, cerca de Cambridge, para aceptar el pastorado de esta iglesia londinense; contaba a la sazón diecinueve años¹. La iglesia de New Park Street se encontraba en avanzado estado de decadencia. No más que 200 personas se reunían en un edificio

1. Spurgeon nació en Kelvedon, Essex, el día 19 de junio de 1834. Se convirtió en enero de 1850. En diciembre de 1853 predicó por primera vez en New Park Street, y se le ofreció el pastorado de esta iglesia, que él aceptó, en abril de 1854. Permaneció con esta congregación hasta el día de su muerte.

designado para 1.200 almas. Sin embargo, en un período de doce meses, el edificio llegó a llenarse por completo. Para febrero de 1855, la ampliación de la vieja estructura llegó a constituir una necesidad urgente, y la congregación decidió celebrar las reuniones en Exeter Hall (capaz de congregar a más de 2.500 personas), hasta mayo, fecha en que se terminarían las reformas. Sin embargo, la ampliación de la capilla en New Park Street, resultó insuficiente, ya que todo Londres se dio cuenta del nuevo predicador, e incluso los periódicos anunciaban que «desde los tiempos de Wesley y Whitefield no había existido un interés religioso tan profundo». En junio de 1856, la congregación se vio obligada a volver de nuevo a Exeter Hall para los cultos de la noche, y se abrió un fondo especial para construir un nuevo edificio. En noviembre la congregación otra vez tuvo que trasladarse, y durante tres años la asamblea de New Park Street se reunió en el Surrey Gardens Music Hall. Domingo tras domingo, y durante todo este tiempo, Spurgeon predicó el Evangelio a una audiencia que oscilaba entre las 5.000 y 9.000 almas. Además, durante la semana predicaba generalmente unas diez veces más. Por el año 1859, Spurgeon ya había predicado en Escocia, Irlanda y la mayor parte de Inglaterra. Declinó repetidas invitaciones para ir a América, pero tanto allí como en

INTRODUCCIÓN

otras partes del mundo sus sermones encontraban un elevado número de lectores.

Era, pues, evidente que mucho antes de 1859 el poder del Espíritu Santo ya se había manifestado eficazmente en el ministerio de Spurgeon. A finales de este año de avivamiento, y en el prólogo del volumen quinto del *New Park Street Pulpit*, Spurgeon escribía: «En medio de estas nuevas muestras de amor divino, es muy agradable visitar los lugares que por mucho tiempo han sido favorecidos, no solamente con ansiados frutos, sino también con alegría y gozo indecible. Y este es el caso con la iglesia a la cual se le predicaron estos sermones. Su arco permanece con firmeza... Por seis años el rocío no ha dejado de descender, ni la lluvia ha sido jamás rehusada». Y añadía Spurgeon: «Actualmente el número de convertidos es más numeroso que en tiempos pasados, y el celo de la iglesia crece extraordinariamente». Indiscutiblemente, incluso para su ministerio, el año 1859 fue extraordinario.

Algunos hechos de este memorable año merecen destacarse. El día primero de marzo, Spurgeon predicó a una numerosa concurrencia en el Tabernáculo de Whitefield. El 10 de julio, y con motivo de haber perecido un hombre en Clapham Common, víctima de un rayo, Spurgeon predicó en este lugar a más de 10.000 personas. La reunión tuvo

lugar al aire libre, y el tema de su sermón fue: «Estad también vosotros listos». Dos días más tarde, en otra reunión al aire libre, Spurgeon predicó a otra multitud en Rowland's Castle, en un valle cerca de Havant. En este lugar, las mismas montañas recogieron el sonido de su voz, mientras que las multitudes, en suspenso, podían oír la conmovedora exhortación –repetida a lo lejos por el eco–: «¡VENID, VENID, VENID!» El día 20 del mismo mes, Spurgeon predicó en Gales por primera vez, y de nuevo al aire libre, a una multitud que oscilaba entre las 9.000 a 10.000 personas. Los habitantes de Castleton, entre Newport y Cardiff, donde tuvo lugar esta reunión, tuvieron motivos sobrados para recordar tal acontecimiento hasta el mismo día de su muerte.

Estas reuniones al aire libre celebradas en distritos rurales, constituyeron una faceta distintiva del ministerio de Spurgeon en aquel año. Aun ya muy entrado el año, en octubre de 1859, todavía encontramos a Spurgeon predicando al aire libre a una congregación de 4.000 personas en Carlton, Bedfordshire.

1859 fue también el último año en que Spurgeon predicó en el Surrey Gardens-Music Hall. Por algún tiempo los propietarios del mismo no se atrevieron, en domingo, a abrir el auditorio y sus dependencias para diver-

INTRODUCCIÓN

siones públicas, pues habían sido advertidos por Spurgeon de que, si lo abrían, la congregación dejaría de usar el edificio, y con ello los propietarios se hubieran visto privados de un alquiler muy respetable. Pero más tarde, confiando obtener un beneficio más crecido, abrieron el lugar para diversiones, forzando así a Spurgeon a cumplir su palabra. Con ocasión de tener que abandonar el Music Hall, Spurgeon predicó el sermón de despedida que se incluye en este libro. Después de esto, los empresarios del edificio se arruinaron completamente, no sólo moral sino también monetariamente, y en 1861 el Hall fue destruido por un incendio. Años más tarde, alguien escribió las siguientes impresiones de las últimas reuniones en el Music Hall: «Yo nunca olvidaré aquel sermón del 17 de julio de 1859: «La historia de las grandes obras de Dios». ¡Cómo disfruté Spurgeon predicando aquella mañana! Hacía mucho calor, y él constantemente se secaba el sudor de su frente, pero su incomodidad en nada afectó su discurso; sus palabras fluían como un torrente de sagrada elocuencia... Yo estaba presente, también, en el último culto que se celebró en el Music Hall, el 11 de diciembre de 1859. Hacía mucha niebla aquel día, pero aún así el local estaba tan repleto como en otras ocasiones. Yo ocupaba uno de los asientos de delante en la segunda

galería, de modo que disfrutaba de una vista espléndida de toda la concurrencia. En un fervoroso sermón, el señor Spurgeon presentó todo el consejo de Dios. Siempre hay una nota triste en aquello que pone fin a algo; y así, mientras abandonaba el lugar, me di cuenta de que una de las experiencias más felices de mi juventud pertenecía ya al pasado. Y así fue también, en mi opinión, como se terminó una de las más románticas escenas de la maravillosa vida de Spurgeon».

Los sermones que se incluyen en este libro fueron todos predicados en el Surrey Music Hall y son típicos de los muchos allí predicados. En ellos se encontrará la razón que explica el extraordinario éxito que en todo tiempo acompañó al ministerio de Spurgeon. ¿Qué es lo que reunía y sostenía a una congregación de 8.000 almas? ¿Propaganda? ¿Cultos vistosos? ¿Acompañamientos musicales? ¿Consejeros organizados? No; Spurgeon no tenía ninguna de estas cosas. «Pero era el mismo Evangelio que se predica hoy en día en todas partes», quizá pensará alguien. Ciertamente, lo que él predicaba era el Evangelio, pero en el evangelismo que tan profusamente se estila hoy en día, ¿encontramos el mismo Evangelio de Spurgeon? Que el lector de estos sermones —con toda seriedad— conteste por sí mismo a esta pregunta.

INTRODUCCIÓN

El poder del ministerio de Spurgeon residía en su teología. Él descubrió de nuevo lo que la Iglesia hacía tiempo había olvidado: el poder evangélico de las llamadas *doctrinas calvinistas*. En el sermón que predicó con motivo de la colocación de la primera piedra del Metropolitan Tabernacle (15 de agosto de 1859. Spurgeon declaró: «Nosotros creemos en los cinco puntos que comúnmente se llaman calvinistas. Los concebimos como cinco grandes luces que irradian de la cruz de Cristo»². Al inaugurarse el Tabernáculo en 1861, el tema de los diferentes sermones fue precisamente sobre estos cinco puntos: Elección, Depravación de la Raza Humana, Redención Particular, Llamamiento Eficaz, y la Perseverancia Final de los Creyentes³. Lejos de considerarlas como un estorbo para su evangelismo, Spurgeon consideró estas verdades como la fuerza impulsora que mueve el ministerio evangélico. «La elección –y me refiero aquí a todo el conjunto de verdades que se agrupan en torno a ella, como si ésta fuera un sol central– no solamente tiene un poder sazoador, sino que además comuni-

2. *La vida y la obra de C. H. Spurgeon*, por G. Holden Pike, vol. II, Pág. 315.

3. *The New Park Street and Metropolitan Tabernacle Pulpit*, vol. VII, pág. 304-28

ca gusto y cualidad a todas las otras doctrinas. El evangelismo más puro brota de esta verdad... Esta doctrina, que a primera vista parece como si condenara todo esfuerzo a la indolencia e hiciera sentar al hombre en indiferencia y desespere, es verdaderamente nada menos que la trompeta de Dios para despertar a los muertos. Y porque honra a Dios, Dios la honrará».

Además, Spurgeon percibió una conexión vital entre la proclamación de estas verdades y la aparición de avivamientos. «En la historia de la Iglesia, y con la excepción de unos pocos casos, no encontraréis ningún avivamiento que no haya sido producido por una fe ortodoxa. ¿No fue así con la gran obra llevada a cabo por Agustín, al despertar súbitamente la Iglesia del sueño funesto y mortal dentro del cual el pelagianismo la había sumido? ¿Qué fue la Reforma, sino un despertar de las mentes humanas a estas verdades antiguas? Aunque los luteranos modernistas de hoy en día hayan abandonado sus antiguas doctrinas, y aun cuando algunos de ellos no estarán de acuerdo conmigo, de todos modos debo decir que Lutero y Calvino no mantuvieron discusión alguna con respecto a la predestinación. Sus puntos de vista eran idénticos, y la obra de Lutero sobre «El Cautiverio de la Voluntad» es tan enfática con respecto a la libre gracia de Dios

INTRODUCCIÓN

como si se tratara de un escrito de Calvino. Escuchad al gran reformador cuando dice en este libro: «El lector cristiano ha de saber que Dios no prevé nada de una manera contingente, sino que antes, por el contrario, Él prevé, propone y actúa de acuerdo con su eterna e inmutable voluntad. Ésta viene a ser como un golpe de trueno que rompe y vence al libre albedrío».

¿Puedo mencionaros nombres más célebres que los de Hus, Jerónimo de Praga, Farel, Knox, Wyckliffe, Wishart y Bradford? Todos estos reformadores sostuvieron los mismos puntos de vista, y en su día, los avivamientos arminianos⁴ no sólo hubieran sido inconcebibles, sino también imposibles de soñar. Y refiriéndonos a un avivamiento más recién-

4. Bajo este nombre se designa a todo seguidor de las doctrinas de Arminio. Este teólogo holandés del siglo XVII, introdujo un sistema teológico bastante contrario a la doctrina bíblica de los Reformadores. Entre otros errores, el Arminianismo toma muy a la ligera la doctrina del pecado original. Sostiene el que, aún después de la caída, el hombre todavía conserva la facultad de escoger libremente y hacer el bien. La salvación del pecador no depende completamente de la gracia de Dios, sino de la «libre voluntad» del hombre que, en última instancia, puede aceptarla o rechazarla. El Arminianismo fue oficialmente condenado en el Sínodo de Dort (1618-1619), pero es importante notar que, en la actualidad, este sistema doctrinal tan contrario a las enseñanzas bíblicas, se ha convertido en la teología oficial de un gran sector del Protestantismo. *Nota del traductor.*

te, al de Juan Wesley, y en el que los metodistas wesleyanos contribuyeron tan extensamente, parece ser, a primera vista, que este avivamiento constituyó una excepción a lo dicho hasta aquí; sin embargo, permitidme que os diga que el poder doctrinal del metodismo wesleyano reside en su calvinismo. La mayor parte de los metodistas rechazan totalmente las doctrinas del pelagianismo. Defienden la doctrina de la depravación total del hombre, la necesidad de una intervención directa del Espíritu Santo en la salvación, y que el primer paso en la conversión proviene, no del hombre, sino de Dios. ¿No es cierto, acaso, que muchos de los sermones de Juan Wesley están saturados de aquella gran verdad: que el Espíritu Santo es necesario para la regeneración? Sean cuales sean sus errores, lo cierto es que él continuamente predicó la absoluta necesidad de un nuevo nacimiento a través de la obra del Espíritu Santo. Pero también en otros puntos estamos de acuerdo con Wesley, como por ejemplo en lo que respecta a la incapacidad humana.

Y dirigiendo ahora nuestra atención a los avivamientos del continente americano, descubrimos cuán falsa es la acusación de que las doctrinas calvinistas son contrarias a todo avivamiento. Reparad en el sacudimiento espiritual obrado por la predicación

INTRODUCCIÓN

de Jonatán Edwards, y también de otros muchos predicadores americanos. O, si lo preferís, volved vuestra atención a Escocia: ¡qué no diremos de M'Cheyne! ¡Y de aquellos famosos calvinistas tales como Livingstone, Chalmers, Wardlaw, Haldane, Erskine, y otros muchos! Todos estos siervos de Dios sostuvieron y predicaron, sin vacilación de ninguna clase, las grandes verdades del calvinismo, ¿y con qué resultado? Dios reconoció el mensaje de ellos y multitudes fueron salvas. Y sin que ahora trate de enorgullecerme de mi trabajo para el Señor, me atrevo a decir que nunca he podido observar que la predicación de estas doctrinas por mi parte pusieran esta iglesia a dormir; sino que antes, por el contrario, sus miembros, además de amar y sostener estas verdades, agonizan por las almas de los hombres. Las 1.600 o más personas que he bautizado, una vez hubieron confesado su fe, constituyen un testimonio vivo de que estas antiguas verdades no han perdido su poder para promover avivamientos religiosos»⁵.

5. *The New Park Street and Metropolitan Tabernacle Pulpit*, volumen VII, págs. 302-303. El avivamiento de 1859 fue una ilustración de la conexión que existe entre las doctrinas calvinistas y los avivamientos. Otros líderes de este departamento, tales como Brownlow North (cuya predicación fue tan influyente en Escocia y en Irlanda) reconocieron este hecho: «No deja de ser provechoso notar que la mayoría de los siervos que

Para explicar la falta de poder en los sermones de algunos predicadores que no parecían afectar a alma alguna, Spurgeon decía: «La razón está, creo, en que ellos no saben lo que en realidad es el Evangelio; tienen miedo del verdadero evangelio calvinista, y por consiguiente el Señor no reconoce su ministerio»⁶. Hablando de la influencia de estas doctrinas sobre su propia iglesia, Spurgeon escribía: «Entre los muchos candidatos para el bautismo y para la membresía de esta iglesia, había un gran número de jóvenes y también de gente de más edad... Yo me deleitaba al oírles expresar tan claramente, no sólo las grandes verdades fundamentales de la justificación por la fe, sino también al dar ellos clara evidencia de haber sido instruidos en las doctrinas que se ciñen en torno al pacto de la gracia. Yo creo que una de las razones por las cuales esta iglesia ha sido tan distintamente bendecida por Dios, es porque la mayoría de aquellos que se han sumado a nuestras filas han estado bien fundamentados en la antigua fe de los

Dios ha escogido para iniciar avivamientos nacionales, desde el inglés Wyclife al bohemio Huss, han sido agustinianos o calvinistas en sus puntos de vista teológicos». (*Records and Recollections of Brownlow North (1810-75)*, by K. Moody-Stuart, pág. 258).

6. *Autobiografía de C. H. Spurgeon*, vol. II, pág. 99.

INTRODUCCIÓN

puritanos y de los covenantarios, y, por consiguiente, no han podido ser apartados ni alejados de nosotros»⁷. Exhortando a sus compañeros en el ministerio, Spurgeon decía: «Hermanos, en la proporción en que un ministro es fiel, dependerá la bendición de Dios. ¿Podéis esperar que el Espíritu Santo ponga su sello de aprobación a una mentira? ¿Podéis esperar que Él bendiga aquello que Él no ha revelado, o confirmar con señales aquello que no es verdadero? Cada vez estoy más convencido de que si deseamos tener a Dios a nuestro lado, debemos guardar su verdad»⁸.

Cualquier error con respecto a las doctrinas mencionadas anteriormente, Spurgeon lo concebía como un atentado a la esencia misma del Evangelio. El arminianismo —o el error que sostiene que Cristo murió para la salvación de todos, y de que el hombre tiene que decidirse por Cristo antes de que Dios pueda convertirle— fue severamente condenado por Spurgeon: «La herejía de Roma no es otra que la de añadir algo a los perfectos méritos de Cristo, la aportación de las obras de la carne para ayudar a nuestra justicia.

7. *Ibid.* vol. II, pág. 225.

8. *An All-Round Ministry*, Addresses by C. H. Spurgeon, pág. 350.

¿No es ésta también la herejía del arminianismo al añadir algo a la obra del Redentor?... Mi opinión es de que no es posible predicar a Cristo crucificado, a menos que no predicamos también lo que hoy en día se llama calvinismo. El nombre calvinismo es sólo un apelativo; el calvinismo es el Evangelio y nada más. No podemos decir que predicamos el Evangelio si no predicamos la justificación por la fe, sin las obras. Tampoco podemos decir que predicamos el Evangelio si no predicamos la soberanía de Dios en la dispensación de su gracia, y tampoco si no ensalzamos el amor electivo, invariable, eterno e inmutable del Señor. No podemos, tampoco, decir que predicamos el Evangelio a menos que no basemos éste en la redención especial y particular del pueblo elegido; pueblo que Cristo rescató al morir en la cruz. Tampoco podemos aceptar un Evangelio que permita a los santos caer de la gracia una vez han sido llamados. Tal evangelio yo lo detesto»⁹.

En el año 1859, Spurgeon también predicó en Brighton. Y después de esta visita, los periódicos de Brighton anunciaron que Spurgeon había abandonado sus doctrinas calvinistas. Como resultado de esta falsa afirmación, Spurgeon envió las siguientes líneas

9. *Autobiografía*, vol. I, pág. 172.

INTRODUCCIÓN

al Brighton Examiner: «La afirmación según la cual yo he abjurado de la doctrina calvinista, es —desde el principio hasta el final— una pura invención, y ha sido fraguada con propósitos maliciosos. Mi posición doctrinal es la misma de antes, y confío en que hasta el día de mi muerte permaneceré fiel a la misma sublime verdad»¹⁰. Después de revisar sus primeros sermones para ser publicados, Spurgeon escribía: «Me complació el hecho de que no tuve necesidad de cambiar ninguna de las doctrinas que prediqué en los primeros días de mi ministerio... Con respecto a estas verdades, mi posición es la misma que cuando el Señor me las reveló por primera vez»¹¹.

Spurgeon murió en 1892. Vivió suficientes años para ver en torno suyo un alejamiento radical de las doctrinas puras del Evangelio. Hacia el final de su vida se le consideraba como «el último de los puritanos», y parecía como si él fuera el único que se mantenía firme por la verdad¹². «Sentimos —decía— como

10. *La vida y la obra de C. H. Spurgeon*, por G. Holden Pike, vol. II pág. 327.

11. *Autobiografía*, vol. II. pág. 158.

12. *Spurgeon permanece solo entre los líderes evangélicos no conformistas por su fidelidad al antiguo credo calvinista*, R. W. Dale, 1881, Cf. *The Sword and Trowel*. 1881. Pág. 85.

si un proceso de endurecimiento estuviera obrando en las masas... La situación ahora no es la misma como al principio de mi ministerio. ¿Y a qué se debe esto? ¿A qué obedece este desagrado por los cultos sencillos del santuario? Creo que la respuesta, en gran parte, apunta a una dirección que poco se sospecha. Ha habido una creciente inculcación al sensacionalismo... No condeno a nadie, pero confieso que me siento profundamente entristecido al ver algunas de las invenciones modernas con las que se trata de hacer obra misionera»¹³.

En 1892 el flujo del pensamiento popular en las iglesias era muy diferente del de 1859. La teología de 1892 vino a ser -tal como había profetizado Spurgeon- la teología de la primera mitad del siglo veinte. «Lo que está teniendo lugar ahora afectará a los siglos inmediatos... Por mi parte estoy completamente dispuesto a ser devorado por los enemigos en los próximos cincuenta años; pero las generaciones de un futuro más distante me darán la razón»¹⁴. Cien años han pasado ya desde el último gran avivamiento nacional. Y ciertamente ha llegado el momento para que nosotros sometamos a un examen

13. *An All-Round Ministry* págs. 304, 306.

14. *An All-Round Ministry* pág.3 368.

INTRODUCCIÓN

los frutos de los cambios teológicos registrados desde entonces. ¿Han contribuido realmente a un incremento mayor de los avivamientos? ¿Han aumentado el poder para la santidad? Al leer estos sermones y vernos confrontados con el cambio teológico de hoy en día, preguntémonos: ¿Ha redundado este cambio teológico para bien o para mal? Las ideas modernas sobre el Evangelio y los recientes métodos evangelísticos, ¿han enriquecido o empobrecido la Iglesia? Si el Evangelio que predicó Spurgeon era el verdadero Evangelio, entonces hoy en día, ¿en cuántos lugares se predica con poder el puro Evangelio? Que el centenario del avivamiento de 1859 haga que muchos creyentes se hagan tales preguntas y busquen un despertamiento como el que ocurrió hace cien años en Inglaterra.

LOS EDITORES

Marzo 1959



1

LA HISTORIA DE LAS GRANDES OBRAS DE DIOS

*«Oh, Dios, con nuestros oídos
hemos oído, nuestros padres
nos han contado la obra que
hiciste en sus días, en los tiempos
antiguos». Salmo 44:1.*

Quizá no haya historietas que se nos hayan grabado por tanto tiempo en la memoria, como aquellas que oímos de boca de nuestros padres, cuando éramos niños. Es triste pensar, sin embargo, que muchas de estas historietas eran vacías y superfluas; de modo que, ya desde una tierna infancia, nuestras mentes han sido influenciadas por fábulas y narraciones diversas, todas ellas manchadas de falsedad. Pero entre los primeros cristianos y creyentes del Antiguo Testamento, los cuentos de infancia eran muy diferentes de

los de la actualidad; y las historietas con las que éstos entretenían a sus hijos eran de una clase muy distinta de las que nos fascinaban en los días de nuestra niñez. Sin duda que Abraham hablaría a los niños pequeños del Diluvio, y de qué manera las aguas llegaron a cubrir la tierra, de modo que sólo Noé con su arca se salvó. Los antiguos israelitas, ya en tierras de promisión, contarían a sus hijos el milagro obrado por Dios en el Mar Rojo, y les hablarían de las plagas caídas sobre Egipto al sacar el Señor a su pueblo de la tierra de cautiverio. Sabemos que entre los primeros cristianos, los padres solían referir a sus hijos todo lo concerniente a la vida de Jesús, todo lo que hicieron los apóstoles y, en general, toda narración relacionada con los orígenes del cristianismo. También fueron éstas las historietas que deleitaron la niñez de nuestros antepasados, los puritanos. Sentados alrededor del fuego del hogar y teniendo en frente aquellos mosaicos holandeses que representaban, con aquel sabor peculiar antiguo, la vida de Cristo, las madres instruían a sus hijos acerca de Jesús y les hablaban de sus milagros; cómo, en una ocasión, andó sobre las aguas, y en otra multiplicó los panes; también les referirían la maravillosa transfiguración de Jesús y, sobre todo, su crucifixión. ¡Oh, cuánto desearía que estas historias se repitieran de nuevo y que las

narraciones de infancia versaran otra vez sobre la vida de Jesús! Deberíamos persuadirnos de que, después de todo, no puede haber nada más interesante que aquello que es verdadero, y que nada puede dejar una impresión más viva en la mente que las historias que se contienen en el Libro Sagrado. Nada puede influenciar más profundamente al corazón de un niño como las obras maravillosas que Dios hizo en los tiempos antiguos. Parece ser que el salmista que escribió esta oda tan poética, había oído de labios de su padre, quién a su vez lo aprendió de la tradición familiar, la historia de las maravillosas obras de Dios; y más tarde, el dulce cantor de Israel la referiría a sus hijos, y así, de generación en generación, se alabaría a Dios por sus grandes obras.

En esta mañana desearía recordaros algunas de las obras maravillosas que Dios hizo en tiempos antiguos. Mi propósito y objetivo no es otro que el de estimular vuestras mentes y corazones para que, mirando al pasado y viendo lo que Dios hizo entonces, vosotros podáis mirar hacia delante con ojos de expectación y lleguéis a persuadiros de que, aun ahora, Él puede extender su santo brazo, y mano poderosa, para repetir aquellas grandes obras de los tiempos antiguos.

Primero os hablaré de las historias maravillosas que nuestros padres nos han conta-

do y que nosotros hemos oído de los tiempos antiguos. En segundo lugar mencionaré algunas dificultades de nuestra mente con respecto a estas antiguas historias. Y, por último, deduciré ciertas conclusiones naturales de estas obras maravillosas que hemos oído que el Señor hizo en los tiempos antiguos.

I.—Empezaré, pues, con LAS MARAVILLOSAS HISTORIAS QUE NUESTROS PADRES NOS HAN CONTADO Y QUE NOSOTROS HEMOS OIDO DE LOS TIEMPOS ANTIGUOS. Sabemos que Dios, en el transcurso del tiempo, ha realizado grandes obras. El ordinario curso de la vida se ha visto alterado con prodigios, ante los cuales los hombres se han maravillado. Dios no siempre ha permitido que su Iglesia ascendiera a las cumbres de la victoria a intervalos lentos, y es por esto que en ciertas ocasiones ha derribado de un solo golpe a los enemigos de su Iglesia, y ordenado a sus hijos a que avanzaran sobre los caídos cuerpos de los mismos. Dirigid vuestras mentes a los testimonios antiguos y reparad en lo que Dios ha hecho. ¿No os acordáis de qué manera Él hirió la caballería de los egipcios, sepultándola, junto con el carruaje y caballos del Faraón, a las profundidades del Mar Rojo? ¿No habéis oído de qué manera Dios hirió a Og, rey de Basán, y a Sehón, rey de los

amorreos, por haberse éstos opuesto al avance de su pueblo? Al herir a estos grandes reyes, y al derribar a los poderosos de sus tronos, ¿no habéis comprobado cómo la misericordia de Dios es eterna para con sus hijos? ¿No habéis leído cómo Dios hirió a los cananeos y los echó de su tierra para darla a los hijos de Israel por herencia perpetua? ¿No habéis oído que cuando los ejércitos de Jabín se alzaron contra ellos, las mismas estrellas desde sus órbitas »pelearon contra Sísara? «Barriólos el torrente de Cisón, el antiguo torrente, el torrente de Cisón, y ninguno se salvó». ¿No habéis oído, también, cómo Dios, por la mano de David, hirió a los filisteos, y cómo por el poder de su diestra los hijos de Amón fueron desbaratados? ¿No habéis oído de qué manera fueron deshechos los etíopes por el ejército de Asa en el día de su fe? ¿No habéis oído de qué manera, también, el ángel del Señor hirió a todo valiente y esforzado en el ejército de Senaquerib, salvando así a los moradores de Jerusalén de la mano del rey de Asiria? ¡Proclamad estas maravillas de Dios! Hablad de ellas en la calle. Enseñadlas a vuestros hijos. Y nunca las enterréis en el olvido. La diestra del Señor ha obrado cosas maravillosas y Su nombre es conocido en toda la tierra.

Sin embargo, las maravillas que de una manera más directa nos conciernen son las

de la era cristiana; y no podemos, en modo alguno, relegarlas en segundo lugar con respecto a las maravillas del Antiguo Testamento. ¿No habéis oído de qué manera en el día de Pentecostés el nombre del Señor se colmó de gloria? Dirigid vuestra atención al Libro de las Maravillas de Dios y leed lo que se nos dice de este día. Pedro, el pescador, se levanta a predicar en el nombre del Señor, su Dios. Se congrega una gran multitud y el Espíritu Santo desciende sobre ellos. Y, ¿qué pasa? Unas tres mil personas fueron compungidas de corazón y creyeron en el Señor Jesucristo. ¿No habéis oído de qué manera los doce apóstoles, junto con los demás discípulos, fueron a todas partes predicando la Palabra y cómo cayeron los ídolos de sus tronos como resultado de su predicación? Las puertas de muchas ciudades se abrieron a los mensajeros de Cristo y sus calles escucharon el mensaje de salvación. Es verdad que los discípulos, al principio, fueron llevados de una parte a otra y como perdicés fueron perseguidos en las montañas; pero, ¿no sabéis que aun en estas circunstancias el Señor obtuvo para sí la victoria, y que a los cien años después de haber sido Cristo clavado en la cruz, el Evangelio había sido ya predicado en toda nación del mundo antiguo, y aun las islas más remotas habían sido alcanzadas por la predicación del mismo?

¿Habéis olvidado, acaso, cómo en todos los ríos, miles y miles de gentiles eran bautizados a un tiempo? ¿Qué rincón hay en Europa que jamás haya oído el mensaje sublime del Evangelio? ¿No es cierto que aun la más insignificante ciudad puede testimoniar de que la verdad de Dios ha triunfado, y de que los paganos, abandonando sus falsos dioses, han doblado sus rodillas a Jesús, el Crucificado? La manera cómo el Evangelio se propagó en los primeros siglos, es, en verdad, un milagro que jamás podrá eclipsarse. Aunque grandes fueron las maravillas que Dios obró en el Mar Rojo, ninguna de las maravillas del Antiguo Testamento puede superar a las maravillas obradas en los cien años que siguieron a la venida de Cristo al mundo. Y es que parecía como si fuego del cielo hubiera descendido sobre la tierra y que nada pudiera resistir la fuerza de la predicación. La relampagueante saeta de la Verdad hizo pedazos el pináculo del templo idólatra, y el nombre de Jesús era adorado del uno al otro polo.

Hasta aquí hemos mencionado algunas de las muchas cosas que Dios obró en los tiempos antiguos, y en el primer siglo de nuestra era. Pero, ¿no habéis oído las grandes maravillas que Dios obró a través de sus predicadores siglos más tarde? ¿Nunca se os ha referido el caso de Crisóstomo, el predicador de la boca de oro? Siempre que él

predicaba, una gran multitud, en extremo atenta, se abarrotaba en el templo para escucharle. Crisóstomo, de pie y levantando manos santas, con una majestad incomparable les hablaba de la Palabra de Dios en verdad y justicia. La gente le escuchaba, e incluso se encorvaba hacia delante, como para no perderse ni una sola palabra; de vez en cuando rompían el silencio con sus aplausos y con el ruido de sus pies; pero pronto el silencio daba otra vez campo libre a las palabras del predicador, hasta que otra explosión de gozo y entusiasmo desbordaba los corazones y rompía el silencio. En su día las conversiones fueron incontables y el nombre de Dios fue altamente glorificado en la conversión de muchos pecadores.

¿Y no os han referido vuestros padres las maravillas obradas más tarde en aquellos tiempos de superstición y tinieblas? Me refiero a aquellos oscuros tiempos de la Edad Media. Pues bien: en medio de aquellas tinieblas, Dios hizo resplandecer una luz espiritual que guiara a los hombres. ¿No habéis oído cómo Martín Lutero se levantó a predicar el Evangelio de la gracia de Dios, y cómo las naciones temblaron y el mundo revivió al escucharse de nuevo el mensaje de Dios? ¿No habéis oído de Zwinglio, entre los suizos, y Calvino, en la ciudad santa de Ginebra, y de las grandes obras que Dios

obró por medio de ellos? Y como británicos, ¿os habéis olvidado de vuestros predicadores de la Verdad? ¿Han cesado de estremecerse vuestros oídos al oír la maravillosa historia de los predicadores que Wyckliffe envió a cada mercado de ciudad y aldea para proclamar el Evangelio de Dios? ¿No nos dice la historia que estos hombres fueron como tizones de fuego en medio de secos rastros; que sus voces eran como el rugir del león, y sus salidas como las de los leones jóvenes? Ellos empujaron la nación hacia delante, y con respecto a los enemigos dijeron: «¡Destruídeos!» Nadie podía hacerles frente, pues el Señor, su Dios, los había revestido con fortaleza.

Acercándonos a tiempos más recientes, estoy cierto que vuestros padres os han referido las cosas tan maravillosas que Dios obró en los días de Wesley y Whitefield. Por aquel entonces todas las iglesias estaban más o menos aletargadas. La irreligión era la regla del día. Las calles parecían ser cauces de iniquidad, mientras que la alcantarillas parecían no dar cabida ya a la transgresión. Y en estas circunstancias se levantaron Whitefield y Wesley, hombres cuyos corazones el Señor había tocado y que se atrevieron a predicar el Evangelio de la gracia de Dios. Su obra se dejó sentir inmediatamente, y al oírse el aleteo de la misma, la Iglesia se preguntó:

«¿Quiénes son éstos que vuelan como una nube, y como palomas a sus aberturas?» ¡Vienen, ya vienen! Son incontables como los pájaros del cielo, y su ímpetu es como viento fuerte que no puede resistirse. A los pocos años, y como fruto de la predicación de estos dos hombres, toda Inglaterra fue alcanzada por la verdad evangélica. La Palabra de Dios se conocía en toda ciudad, y quizá no hubo ni una aldea en la cual los metodistas no hubieran penetrado. Cuando los vehículos se mueven a vapor, a menudo la religión se arrastra con su vientre sobre la tierra. Pero en aquellos días de locomoción lenta, cuando parecía como si el Cristianismo se hubiera limitado exclusivamente al uso de aquellos carruajes antiguos en los que nuestros antepasados solían viajar, es verdaderamente sorprendente considerar el rápido progreso que en poco tiempo hizo el Evangelio por todas partes. Pero aunque sea maravilloso este progreso, debemos creerlo, pues forma parte sustancial de la historia. Y las maravillas que Dios obró en tiempos pasados, con su gracia puede obrarlas otra vez. Él es Todopoderoso, grandes son sus obras y Santo es su Nombre.

Desearía que observarais una característica especial en estas obras que Dios hizo en los tiempos antiguos: todas ellas despiertan nuestro interés y también nuestro asombro por el

hecho de que se efectuaron de una manera repentina. Aquellos que se pasan por sabios en nuestras iglesias, creen que las cosas deben desarrollarse paulatina y gradualmente; que se debe avanzar paso a paso. Una acción continua y una labor progresiva –dicen– nos llevarán finalmente al éxito. Pero, en contra de esta manera de pensar, nos asombra en verdad el que todas las obras de Dios no han crecido gradualmente, sino que se han producido súbitamente. Cuando Pedro se levantó a predicar, no se necesitaron seis semanas para convertir a los tres mil. La conversión de los mismos fue instantánea y su bautismo tuvo lugar el mismo día. El cambio de sus corazones hacia Dios se realizó en aquella misma hora, y llegaron a ser tan verdaderos discípulos de Cristo como si su conversión hubiera sido el proceso de setenta años. Y así fue también con Martín Lutero: el gran reformador no necesitó siglos para superar las densas tinieblas de la Edad Media. Dios encendió la vela y se hizo luz en un instante. Dios obra de una manera repentina. El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz: los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos. Y así ocurrió también en los días de Whitefield. La censura que pesaba sobre una iglesia dormida no se dejó sentir a lo largo del tiempo, sino inmediatamente. ¿No habéis oído del gran

avivamiento bajo Whitefield? Tomemos, por ejemplo, el que tuvo lugar en Cambuslang. Mientras predicaba en el patio de una iglesia, pues ningún edificio hubiera podido congrega a tal multitud, el poder de Dios vino sobre la gente, y uno tras otro cayeron sobre la tierra como si hubieran sido heridos; y una multitud que se calcula en no menos de tres mil personas, lloraban al unísono bajo convicción de pecado. Whitefield proseguía con su mensaje: ora sus palabras tronaban como Boanerges, ora se suavizaban en los consoladores tonos de un Bernabé. No hay lengua que pueda describir las grandes maravillas que Dios obró a través de aquel sermón de Whitefield. Ni aun el sermón de Pedro en Pentecostés fue semejante a éste.

Y así ha sido con todos los avivamientos; la obra de Dios ha sido súbita. Con la rapidez del trueno, Dios ha descendido de lo alto; no de una manera lenta, sino majestuosamente. Él ha cabalgado sobre los veloces querubines; Él ha volado sobre las alas del impetuoso viento. Tan repentina ha sido Su obra, que las gentes apenas podían creer se hubieran realizado en un espacio de tiempo tan breve. Considerad el gran avivamiento que está teniendo lugar en Belfast y en sus alrededores. Después de haberlo seguido cuidadosamente y después de haber hablado con queridos hermanos que han vivido

en aquellos lugares y que merecen mi confianza, yo estoy convencido, aun a pesar de lo que los enemigos puedan decir, que este avivamiento es una genuina obra de gracia y que el Señor está haciendo allí maravillas. Un amigo que ayer vino a visitarme me informó de que los hombres más bajos y depravados, así como las mujeres más perdidas de Belfast, han sido alcanzados por esta extraordinaria epilepsia –como dice el mundo– pero que nosotros sabemos que es la influencia poderosa del Espíritu. Hombres que durante toda su vida habían sido borrachos empedernidos, de repente sintieron un gran impulso que les obligó a orar. Al principio se resistieron, e incluso volvieron a buscar sus vasos para tratar de ahogar el impulso; pero aun en medio de sus blasfemias e intentonas para apagar el Espíritu, Dios les hizo doblar sus rodillas y ellos se vieron obligados, con gritos desgarradores, a pedir misericordia y a orar con vehemencia. Todo esto ha acontecido de una manera súbita, y aunque quizá podamos encontrar algún elemento de excitamiento natural, yo estoy persuadido de que, en esencia, es un avivamiento verdadero y espiritual; una obra que permanecerá. Hay un poco de espuma en la superficie, pero debajo hay una corriente de agua profunda que no puede resistirse y que arrastra y lleva consigo todo lo que encuentra. Por lo menos hay algo que

despierta nuestro interés al saber que en la pequeña ciudad de Ballymena, y en los días de mercado, los taberneros solían percibir más de cien libras por el whisky que se bebía en un día, pero lo que es ahora todos los taberneros juntos no ganan ni un soberano. Hombres que anteriormente habían sido borrachos, ahora se reúnen para orar; después de haber oído un sermón, la gente se esperará para oír otro, y en algunas ocasiones incluso para oír un tercer sermón, hasta que el predicador se ve obligado a decir: «Ahora debéis marcharos; estoy agotado». Al salir de la iglesia se dividen por las calles y casas en pequeños grupos, para suplicar que Dios continúe su poderosa obra, y para que los pecadores se conviertan. «Nosotros no nos lo podemos creer», quizá dirá alguno de vosotros. Seguramente que vosotros no podéis, pero algunos de nosotros sí que podemos, pues lo hemos oído con nuestros oídos, y nuestros padres nos han contado las grandes obras que Dios hizo en sus días, de modo que estamos dispuestos a creer que hoy en día Dios puede hacer obras semejantes.

Debo hacer notar ahora, que en todas estas grandes obras que Dios hizo en los tiempos antiguos, se destaca el hecho de que Él se sirvió de instrumentos muy insignificantes. Fue el pequeño David, un mozalbete rubio, quien mató a Goliat. Durante algún tiempo

pensé que David había cometido un gran error al no hacer uso de la espada de Goliat, pero es que yo no había reparado en el hecho de que, la piedra y la honda usadas por David formaban parte de la armería de Dios. Fue una mujer, sirviéndose de una estaca y un clavo, quien cumplió el mandato de Dios de dar muerte a Sísara. A través de instrumentos verdaderamente insignificantes, Dios ha llevado a cabo sus obras más gloriosas; y esto es así con todas las obras de Dios. Pedro, el pescador, en Pentecostés; Lutero, el humilde monje, en la Reforma; Whitefield, el fregaplatos del mesón de la Vieja Campana en Gloucester, en el avivamiento del siglo pasado. Dios no obra a través de los caballos y carruajes de Faraón, sino que obra con la vara de Moisés. No se sirve del torbellino o de la tormenta para realizar sus maravillas, sino que, por el contrario, usa medios apenas perceptibles, para que toda la honra y toda la gloria sean suyas. ¿No es esto motivo de aliento para ti y para mí? ¿No nos puede Dios utilizar también para realizar una gran obra?

Pero vemos, además, en todas estas historias de las grandes obras de Dios, que cuando Dios las realizó, se sirvió de hombres de gran fe. En este momento yo firmemente creo que, si Dios así lo quisiera, todas las almas en este auditorio se convertirían en este ins-

tante. Si Dios se complaciera en enviar la fuerza arrolladora de su Espíritu, ni aun el corazón más duro sería capaz de resistirlo. «Del que quiere tiene misericordia». Él obra de acuerdo con su voluntad y nadie puede resistir su mano. «Pero es que yo no espero ver grandes cosas», dirá alguien. Entonces, mi querido amigo, tú no te verás defraudado, pues no verás ninguna cosa grande; pero aquellos que esperan cosas grandes, las verán. Hombres con una fe grande realizan grandes cosas. Fue la fe de Elías la que puso fin a los sacerdotes de Baal. De haber tenido él la pequeña fe que alguno de vosotros tiene, todavía hoy los sacerdotes de Baal se enseñorearían sobre las gentes y jamás hubieran perecido bajo la espada. Fue su fe lo que movió a Elías a decir: «Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él». Y más tarde: «Escogeos un buey, cortadlo en pedazos, y ponedlo sobre leña, mas no pongáis fuego debajo. Invocad luego vosotros en el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré en el nombre de Jehová». La fe de Elías, tan poderosa y heroica, engrandecía el nombre de Dios. Cuando el papa envió la bula de excomunió a Lutero, éste la quemó. En medio de una gran multitud, y sosteniendo en sus manos el documento a punto de ser completamente devorado por las llamas, Lutero dijo: «Mirad: esto es la bula del papa». Poco le

importaba a él lo que en la bula se contenía. Cuando Lutero tenía que ir a Worms para comparecer delante de la Dieta, sus seguidores le aconsejaron: «No vayas; tu vida corre peligro». Pero Lutero contestó: «Aunque hubiera tantos diablos en Worms como tejas en los tejados de las casas, aun así no temería; iré a la Dieta». Y a Worms se fue, confiando en el Señor, su Dios. Y así fue también con Whitefield; él creía y estaba persuadido de que Dios obraría grandes cosas. Cada vez que subía al púlpito estaba convencido de que Dios bendeciría la predicación y, efectivamente, así era. Los de fe pequeña harán pequeñas cosas, mientras que los que tienen una fe grande se verán grandemente recompensados. ¡Oh, Señor! nuestros padres nos han contado que siempre que ellos exhibieron una fe grande, Tú les visitaste con tus grandes obras.

No me detendré más en este punto, excepto para haceros una observación. Todas las grandes obras de Dios, junto con una fe grande, han sido fruto de la oración. ¿Habéis oído de qué manera empezó el gran avivamiento americano? Cierta hombre, desconocido e ignorado, se propuso en su corazón orar para que Dios enviara bendición a su país. Después de haber orado intensamente y haber preguntado con toda su alma, «Señor, ¿qué quieres que haga? Señor, ¿qué quieres que

haga?», alquiló una habitación y puso el anuncio de que se celebraría una reunión de oración de tal a tal hora del día. A la hora indicada se dio cuenta de que no había nadie en la habitación; de nuevo se puso a orar y por media hora oró solo. A la media hora vino una persona, y más tarde dos más, y creo que la reunión se terminó con seis personas. A la semana siguiente, más de cincuenta personas se congregaron para orar, hasta que por último, al ser más de cien las personas que asistían a las reuniones, se decidió empezar otras reuniones de oración; de manera que unas semanas más tarde era casi imposible encontrar una calle de Nueva York que no tuviera reuniones de oración. Incluso durante el día los comerciantes encontraban tiempo para orar. Las reuniones de oración se llegaron a celebrar durante todo el día. Se daban a conocer las peticiones y los temas de oración, y de una manera sencilla la gente los presentaba al Señor. Las contestaciones no tardaron en llegar. Muchos eran los corazones alegres que se levantaban para testificar que la oración que se había ofrecido la semana anterior ya había sido contestada. Y fue en estas circunstancias, cuando la gente se había dado ardientemente a la oración, que el Espíritu de Dios descendió sobre ellos de una manera repentina. Se menciona el caso de cierto predicador en un pequeño pueblo, que en

menos de una semana vio como el Señor había usado su predicación para convertir a cientos de almas. El avivamiento se extendió a los estados del Norte y puede decirse que llegaron a ser universales. Se calcula que en menos de tres meses, más de doscientas cincuenta mil almas se convirtieron al Señor. Y los mismos efectos produjo la oración en Ballymena y Belfast. Un creyente se hizo el propósito de orar y oró. Más tarde organizó una reunión de oración. Día tras día se congregaba un grupo de creyentes para suplicar un avivamiento; y así lo hicieron hasta que el fuego celestial descendió y el avivamiento fue un hecho. Los pecadores se convirtieron, y no en números pequeños, sino a cientos y a miles, de modo que el nombre del Señor era glorificado grandemente por el progreso de su Evangelio. Amados en el Señor: yo solamente me limito a daros hechos. Yo os ruego que seáis vosotros quienes saquéis las lecciones de los mismos.

II.—De acuerdo con la división que os he dado al principio, ahora debo mencionar **ALGUNAS DIFICULTADES DE NUESTRA MENTE CON RESPECTO A ESTAS HISTORIAS ANTIGUAS.** Al oír las maravillas que Dios ha hecho, una de las primeras cosas que la gente dice, es ésta: «Ah, pero esto ya hace mucho tiempo». Piensan que desde entonces los tiempos han cambiado. Tal vez

oigáis a alguien decir: «Yo puedo creerme todo lo que se me diga de la Reforma; por largos que sean los relatos, yo los aceptaré» «Y lo mismo haría yo con respecto a la obra de Whitefield y Wesley», quizá diga otro; y añada: «Es verdad que tanto el uno como el otro trabajaron con todas sus fuerzas y con mucho resultado, pero de esto ya hace muchos años. Entonces las cosas eran diferentes de lo que ahora son». Debemos aceptar el que los tiempos han cambiado, pero ¿qué tiene esto que ver? ¿No fue Dios acaso, quien obró tales maravillas? ¿Ha cambiado Dios? ¿No es Él inmutable, el mismo ayer, hoy y para siempre? ¿No encierra esta inmutabilidad una prueba para demostrar que lo que Dios ha hecho en un tiempo de la historia, puede hacerlo también ahora? Ciertamente que sí; y yo aun iría más lejos, pues me atrevería a decir que lo que Dios ya ha hecho una vez, constituye una profecía de lo que Él se propone hacer de nuevo. Las grandes obras que llevó a cabo en los tiempos antiguos, se repetirán otra vez, y el cántico del Señor será elevado de nuevo en Sión y su nombre glorificado. Quizá haya otros que digan: «Bien, bien, pero yo considero estas cosas como prodigios, como milagros. Y no podemos, por consiguiente, esperar verlos cada día». Esta es precisamente la razón por la cual no vemos estas cosas hoy en día. Si hubiéramos aprendido

a esperarlas, no dudaríamos ahora en obtenerlas; pero lo que en realidad hemos hecho es archivarlas y separarlas de nuestra religión moderada, y relegarlas como meras curiosidades de la historia bíblica. Pensamos que tales cosas, aunque sean verdad, son prodigios de la Providencia y no podemos imaginar que ellas caigan de lleno dentro de los cauces de su obra ordinaria. Os ruego, mis amigos, que os desprendáis de tal idea y que la apartéis de vuestra mente.

Todo lo que Dios ha hecho para convertir a los pecadores, debe considerarse como un precedente, por cuanto «no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni hase agravado su oído para oír». Y si hoy en día nos resulta difícil ver de nuevo las maravillas de Dios, esta dificultad brota de nuestros corazones. Confesemos que la culpa es nuestra, y con verdadero anhelo pidamos que Dios nos otorgue la fe de nuestros antepasados, para que así podamos gozarnos abundantemente en su gracia.

Pero de nuestra parte todavía tenemos que hacer frente a otra dificultad con respecto a estas historias de los tiempos antiguos. Y es la de que nosotros no las hemos visto. Por mucho que os hablara sobre los avivamientos, vosotros no llegaríais a creer ni la mitad de lo que yo os pudiera decir, y todavía con menos convencimiento, a no

ser que con vuestros ojos fuerais testigos de un avivamiento. De verlo con vuestros propios ojos, entonces os daríais cuenta del poder del mismo. Si hubierais vivido en tiempos de Whitefield o hubieseis oído las predicaciones de Grimshaw, vosotros lo creeríais todo. Por caluroso que fuera el tiempo y a pesar de que tenía que viajar a caballo, Grimshaw solía predicar más de veinticuatro veces por semana. Era un verdadero predicador. Parecía como si el mismo cielo descendiera a la tierra para escucharle. Hablaba con verdadero ardor, con todo el fuego que jamás haya podido arder en pecho mortal, y la gente, temblando mientras le oían, solía decir: «Verdaderamente ésta es la voz de Dios». Y lo mismo puede decirse con respecto a Whitefield. Mientras él predicaba, la gente se ladeaba de un lado a otro, de la misma manera que el campo de trigo se mueve a impulso del viento. De tal manera se manifestaba en él la energía de Dios, que aun el más endurecido de los corazones debía de confesar: «Nunca escuché algo semejante; tiene que haber algo aquí». ¿Puedes tomar todas estas cosas como hechos reales? ¿Se levantan ante tus ojos con toda su brillantez? Entonces yo creo que las historias que hoy han llegado a tus oídos, deberían tener un verdadero y adecuado efecto sobre tu vida.

III.—En tercer lugar DEDUCIRÉ CIER-

TAS CONCLUSIONES NATURALES DE ESTAS OBRAS MARAVILLOSAS QUE DIOS HIZO EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS. ¡Oh, cuánto desearía poder hablar con el mismo fuego que exhibieron algunos de estos hombres cuyos nombres os he mencionado! Orad por mí, para que el Espíritu de Dios se manifieste de tal modo en mí, que pueda interceder por vosotros con todas mis fuerzas y pueda, asimismo, exhortaros y animaros para que también entre nosotros se deje sentir un avivamiento. El primer efecto que la lectura de las grandes obras de Dios debería producir en nosotros, es el de gratitud y alabanza. ¿Hay algo que en el día de hoy nos invite a cantar? Si no hay nada, entonces alabemos al Señor por las maravillas obradas en tiempos pasados. Si no podemos cantar a nuestro Amado un canto por lo que Él está haciendo en medio nuestro, descolguemos, sin embargo, las arpas de los sauces y cantemos una canción antigua y bendigamos su Santo Nombre por las maravillas obradas en la Iglesia del pasado. Ensalcemos su nombre por las maravillas obradas en Egipto y en todas las tierras por las que llevó a su pueblo con mano poderosa. Y cuando alabéis a Dios por las maravillas que Él ha obrado, desearía que hubiera un sentimiento de expectación en vuestro cántico. Desearía que lo que Dios ha hecho, os moviera a orar para pedirle que repita de

nuevo estos signos y maravillas entre nosotros. ¡Oh, hermanos! Cuánto se gozaría mi corazón de saber que entre algunos de vosotros existe el deseo de regresar a vuestros hogares para orar por un avivamiento. ¡Oh, si el Señor despertara una fe grande entre vosotros, y un amor tan ardiente que vosotros no pudierais por menos que caer sobre vuestras rodillas, para orar con plegarias incesantes para que el Señor se manifestara entre nosotros y obrara aquí las mismas maravillas que obró en los tiempos antiguos! Daos cuenta de que muchas de las almas aquí congregadas deberían ser objeto de nuestra compasión. Al dar una ligera mirada a mi alrededor, puedo ver algunas personas cuyas vidas yo conozco más o menos, pero ¡cuántos hay que todavía no son convertidos! Hay aquí muchas personas que han temblado —y ellas mismas saben que han temblado— pero se han sacudido los temores; arriesgando su destino y habiendo resuelto ser suicidas de sus propias almas, han despreciado la gracia que un día parecía estar obrando en sus corazones. Han dado la espalda a las puertas del cielo y ahora, como correos veloces, se dirigen a las puertas del infierno. ¿No extenderás tus manos a Dios para que Él los detenga en su loca carrera? Si en esta congregación hubiera una sola persona inconversa y yo pudiera señalarla públicamente y decir: «Allí se sienta

una persona que nunca ha experimentado el amor de Dios, ni jamás ha sido movida al arrepentimiento», yo estoy seguro de que todos vosotros dirigiríais hacia la misma vuestra mirada ansiosa; y estoy convencido, también, de que entre los miles de cristianos aquí congregados, ni uno solo dejaría de orar por esta alma inconversa. Pero, ¡oh, mis hermanos!, no es una, solamente, el alma que está en peligro del fuego del infierno, hay cientos y miles de nuestros semejantes.

Os daré otra razón que justifica la necesidad de la oración. Hasta ahora parece ser que todos los medios usados hasta aquí han sido sin resultado alguno. Dios me es testigo de cuantas veces desde este púlpito le he suplicado que me usara como medio de salvación. Os he predicado de lo profundo de mi corazón. Nunca os he podido decir más de lo que os he dicho, pero confío que la intimidad de mi cámara un día dará testimonio del hecho de que no se termina mi afecto y amor por las almas, al terminar de predicar. Mi corazón ora por aquellos que nunca han sido afectados por la Palabra de Dios y por aquellos que, después de haber sido afectados por la misma, tratan de apagar el Espíritu de Dios. Mis queridos oyentes, he hecho todo lo que he podido. ¿No os pondréis con vuestras oraciones al lado del Señor para luchar contra el enemigo? Quizá

vuestras oraciones podrán hacer lo que mi predicación no puede hacer.

Aquí están las almas inconversas; os las encomiendo a vosotros. Estas son las almas de hombres y mujeres cuyos corazones no quieren derretirse y cuyas obstinadas rodillas se resisten a doblarse; las confío a vuestro cuidado con el ruego de que oréis por ellas. Llevad a Dios en oración el caso particular de cada una de ellas. Esposa, nunca dejes de orar por tu esposo inconverso. Esposo, nunca abandones tus súplicas hasta que veas a tu esposa convertida. Padres y madres, ¿no tenéis hijos inconversos? ¿No los habéis traído aquí domingo tras domingo, pero todavía sigue igual su estado espiritual? Los habéis enviado de una, capilla a otra, pero todo ha sido sin resultado alguno. La ira de Dios está sobre ellos. Tienen que morir, pero vosotros ciertamente sabéis que, si murieran ahora, las llamas del infierno los envolverían. ¿Te negarás a orar por ellos? Qué corazón más duro y qué alma más despiadada demostrarías tener si, profesando conocer a Cristo, no oras por aquellos que han nacido de tu propia sangre.

No sabemos lo que Dios obraría entre nosotros al suplicar por nuestra parte su bendición. Hemos sido testigos de cómo el Exeter Hall, la Catedral de San Pablo y Westminster Abbey, se han visto abarrotadas

dos de gente; pero, lo que es ahora, no hemos podido apreciar resultado alguno en todas estas reuniones de gente. ¿No será debido a que estamos tratando de predicar sin antes haber orado? ¿No parece como si la iglesia ha extendido la mano de la predicación, pero no la de la oración? ¡Oh, mis queridos amigos! Si en verdad agonizáramos en oración, en este gran local se escucharían los suspiros y gemidos de los penitentes, y los cantos de los convertidos. Entonces esta gran multitud no entraría y saldría de este lugar de una manera rutinaria, sino que abandonarían el sitio alabando al Señor y diciendo: «¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo». Que el Señor haga que lo dicho hasta aquí nos incite a la oración.

Otra deducción que deberíamos sacar de estas historias que hemos oído, es la de no dejarnos guiar por ningún sentimiento de suficiencia propia que fácilmente puede haberse introducido en nuestros corazones desleales. Quién sabe si como congregación hemos confiado demasiado en nuestros miembros o en alguna otra cosa. Quizá hemos pensado: «A través de este ministro el Señor no podrá por menos que bendecirnos». Pues bien, que las historias que nos han contado nuestros padres nos recuerden, tanto a vosotros como a mí, que no es por los muchos ni por

los pocos que el Señor salva. No somos nosotros los que hacemos la obra, sino que es el Señor quien debe hacerlo todo. Imaginémonos que algún predicador ignorado, cuyo nombre fuera por todos desconocido –supongamos que se tratara de uno de los extranjeros naturalizados de St. Giles– y que de pronto empezara a predicar en esta ciudad de Londres con un poder más grande que el que jamás han conocido los obispos y ministros de aquí. Yo daría la bienvenida al tal y pediría que Dios le acompañara. No importa el lugar de procedencia; sólo deseo que el Señor envíe pronto un mensajero de su gracia y se haga la obra de avivamiento. Quizá Dios se ha propuesto usar a este siervo que ahora os habla para vuestro bien y para vuestra conversión. Si éste fuera el caso, mi gozo desbordaría todo cauce. Pero no pongáis demasiada confianza en el instrumento que Dios pueda usar. A menudo, cuanto más los hombres se ríen y se burlan de nosotros, tanto más experimentaremos las bendiciones de Dios. Actualmente no es un descrédito asistir a las reuniones del Music Hall. No se nos desprecia ahora tanto como en el principio, pero dudo tengamos ahora tanta bendición como entonces. Con tal que Dios se complaciera en bendecirnos, nosotros estaríamos más que dispuestos a sufrir otro asalto en la picota y a pasar otras ordalías. Pero abandonemos la idea de que nuestro

arco y nuestra flecha puedan jamás llevarnos a la victoria. Nunca podremos experimentar un avivamiento, a menos que no creamos que es el Señor, y solamente el Señor, quien puede obrarlo.

Trataré ahora de suscitar vuestra confianza al hecho de que, aun hoy en día, podemos tener un avivamiento, y de que incluso las grandes obras que Dios hizo en los tiempos antiguos pueden repetirse de nuevo. ¿Por qué razón no puede convertirse cada uno de mis oyentes? ¿Se encuentra el Espíritu de Dios limitado? ¿Por qué no puede llegar a ser el más débil de los ministros el medio de salvación de miles de almas? ¿Se ha acortado el brazo de Dios? Mis queridos hermanos, cuando os invito a que oréis para que Dios haga que la predicación de este siervo sea como una espada de dos filos para la salvación de los pecadores, no requiero de vosotros una tarea dura, ni mucho menos imposible. Solamente tenemos que pedir para recibir. Antes que llamemos, Dios responderá; y mientras aun estemos hablando Él contestará. Sólo Dios sabe los frutos que resultarían de este sermón si Él se complace en bendecirlo. De ahora en adelante quizá oraréis más; tal vez también el Señor otorgará su bendición sobre mi ministerio. Quien sabe si a partir de esta hora otros púlpitos irradiarán más vida y vigor. No sería nada de extraño que de ahora

en adelante la Palabra de Dios irrumpiera con tanta fuerza como para conseguir una victoria asombrosa y sin precedentes.

Ejercitaos en la oración, reuníos en vuestras casas e individualmente en vuestras habitaciones; instad a tiempo y fuera de tiempo, agonizad por las almas. Y así os daréis cuenta de que lo que habéis oído será pronto olvidado por lo que veréis, lo que otros os han contado será como nada en comparación con lo que oiréis con vuestros oídos y veréis con vuestros ojos.

A ti te ruego que te detengas y que pienses por unos momentos. ¡Oh, Espíritu de Dios! Desciende ahora sobre nosotros con tu poder. Dios ha luchado con algunos de vosotros, de modo que habéis tenido ratos de convicción. Quizás ahora estéis tratando de adoptar una actitud impía y os digáis a vosotros mismos: «No hay infierno, no hay un más allá.»

Pero tú sabes que nada sacarás con decir esto. Tú sabes bien que hay un infierno, y que ni aun las carcajadas de aquellos que quieren perder tu alma, pueden conseguir que tú desistas a creer lo contrario. No intento argumentar contigo ahora; pues sobradamente tu conciencia te dice que Dios te castigará por tu pecado. Sigue los dictados de tu conciencia y te darás cuenta de que no proporcionan felicidad tus repetidas intentonas

de ahogar el Espíritu de Dios. Lejos estás de la senda de la felicidad mientras apagues estos pensamientos que te llevan a Cristo. Te ruego que sueltes tus manos del brazo de Dios y que no resistas ya más a su Espíritu. Dobra tus rodillas, agárrate a Cristo y cree en su Nombre. Verás como la victoria será del Espíritu Santo. Aun a pesar de todo, y en contestación a las muchas oraciones, yo creo que Dios quiere salvarte. Ríndete ahora, pues ten presente que si triunfas en ahogar el Espíritu, tu triunfo será el desastre más terrible que jamás puede ocurrirte. Si el Espíritu te abandona, tu perdición será una cosa cierta. Quizás sea este el último aviso que se te da. La convicción que ahora tú estás tratando de ahogar, tal vez sea la última. Quien sabe si ya el ángel está a punto de poner el sello y el lacre sobre tu destino, diciendo: «Abandonadlo. Prefiere las borracheras y la concupiscencia; que se cumpla, pues, su deseo. En el eterno fuego del infierno segará la paga del pecado». Pecadores, creed en el Señor Jesús: arrepentíos y convertíos cada uno de vosotros. Yo os exhorto, en el nombre de Dios, a que os arrepintáis y a que escapéis de la condenación. Apresúrate a venir a Cristo mientras el aceite arde en la lámpara y se te predica todavía la misericordia. Todavía permanece la gracia; acepta a Cristo, no le resistas por más tiempo, ven a Él. Las puer-

tas de la misericordia están abiertas de par en par; ven ahora, pecador, para que tus pecados te sean perdonados.

Cuando los soldados de la antigua Roma atacaban a una ciudad, muchas veces solían poner una bandera blanca en lo alto de la puerta central de la muralla, y si la guarnición se rendía mientras ondeaba todavía la bandera blanca, se les perdonaba la vida. Luego izaban una bandera negra, y todos aquellos que no se habían aprovechado de la gracia ofrecida, perecían bajo la espada romana. La bandera blanca ha sido izada hoy; quizá mañana la bandera negra ondeará sobre el asta de la ley, y entonces no habrá esperanza de arrepentimiento o salvación, en esta vida ni en la otra.

Un conquistador oriental, al llegar a las puertas de la ciudad que se proponía conquistar, encendía un brasero de carbón, y colocándolo sobre un alto palo, hacía sonar la trompeta con la consigna de que todos aquellos que se rindieron mientras subsistía el fuego, disfrutarían de su clemencia, pero al consumirse el último tizón, con su ejército acometería con ímpetu y no dejaría piedra sobre piedra. De modo semejante, los truenos de Dios te invitan a escuchar el aviso divino. Todavía está la luz, la lámpara y el brasero encendido. En el correr de los años se va consumiendo el fuego; sin embargo,

todavía queda carbón. ¡Oh, pecador! Arrepíentete mientras todavía dura la llama del brasero. Hazlo ahora, pues al extinguirse el último tizón, de nada te aprovecharía el arrepentimiento. Una vez en el tormento, tu gemido eterno no podrá conmover el corazón de Dios; tus suspiros y tus lágrimas amargas no harán brotar de Él compasión. «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación». ¡Oh, agarraos a Cristo hoy! «Besad al Hijo, porque no se enoje, y perezcáis en el camino, cuando se encendiere un poco su furor. Bienaventurados todos los que en Él confían».

2

LA SANGRE DEL PACTO ETERNO

«La sangre del testamento eterno» Hebreos 13:20

Todas las relaciones que Dios ha sostenido con el hombre han tenido el carácter de pacto. Agradó a Él disponer las cosas de tal manera, que todas sus relaciones con el hombre debían verificarse a través de un pacto; y si no es de esta manera tampoco nosotros podemos relacionarnos con Él. En el Edén, Adán estaba bajo un pacto con Dios, y Dios estaba en pacto con él. Pero Adán pronto rompió este pacto. Todavía hay un pacto que existe con todo su terrible poder, y digo terrible porque ha sido roto por parte del hombre, y por consiguiente Dios cumplirá las solemnes amenazas y sanciones contenidas en el

mismo. Este es el pacto de las obras. Por este pacto Dios se relacionó con Moisés, y a través de este pacto Dios se relaciona con toda la raza humana tal como estaba representada en el primer Adán. Después, en los tratos que Dios tuvo con Noé, éstos también fueron en la forma de un pacto. Y más tarde con Abraham, Dios se complació en relacionarse a través de un pacto. Abraham mantuvo el pacto y lo guardó, siendo dicho pacto renovado a muchos de su simiente después de él. Incluso con David, el hombre a semejanza de su corazón, Dios se relacionó a través de un pacto. Y todavía en este día se relaciona contigo y conmigo a través de un pacto. Cuando con su furor Él venga a condenar, herirá con un pacto, es decir, con la espada del pacto del Sinaí; y si Él todavía viene en el esplendor de su gracia para salvar, esto lo hace a través de un pacto, es decir, por el pacto de Sión; que es el que hizo con el Señor Jesucristo, el representante y cabeza de su pueblo. Y observa bien que, siempre que deseemos establecer estrechas e íntimas relaciones con Dios, éstas siempre deben verificarse, aun por nuestra parte, en la forma de un pacto. Después de la conversión, hacemos con Dios un pacto de gratitud; movidos por lo que Él ha hecho por nosotros, nos acercamos y nos entregamos completamente a Él. Ponemos nuestro sello a este

pacto cuando por el bautismo nos unimos a su Iglesia, y cuantas veces participamos de la Cena del Señor. No puedo orar a Dios a menos que no sea a través del pacto de la gracia; y no soy Su hijo a menos que no haya sido comprado a través del pacto de Cristo.

Puesto que el pacto es la única escalera que se extiende de la tierra al cielo, y el único camino por el cual Dios mantiene comunión con nosotros, y a través del cual nos podemos relacionar con Él, es en extremo importante el que nosotros sepamos distinguir el significado y valor del mismo. Sería lamentable mantener algún error o duda con respecto al significado del pacto de la gracia. Por consiguiente, en esta mañana deseo hablaros del valor y significado del pacto que se nos menciona en nuestro texto bíblico. Trataré de hacerlo tan simple y llanamente como sea posible. En primer lugar os hablaré del PACTO DE GRACIA; en segundo lugar de su CARÁCTER ETERNO; y en tercer y último lugar, de LA RELACIÓN QUE LA SANGRE TIENE CON RESPECTO AL MISMO.

I.- Considerando, primeramente, el pacto mencionado en nuestro versículo, nos daremos pronto cuenta del carácter específico del mismo. Aquí no se nos habla del pacto de las obras, pues de ser así no se le llama-

ría eterno. El pacto de las obras en modo alguno tuvo un carácter eterno. No era eterno, ya que se hizo en el jardín del Edén. Tuvo principio; no fue guardado y continuamente es violado. Este pacto pronto terminará y dejará de ser; por consiguiente no es eterno en ningún sentido. El pacto de las obras no puede llevar un título eterno; pero el pacto de nuestro versículo, por tratarse de un pacto eterno, no puede en modo alguno identificarse con el pacto de las obras. En el pacto que Dios hizo primeramente con la raza humana se contenían las siguientes promesas y condiciones: «Si tú, hombre, eres obediente, tú vivirás y serás feliz; pero si tú eres desobediente, perecerás. En el día que dejes de obedecerme, tú ciertamente morirás». Este pacto fue hecho con todos nosotros en la persona de nuestro representante, el primer Adán. Si Adán hubiera guardado el pacto, nosotros ahora estaríamos exentos de pecado. Pero Adán no lo guardó; y con su caída nosotros también caímos. Como resultado de haber caído en Adán hemos venido a ser hijos de ira, herederos de pecado, y estamos inclinados a toda maldad y sujetos a toda miseria. Ese pacto ha sido abolido con respecto a los hijos de Dios; la venida de un nuevo y mejor pacto lo eclipsó y abolió con su gloria resplandeciente.

De nuevo debo decir que el pacto que se

nos menciona en nuestro texto, no es el pacto de gratitud que se hace entre el hijo de Dios y su Salvador. Tal pacto existe y debe tener un lugar propio en cada cristiano. Estoy seguro de que todos los que hemos conocido al Salvador, hemos dicho en nuestros corazones:

«¡Está hecha! La gran transacción está hecha; Pertenezco a mi Señor y Él me pertenece a mí».

No hay que confundir este pacto con el que encontramos en nuestro texto, pues el pacto de nuestro versículo es eterno; mientras que el nuestro fue escrito hace pocos años. De haber sido tan viejo como nosotros lo hubiéramos despreciado en los primeros años de nuestra vida.

Después de haber demostrado negativamente lo que no es este pacto, estudiémoslo positivamente y veamos en qué consiste este pacto. Y aquí me será preciso hacer unas subdivisiones. En primer lugar, para entender lo que sea un pacto, tenemos que saber quienes son las partes contratantes; en segundo lugar, cuáles son las estipulaciones o condiciones del contrato; y, tercero, cuáles son los contenidos del mismo. Y si deseamos profundizar aún más sobre este tema, tendríamos que comprender algo sobre los

motivos que movieron a las partes contratantes para establecer un pacto entre sí.

1.- Observemos, pues, en primer lugar, las altas partes contratantes entre las cuales se hizo este pacto de gracia. El pacto de la gracia se hizo antes de la fundación del mundo entre Dios el Padre y Dios el Hijo; o, expresándolo en un lenguaje más bíblico, fue hecho entre las tres personas divinas de la adorable Trinidad. Este pacto no fue directamente entre Dios y el hombre; el hombre todavía no existía en aquel entonces; Cristo se situó en este pacto como el representante del hombre. Y es en este sentido que puede decirse que fue un pacto entre Dios y el hombre, pero nunca como un pacto entre Dios y cualquier hombre personal e individual. Fue un pacto entre Dios y Cristo; y a través de Cristo, de una manera indirecta, con todo el linaje humano, que fue comprado con su sangre. Cristo amó este linaje desde antes de la fundación del mundo. Es un pensamiento noble y glorioso –el mismo lirismo de la doctrina calvinista y que nosotros enseñamos– que antes de que la estrella matutina conociera su lugar, antes de que de la nada Dios creara el universo, antes de que el ala del ángel agitara los vírgenes espacios etéreos, y antes de que un solitario canto perturbara la solemnidad del silencio en el cual Dios reinaba supremamente, Dios ya había entrado en solemne consejo consi-

go mismo, con su Hijo y con su Espíritu, y había determinado, propuesto y predestinado la salvación de su pueblo. Y había dispuesto además en este pacto la manera y los medios y todas las cosas que debían de obrar conjuntamente para llevar a efecto el propósito y el decreto. Mi alma se remonta hacia el pasado, con las alas de la imaginación y de la fe, y mira en lo profundo de los misterios de aquel consejo eterno, y a través de los ojos de la fe contempla al Padre comprometiéndose al Hijo, y el Hijo comprometiéndose al Padre, mientras que el Espíritu se compromete a los dos, y de esta manera, aquel convenio divino, que por mucho tiempo estaría escondido en la oscuridad, fue completado y ultimado. Este era el pacto que en estos últimos tiempos ha sido leído a la luz del cielo y que ha venido a ser el gozo y la esperanza y la gloria de todos los santos.

2.- ¿Cuáles fueron las estipulaciones de este pacto? Podrían presentarse de la siguiente manera. Dios ya había previsto que el hombre, después de la creación, rompería el pacto de las obras; y que a pesar de las delicadezas y gentilezas del Paraíso, el hombre encontraría estas condiciones demasiado severas, y llegaría a rebelarse, cosechando para sí su propia ruina.

Dios también había previsto el que sus elegidos, a quienes había escogido del resto

de la humanidad, caerían por el pecado de Adán, ya que ellos, tanto como los otros mortales, estaban representados en este primer hombre. Por con siguiente el pacto debía tener como meta la restauración del pueblo escogido. Ahora fácilmente podremos entender las estipulaciones del pacto.

Por parte del Padre así se expresaría el pacto (y debo confesar que yo no puedo expresarlo en la gloriosa lengua celestial, sino que me veo limitado a expresarlo en el lenguaje que es propio del mortal) «Yo, Jehová el Altísimo, doy a mi unigénito y amado Hijo, un pueblo que será más numeroso que las estrellas. Este pueblo sera por Él lavado de pecado, preservado, guardado y guiado, y por último será presentado por Él delante de mi trono, sin mancha ni arruga o cosa parecida. Yo solemnemente me comprometo, y juro por Mí Mismo, pues no puedo jurar por nadie superior, que éstos, que ahora doy a Cristo, serán para siempre objeto de mi amor eterno. A ellos les perdonaré por los méritos de la sangre; les daré una justicia perfecta; les adoptaré y les haré mis hijos y mis hijas, y a través de Cristo reinarán eternamente conmigo».

El Espíritu Santo, otro de los altos contratantes del pacto, haría, más o menos, la siguiente declaración: «Por la presente me comprometo a vivificar, en su debido tiem-

po, a todos aquellos que el Padre ha dado al Hijo. A ellos les mostraré la necesidad que tienen de redención; cortaré de ellos toda esperanza vana y destruiré sus refugios de mentiras. Los llevaré a la sangre del derramamiento y les daré fe para que esta sangre les sea aplicada. Yo obraré en ellos todas las gracias; mantendré la fe de ellos viva; los purificaré y apartaré de ellos toda depravación, para que ellos puedan ser presentados sin mancha y sin mácula». Esta era una de las Partes del pacto que hasta este mismo día ha sido cumplida y rigurosamente guardada.

Y con respecto a la otra parte del pacto, asumida y prometida por Cristo, podría expresarse así: «Padre mío, por mi parte yo me comprometo que en la plenitud del tiempo tomaré naturaleza humana. Tomaré sobre mí la forma y naturaleza de la raza caída. Viviré en su miserable mundo y guardaré perfectamente la ley para mi pueblo. Conseguiré una justicia intachable que será aceptada por las demandas de tu justa y santa Ley. A su debido tiempo, yo cargaré sobre mí los pecados de mi pueblo. Tú exigirás sus deudas sobre mí; el castigo de su paz yo sufriré, y con mis llagas ellos serán curados. Padre mío, yo hago pacto y promesa de obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz. Engrandeceré tu Ley y la haré honorable. Yo

sufriré por todo lo que ellos hubieran debido de sufrir. Sufriré la maldición de la ley, y toda Tu ira se descargará sobre mí. Después resucitaré; ascenderé a los cielos y sentado a tu diestra haré intercesión por ellos, para que ninguno de los que me has dado jamás se pierda. En el postrer día traeré todo el rebaño, del que Tú, por mi sangre, me has constituido el Pastor.»

De esta manera, más o menos, se expresarían los contratantes divinos del pacto. Y creo que ahora ya podemos tener una idea bastante clara de cómo se formó el pacto, y de qué manera todavía perdura. Os he presentado, tan brevemente como he podido, las estipulaciones del mismo. Y desearía que os dierais especial cuenta del hecho de que, una parte del pacto se ha cumplido con toda exactitud: Dios el Hijo ha pagado por las deudas de todos sus elegidos. Por nosotros y por nuestra redención sufrió toda la ira divina. Y por parte de Cristo nada falta para cumplirse, a no ser el que Él continúe intercediendo por los redimidos hasta traerlos felizmente a la gloria.

Por lo que respecta al Padre, su parte en el pacto se ha cumplido en incontables ocasiones. Dios el Padre y Dios el Espíritu Santo no se han quedado atrás en el cumplimiento de sus contratos divinos respectivos. Estos se llevarán a término tan comple-

ta y perfectamente como el de Cristo. Con respecto a lo que había prometido realizar, Cristo puede ahora decir: «Consumado es»; pero lo mismo podrán decir las otras gloriosas partes del pacto. Todos aquellos por los que Cristo murió recibirán la justificación, el perdón y la adopción. El Espíritu los vivificará a todos, les dará fe y los traerá a la gloria; de modo que cada uno de ellos, sin estorbo ni impedimento, serán aceptos en el Amado en aquel día cuando serán contadas las gentes y Jesús será glorificado.

3.- Y ahora, habiendo visto cuáles eran las altas partes contratantes del pacto, y los términos y estipulaciones del mismo, consideraremos quiénes fueron los objetos de este pacto. ¿Se hizo este pacto para cada hombre de la raza de Adán? Ciertamente que no; con nuestros propios ojos podemos ver que no fue con todo hombre. Yo veo a grandes multitudes que perecen y que expresamente continúan en sus caminos de perdición; las veo, día tras día, rechazando la oferta que en los Evangelios se les hace de Cristo, y las veo pisoteando bajo sus pies la sangre del Hijo del Hombre. Las veo desafiando al Espíritu Santo que trata de obrar en sus corazones; veo a estas multitudes que van de mal en peor; hasta que finalmente perecen en sus pecados. Por consiguiente no tengo la locura de creer que los tales tienen algu-

na parte en el pacto de la gracia. Aquellos que mueren impenitentes, las multitudes que rechazan al Salvador, claramente prueban que no tienen suerte ni parte en el sagrado pacto de la gracia divina, pues de no ser así habría en ellos ciertas notas y evidencias que nos demostrarían lo contrario. De estar incluidos en el pacto, veríamos que en un determinado tiempo de sus vidas tales personas pasarían por una experiencia de arrepentimiento, y llegarían a ser salvos. El pacto –yendo de lleno al asunto y por ofensiva que resulte la doctrina– sólo tiene relación con los elegidos y con nadie más. ¿Te ofende esto? Pues oféndete aún más. ¿Acaso no dijo Cristo: «Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son»? Si Cristo oró por sus escogidos y por nadie más, ¿por qué os llenáis de ira cuando la Palabra de Dios os enseña que la provisión del pacto es solamente para los elegidos, y para que ellos reciban vida eterna? Todos cuantos creerán, todos cuantos confiarán en Cristo, todos cuantos perseverarán hasta el fin, todos cuantos entrarán en el descanso eterno, y sólo éstos y nadie más, son los que están incluidos en el pacto de la gracia divina.

4.– Además de esto tenemos que hablar de los motivos del pacto. Y la primera pregunta que viene a nuestros labios, es ésta: ¿Por qué se hizo el pacto? Dios no estaba

bajo compulsión u obligación de ninguna clase. Cuando se estableció el pacto no existía aún la criatura para poder de alguna forma influenciar al Creador. El motivo por el cual se hizo el pacto no lo podemos encontrar en ninguna otra parte a no ser en Dios mismo, pues en aquel entonces se podía decir literalmente de Dios: «Yo soy y no hay nadie además de Mí» ¿Por qué, pues, estableció el pacto? A esta pregunta, yo respondo: lo hizo motivado por su absoluta soberanía. ¿Y por qué ciertos hombres fueron objeto del mismo y otros no? Yo respondo: la gracia soberana guió la pluma que escribió sus nombres. No fue por los méritos del hombre, ni porque Dios había previsto algo en nosotros lo que hizo que Él escogiera a muchos y dejara a otros continuar en sus pecados. No había nada en ellos, sino que fue la gracia y la soberanía juntas las que obraron aquella elección divina. Si vosotros, hermanos y hermanas, tenéis la sana esperanza de pertenecer en el pacto de la gracia, con razón podéis entonar aquel canto:

«¿Qué había en mí que mereciera estima o diera a mi Creador agrado? Así, pues que así agradó en tus ojos».

«El tendrá misericordia del que tendrá misericordia», «pues no es del que quiere,

ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia». Su soberanía eligió; su gracia distinguió; y su inmutabilidad decretó. Fuera del motivo de su amor y de su soberanía divina, no hubo otro motivo que dictara la elección de individuos. Y a no dudar que la sublime intención por parte de Dios al hacer el pacto, no fue otra que la de su propia gloria; cualquier otro motivo inferior a éste hubiera estado por debajo de su dignidad. Dios tiene que encontrar sus motivos en Sí Mismo; para sus propósitos. Él no tiene que mirar a polillas o a gusanos. Él es EL QUE ES.

«No se sienta en trono inestable,
Ni pedir permiso tiene para ser».

Él hace lo que quiere con los ejércitos celestes. ¿Quién puede resistir su mano y preguntar: «Qué haces?» ¿Preguntará la arcilla al alfarero el motivo por el cual él la hizo vaso? ¿Podrá la cosa antes de ser creada dictar al Creador? No, dejad que Dios sea Dios, y que el hombre se encoja en su nada natural, y si a Dios le place exaltarle, que no se enorgullezca como pensando que Dios encontró en él algún motivo. Los motivos Él los encuentra en Sí Mismo.

II.—Pero ahora, en segundo lugar, debemos notar el carácter eterno del pacto. En

nuestro versículo se le llama eterno. Y con esta designación podemos darnos cuenta inmediata de su antigüedad. De todas las cosas, el pacto de la gracia es lo más antiguo. Algunas veces es motivo de gran gozo para mí pensar que el pacto de la gracia es más antiguo que el pacto de las obras. El pacto de las obras tuvo un principio, mientras que el de la gracia no tuvo principio; y bendito sea el Señor que el pacto de las obras tuvo su fin, y que el pacto de la gracia permanecerá firme aun después de que cielos y tierras hayan pasado. La antigüedad del pacto de la gracia requiere una reconocida atención por nuestra parte. La verdad del mismo eleva nuestra mente. Yo no puedo pensar en ninguna otra doctrina más sublime que ésta. Ella constituye la misma alma y esencia de toda poesía, y al recogerme para meditar sobre la misma, debo confesar que algunas veces mi espíritu ha sido arrebatado de puro deleite. ¿Puedes concebir el que, antes de todas las cosas, Dios ya había pensado en ti? ¿De que antes de que hiciera las montañas, Él ya había pensado en ti, pobre e insignificante gusano? Antes de que las espléndidas constelaciones empezaran a brillar, antes de que el centro del universo se hubiera fijado, y los colosales planetas y mundos diversos hubieran empezado a girar, Dios ya había fijado el centro de su pacto y ordenado el número

de aquellas estrellas, subordinadas al pacto, a que giraran alrededor de aquel bendito centro, y adquirieran del mismo la luz. Ciertamente, cuando uno piensa en este universo sin límites y con los astrónomos vuela por estas regiones sin fin, habitadas por un incontable número de estrellas, entonces ¿no parece en verdad maravilloso que Dios diera preferencia al pobre e insignificante mortal antes que a todo el universo? Esto no nos puede hacer orgullosos, pues se trata de una verdad divina, pero debe llenarnos de gozo. ¡Oh, creyente! ¡Tú te consideras como la misma nada, pero Dios no piensa así de ti! Los hombres te desprecian, pero antes de crear nada Dios ya se había acordado de ti. El pacto de amor que por ti hizo con su Hijo, es más antiguo que la más vetusta época; antes de que empezara el tiempo, y antes de que las rocas que ahora llevan el sello de una antigüedad arcaica empezaran a sedimentarse, Él ya te amaba, Él ya te había escogido y hecho un pacto para ti. Acuérdate bien de estas cosas antiguas de las cumbres eternas.

Y también es un pacto eterno por lo que respecta a su firmeza. Nada puede ser eterno si no permanece. El hombre puede erigir sus estructuras y pensar que se sostendrán para siempre; sin embargo, la torre de Babel se derrumbó, y las mismas pirámides egipcias llevan ya las señales de la ruina. Nada de lo

que el hombre hace es eterno, ni puede asegurarse contra la destrucción. Pero con respecto al pacto de la gracia, con razón David dijo: «Es firme y en todas las cosas ha sido ordenado». Ha sido—

«Firmado, sellado y ratificado,
Y en todo bien ordenado».

Desde el principio al final no hay ni un «si», ni hay un «pero». Los que creen en un libre albedrío en el hombre, detestan el futuro enfático o «haré» del Señor, y prefieren en su lugar los «si» y los «pero» en el pacto de la gracia; pero no hay «si» o «pero» en el mismo. «Yo haré», dice el Señor, y en consecuencia los elegidos harán. Jehová lo promete y el Hijo lo cumple. Las promesas del pacto son firmes y verdaderas. EL YO SOY les da un carácter determinante e inquebrantable. «Habiéndolo dicho, ¿no lo hará?; o habiéndolo prometido, ¿no lo llevará a término?» Es un pacto firme. Algunas veces he dicho que si un hombre, estando a punto de construir un puente o una casa, me dejara colocar una piedra o ladrillo allí donde quisiera, yo os aseguro que su casa se vendría al suelo. Para ello elegiría la piedra del fundamento principal, y sobre la misma él podría edificar cuanto quisiera, pero os aseguro que pronto caería todo. Ahora bien, el pacto de los

arminianos no puede mantenerse derecho porque uno o dos ladrillos del mismo los hace depender de la voluntad humana (y de este modo lo pongo de la manera más suave, ya que bien hubiera podido decir: «porque todos los ladrillos del mismo los subordina a la voluntad humana», y esto hubiera hecho más justicia a la posición arminiana). De acuerdo con los arminianos, la salvación depende, en última instancia, de la voluntad de la criatura. Si la criatura no quiere, no hay influencia ni poder que haga sucumbir su voluntad. En conformidad con las enseñanzas arminianas no hay promesa alguna de que existe un poder capaz de doblegar la voluntad humana. De manera que la cuestión depende del hombre; y Dios —el poderoso constructor— aunque ponga piedra sobre piedra y lo haga sólido como el universo, en última instancia puede ser derrotado por la criatura. ¡Fuera con tal blasfemia! Toda la estructura, desde el principio hasta el final, está en las manos de Dios. Los términos y condiciones del pacto han venido a ser los sellos y garantía del mismo, después de que el Señor Jesús las cumplió, y esto es así, quiera el hombre o no quiera. No es un pacto de la criatura, sino que es un pacto del Creador. No es un pacto del hombre, sino que es un pacto del Todopoderoso, y Él lo realizará y llevará a término, a pesar de la voluntad del

hombre. En esto está la gloria de la gracia, en que el hombre rechaza la salvación y es enemigo de Dios, y pese a todo esto Dios lo redime. En el pacto Dios dice: «tú serás salvo», mientras que el hombre responde: «no seré salvo»; pero el «serás» de Dios conquista el «no seré» del hombre. La gracia todopoderosa cabalga victoriosamente sobre el libre albedrío, y lo lleva cautivo, en gloriosa cautividad, al poder del amor y de la gracia irresistible que todo lo conquista. Es un pacto firme y por consiguiente merece el título de eterno.

Pero no tan solo es firme, sino que también es inmutable. De no ser inmutable no podría ser eterno. Todo lo que cambia es perecedero. Podemos estar seguros de que cualquier cosa que pueda incluir la palabra «cambio», tarde o temprano morirá y será considerado como perteneciente a la nada. Pero en el pacto todas las cosas son inmutables. Todo lo que Dios ha establecido debe llevarse a término, y ni una palabra, ni una línea, o ni una frase pueden ser alteradas. Lo que el Espíritu ha prometido se realizará, y lo que Dios el Hijo se comprometió a hacer ya se ha cumplido, y se consumará en el día de su venida. Si pudiéramos creer que las sagradas líneas pudieran llegar a borrarse —que el pacto pudiera emborronarse y los nombres confundirse— ¡ah! entonces sí que

sería desesperada nuestra situación. He oído decir a algunos predicadores que cuando el cristiano vive santamente, entonces está en el pacto, pero que cuando peca se le elimina del mismo. Al arrepentirse, de nuevo se le pone en el pacto, pero si vuelve a caer, otra vez se tacha su nombre; y así entra y sale de la puerta del pacto con la misma frecuencia que entra y sale de su casa. Entra por una puerta y sale por otra. En algunas ocasiones es hijo de Dios, y en otras es hijo del diablo; algunas veces es heredero del cielo, y otras veces es heredero del infierno. Conozco a un hombre que llegó al extremo de decir que aunque una persona haya perseverado sesenta años en la gracia, si en el último año de su vida cae en pecado y muere, tal persona se condenaría eternamente, y toda su fe y todo el amor que Dios le hubiera podido manifestar en los años previos, habría sido en vano. Me complazco en decir que esta noción que tales personas tienen de Dios, es nada menos que la noción que yo tengo del diablo. Yo no podría creer en tal divinidad ni postrarme delante de ella. Un Dios que ama hoy y mañana odia; un Dios que hace una promesa y de antemano sabe que esta promesa no se cumplirá en el hombre; un Dios que perdona y castiga, que justifica y más tarde condena, es un Dios que yo no puedo soportar. No es el Dios de las Escri-

turas, y de ello estoy cierto, porque el Dios de la Biblia es inmutable, justo, santo y verdadero. Es un Dios que «habiendo amado a los suyos, los amará hasta el fin»; es un Dios que cumplirá y guardará las promesas que ha dado a sus hijos, de modo que cualquier alma que ha sido objeto de su gracia, continuará para siempre en esta gracia, hasta que un día, sin falta, entrará en la gloria.

Y para terminar este punto, debo decir que el pacto es eterno porque nunca terminará. Se cumplirá, pero permanecerá firme. Una vez Cristo lo haya completado y llevado cada creyente al cielo; una vez el Padre haya reunido a todo su pueblo, entonces verdaderamente el pacto habrá llegado a su consumación, pero no a una conclusión, por cuanto en el pacto se estipula que los herederos de la gracia para siempre serán bienaventurados, y mientras dure este «para siempre» el pacto demandará la felicidad, la seguridad y la glorificación de toda alma que ha sido objeto del mismo.

III.- Habiendo, pues, estudiado el carácter eterno del pacto, concluiré haciendo referencia al aspecto más dulce y precioso del mismo, a la relación que existe entre la sangre y el pacto: a la sangre del pacto eterno. La sangre de Cristo mantiene cuatro relaciones distintas con el pacto. Con respecto a Cristo, su sangre preciosa derramada en Getsemaní

y en el Gólgota, significa el cumplimiento del pacto. Por su sangre el pecado ha sido borrado; con su agonía la justicia ha sido satisfecha, y con su muerte la ley ha sido honrada. Y es precisamente con su preciosa sangre, con toda su eficacia mediadora y con todo su poder purificador, que Cristo cumplió todo lo que se había comprometido a hacer a favor de su pueblo. ¡Oh, creyente! Mira la sangre de Cristo y recuerda que es la parte del pacto que Él ha realizado. Ahora no falta nada para cumplirse, Jesús lo ha hecho todo; no hay nada que el libre albedrío tenga que aportar; Cristo ha cumplido con todas las demandas de Dios. Las cuentas de la parte deudora del pacto han sido saldadas gracias a la sangre de Cristo, y ahora Dios está obligado, por su propia y solemne promesa, a mostrar gracia y misericordia con todos aquellos que Cristo ha redimido con su sangre.

En otro aspecto, la sangre significa, para Dios el Padre, el compromiso del pacto. Al morir Cristo en la cruz, Dios —cuya esencia es verdadera libertad— se nos aparece como atado y obligado, por su propia promesa, a llevar a término toda estipulación. ¿No nos promete el pacto un nuevo corazón y un espíritu recto dentro de nosotros? Pues debe cumplirse, ya que Jesús murió, y su muerte viene a ser como el sello del pacto. ¿No dice

también: «y derramaré agua pura sobre ellos y ellos serán limpios; de todas sus iniquidades los limpiaré»? Entonces esto también debe cumplirse, pues Cristo llevó a perfecta consumación su parte en el pacto. Por consiguiente ahora no podemos hablar del pacto como algo dudoso, sino que, gracias a Cristo ha venido a ser nuestro propio derecho delante de Dios. Y al acercarnos humildemente sobre nuestras rodillas implorando el pacto, nuestro Padre celestial no nos negará las promesas que se contienen en el mismo, sino que de ellas hará un «sí» y un «amén» a través de la sangre de Cristo Jesús.

La tercera relación que la sangre de Cristo mantiene con el pacto apunta a nosotros como objetos del mismo. No sólo es con respecto a Cristo el cumplimiento del pacto, y con respecto al Padre un compromiso solemne, sino que constituye, además, una evidencia para cada uno de nosotros. Y sobre este particular, amados en el Señor, permitidme que dé rienda suelta a mi afecto para con todos vosotros, pues el tema hace arder mi corazón por cada uno de vosotros. ¿Confías completamente en la sangre de Cristo? ¿Ha purificado su sangre tu conciencia? ¿Has experimentado el perdón de tus pecados a través de su sangre? ¿Te glorías en su sacrificio, y es su cruz tu única esperanza y tu único refugio? Si es así, entonces tú estás

en el pacto. Algunas personas quieren saber si han sido elegidas. Pero nosotros no podemos decírselo, a menos que ellas no nos contesten a estas preguntas: «¿Creéis? ¿Está vuestra fe fundada en la sangre preciosa?» De ser así, estáis en el pacto. Y si tú, oh, pobre pecador, no tienes nada en qué confiar y te mantienes apartado, diciendo: «No me atrevo a venir; tengo miedo; no estoy en el pacto», aun a ti Cristo te invita a venir. «Ven a Mí», te dice.

Si tú no puedes venir al Padre del pacto, acércate al Padre del mismo. «Ven a Mí y hallarás descanso». Y una vez hayas venido a Él, y recibido su sangre, entonces no dudes ya más de que tu nombre no esté escrito en el rollo carmesí de la elección. ¿Puedes ahora leer tu nombre en los caracteres de la sangre de Cristo? Entonces un día lo leerás en las letras doradas de la elección del Padre. Aquel que cree es un elegido. La sangre es el símbolo, la señal, la garantía, la seguridad y el sello del pacto de la gracia para contigo. Ella debería constituir como un telescopio para ti, por el cual tú pudieras ver las cosas de la lejanía espiritual. Con tu simple vista no puedes ver tu elección, pero a través de la sangre de Cristo la puedes ver con claridad suficiente. Pon tu confianza en la sangre, oh, pobre pecador, y llegarás a descubrir que la sangre del pacto eterno

constituye una prueba segura de que tú eres un heredero del cielo.

En cuarto y último lugar, debemos decir que la sangre constituye la gloria de estas tres relaciones que hemos mencionado. La sangre para el Hijo significa el cumplimiento, para el Padre una promesa solemne, y para el pecador constituye una evidencia; pero para los tres, Padre, Hijo y pecador, la sangre viene a ser la gloria común y la jactancia suprema. En ella el Padre tiene contentamiento; en ella el Hijo, con gozo, contempla lo adquirido con sus agonías; y en ella siempre debe el pecador encontrar su consuelo y su canto eterno. «Jesús, tu sangre y tu justicia para siempre constituirán mi gloria y mi canción».

Y ahora, amados oyentes, tengo que haceros una pregunta: ¿Tenéis la esperanza de estar en el pacto? ¿Habéis puesto vuestra confianza en la sangre? Aunque por lo que os he dicho esta mañana, vosotros lleguéis a pensar que el horizonte del Evangelio es muy restringido, debéis notar que el Evangelio se predica a todos sin restricción de ninguna clase. El decreto de la elección es limitado, pero las buenas nuevas son para todo el mundo. El mandato que he recibido de Dios es el de proclamar las buenas nuevas a toda criatura bajo el cielo. La aplicación eficaz del Evangelio está restringida a los escogidos

SERMONES DEL AÑO DE AVIVAMIENTO

de Dios, y en consecuencia pertenece a la voluntad secreta de Dios, pero no es así con el mensaje: éste debe proclamarse a todas las naciones. Tú has oído el Evangelio en muchas ocasiones de tu vida y conoces el tema central del mismo: «Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores». ¿Crees tú ésto? Que el Espíritu Santo haga que ésta sea, más o menos, tu confesión: «Soy un pecador y confío en que Cristo ha muerto por mí; pongo mi confianza en los méritos de su sangre, y pase lo que pase, mi actitud delante de Dios es ésta:

«Nada en mis manos llevo,
Sólo a tu cruz me adhiero»

Por haber oído el mensaje de salvación y haberlo recibido en tu corazón, tú has evidenciado ser uno de aquellos que están en el pacto. ¿Por qué, entonces, te espanta la doctrina de la elección? Si tú has escogido a Cristo, ten por seguro que Él antes te escogió a ti. Si con ojos llenos de lágrimas diriges tu mirada a Cristo, piensa que Él, mucho antes, ya te había estado mirando. Si de tu corazón brota amor hacia Cristo, no olvides que su corazón te ama con un amor que tú jamás podrás igualar. Si ahora estás pidiendo: «Padre mío: sé Tú el guía de

mi juventud», yo te diré un secreto: Él ha sido tu guía, el que te ha llevado a lo que tú ahora eres –un humilde buscador– y el que te guiará y llevará a las mansiones seguras de la gloria. Quizá tú eres un orgulloso y jactancioso arminiano, que dices: «Cuando yo quiera me arrepentiré y creeré. Yo tengo tanto derecho como cualquiera para salvarme, pues, a fin de cuentas, cumplo con mis obligaciones tan bien como otros, y no hay duda de que recibiré mi recompensa». Pues bien, si tú eres uno de aquellos que reclaman una reconciliación universal, y crees que se puede recibir por propia opción de la voluntad humana, entonces ¡reclámala! Verás como tus demandas pronto te sumirán en desengaño. Te darás cuenta de que Dios no tendrá trato alguno contigo mientras tú mantengas tal posición, sino que te dirá: «Apártate de Mí, pues nunca te conocí. El que no viene a Mí a través del Hijo, no puede en modo alguno aceptarle». Yo creo que el hombre que no está dispuesto a someterse al amor electivo y a la gracia soberana de Dios, tiene fundada razón para dudar de si en verdad es cristiano, pues el espíritu que se rebela contra esto es el espíritu del diablo, el espíritu de aquel corazón que no ha sido humillado ni regenerado. Que el Señor haga desaparecer la enemistad de vuestro corazón a sus sublimes

SERMONES DEL AÑO DE AVIVAMIENTO

verdades, para que podáis aceptar las mismas y ser reconciliados con Él por la sangre de su Hijo, que es el vínculo y sello del acto eterno.

3

LA NECESIDAD DE LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

*«Y pondré dentro de vosotros
mi Espíritu» Ezequiel 36:27*

Los milagros de Cristo son notables por un hecho, es a saber, el de que ninguno de ellos fue innecesario. Los pretendidos milagros de Mahoma y los de otras religiones, incluso de haber sido milagros, no hubieran tenido sentido alguno. Supongamos que San Dionisio andó con su cabeza en su mano después que ésta le fue cortada; ¿qué sentido práctico hubiera tenido? Por el bien que hizo a la humanidad hubiera estado mejor en la tumba. Sin embargo, los milagros de Cristo nunca fueron innecesarios. No son monstruosidades de poder; es cierto que son

manifestaciones de poder, pero todos ellos tienen un fin práctico y lo mismo puede decirse de las promesas de Dios. No hay ni una sola promesa en las Escrituras que pueda considerarse como un mero desatino. De la misma manera que todo milagro fue necesario, absolutamente necesario, así es con cada promesa dada en la Palabra de Dios. Por consiguiente, del versículo que hemos leído, yo deduciré -y creo de una manera convincente el argumento- de que, si Dios en el pacto hecho con su pueblo ha prometido poner su Espíritu dentro de ellos, debe de ser absolutamente necesario para nuestra salvación el que cada uno de nosotros reciba el Espíritu de Dios. Esto constituirá el tema para la meditación de esta mañana. Tema que confío será para el provecho espiritual de aquellos que ansiosamente buscan el camino de salvación.

Empezaremos, entonces, estableciendo la proposición de que la obra del Espíritu Santo es absolutamente necesaria para que nosotros podamos ser salvos.

I. -Y tratando de probar esto, en primer lugar haré notar que esta necesidad se manifiesta claramente si nosotros recordamos lo que el hombre es por naturaleza. Algunas personas dicen que el hombre, de por sí, puede lograr la salvación; que al escuchar el Evangelio está en SU poder el recibirlo, el creerlo y el

experimentar un cambio salvador a través de él. A esto nosotros contestamos que los que así piensan, no saben lo que el hombre es por naturaleza, de otro modo no se hubieran aventurado a hacer tales aserciones. Las Sagradas Escrituras nos dicen que por naturaleza el hombre está muerto en delitos y pecados. No nos dice que está enfermo, que está débil, o que se ha vuelto duro e insensible, sino que nos dicen que el hombre está completamente muerto. Todo lo que la palabra «muerto» significa con referencia al cuerpo, lo mismo indica, desde un punto de vista espiritual, respecto al alma del hombre. Cuando el cuerpo está muerto, no tiene poder; de por sí es incapaz de hacer nada; y cuando el alma del hombre está muerta, en un sentido espiritual, dicha alma —si es que la comparación tiene significado alguno— está completamente desprovista de poder, e incapaz de hacer algo de sí misma y por sí misma. Cuando veáis a los muertos resucitar de sus tumbas, cuando les veáis soltando sus sudarios, abriendo las tapas de sus ataúdes, y andando por nuestras calles viviendo y respirando —y todo eso como resultado de su propio poder—, entonces quizá podréis creer que las almas que están muertas en pecado pueden volver a Dios, recrear su naturaleza, y hacerse ellas mismas herederas del cielo, aunque antes eran herede-

ras del infierno. Pero anotadlo bien: no hasta entonces.

El tema del Evangelio gira en torno al hecho de que el hombre está muerto en sus pecados, y que la vida eterna es un don de Dios, y tú deberías ir contra la totalidad de este tema básico del Evangelio, si defendieras el que el hombre puede conocer y amar a Cristo sin la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo encuentra a los hombres tan desprovistos de vida espiritual, como aquellos huesos secos en la visión de Ezequiel; el Espíritu tiene que juntar cada hueso con su hueso, hasta reconstruir el esqueleto, y luego, viniendo desde los cuatro vientos, debe soplar sobre estos huesos muertos, para que ellos reciban vida. A no ser por el Espíritu de Dios, las almas de los hombres tendrían que yacer en el valle de los huesos secos, muertas, y muertas para siempre.

Pero las Escrituras no nos dicen solamente que el hombre está muerto en pecado; nos dicen algo peor que esto, es a saber: que él, por naturaleza, es absoluta y totalmente contrario a todo lo que sea bueno y recto. «Por cuanto la intención de la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede» (Romanos 8:7). Hojeemos las páginas de la Biblia y continuamente se nos repetirá el que la voluntad del hombre es contraria a las co-

sas de Dios. ¿Qué dijo Cristo a aquellos que se imaginaban que el hombre podía venir a Él sin la influencia divina? Primeramente, dijo: «Ninguno puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le trajere»; pero Él dijo algo todavía más enfático: «y no queréis venir a Mí, para que tengáis vida». El hombre no quiere venir. Aquí se encierra el mal fatal; no sólo el hombre se encuentra sin fuerzas para hacer lo bueno, sino que él es suficientemente poderoso para hacer el mal, de modo que su voluntad está perversamente dispuesta a ir en contra de todo lo que sea recto. ¡Vé, arminiano, y di a tus oyentes que ellos pueden venir a Cristo, si así lo desean, pero has de saber que tu Redentor te mira a la cara y te dice que estás profiriendo una mentira! Los hombres no quieren venir. Nunca vendrán por ellos mismos. Tú no puedes inducirles a venir, tú no puedes forzarles a venir con todos tus truenos, ni puedes seducirles con todas tus invitaciones. Ellos no quieren venir a Cristo para tener vida. Hasta que el Espíritu no les traiga, no querrán venir, ni podrán venir.

Y es por el hecho de que la naturaleza humana es hostil al Espíritu de Dios, que el hombre odia la gracia, desprecia la manera en la cual se le ofrece esta gracia, y es contrario a su naturaleza orgullosa el inclinarse a recibir la salvación por los méritos de otro. De aquí,

pues, surge la necesidad de que el Espíritu obre directamente en el hombre para cambiar su voluntad, corregir los prejuicios de su corazón, y después de ponerle en el camino recto, darle fuerzas para andar en él. ¡Oh! Si vosotros estudiarais al hombre y llegarais a comprenderle, no podríais evitar el ser celosos en esta doctrina de la necesidad de la obra del Espíritu. Con razón un gran escritor ha anotado que él nunca conoció a ningún hombre que mantuviera algún error teológico sin mantener al mismo tiempo alguna doctrina que atenuara o disminuyera la depravación del hombre. El arminiano dice que el hombre está espiritualmente caído, y es verdad, pero añade que el hombre tiene todavía el poder de la voluntad, y esta voluntad es libre; él puede levantarse. Se atenúa así el carácter desesperante de la caída del hombre. Por otro lado, el antinomiano dice que el hombre no es responsable, pues no puede hacer nada; por consiguiente no está ligado a hacer nada: ni es su obligación el creer, ni es su obligación el arrepentirse. Vemos aquí, también, que se atenúa la condición pecadora del hombre y se suprimen las ideas correctas de la caída. Pero una vez se mantiene la posición verdadera, o sea, la de que el hombre no sólo está completamente caído, perdido y condenado, sino también de que es culpable y de por sí impotente, entonces uno por ne-

cesidad adoptará una posición doctrinal correcta en todos los demás puntos del gran Evangelio del Señor Jesús. Una vez se crea lo que las Escrituras nos dicen sobre el hombre, una vez se acepta el que su corazón es depravado, sus afectos pervertidos, su entendimiento ensombrecido y su voluntad también pervertida, entonces uno no podrá por menos de sostener que una persona así tan miserable, si ha de ser salva, esta salvación debe ser obrada por el Espíritu de Dios y por el Espíritu de Dios solamente.

II.—Voy a daros seguidamente otra prueba. La salvación tiene que ser la obra del Espíritu Santo en nosotros, porque los medios usados en la salvación, de por sí son inadecuados para realizarla. ¿Cuáles son los medios de la salvación? En primer lugar, y de una manera destacadísima, está la predicación de la Palabra de Dios. Más almas han sido llevadas a Cristo a través de la predicación, que a través de cualquier otro medio. La predicación es la espada del Espíritu, viva y eficaz, que alcanza hasta partir el alma, y aún el espíritu, y las coyunturas y tuétanos. El testimonio de la Escritura es de que «agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación». Pero, ¿qué hay en la predicación que la hace el medio eficaz de salvación de almas? Yo os podría indicar diversas iglesias y capillas, en las que podriais entrar

y decir: «He aquí a un pastor con conocimientos verdaderamente profundos, un hombre capaz de instruir e iluminar el intelecto». Os sentáis en los bancos y decís: «Bien, si Dios se propone obrar una gran obra, Él se valdrá de un hombre tan instruido como éste». Pero ¿conocéis acaso a hombres instruidos que de una manera prominente han sido hechos instrumentos para llevar almas a Cristo? Dad una vuelta por vuestras iglesias; observadlas y luego contestad a la pregunta. ¿Conocéis a hombres famosos —en erudición y sabiduría— que han llegado a ser guías espirituales en nuestro Israel? ¿No es una verdad que salta a la vista el que nuestros predicadores modernos, predicadores tan elocuentes, predicadores tan instruidos, son justamente los hombres más inútiles de la creación cuando se trata de ganar almas para Cristo? ¿Dónde se convierten más almas? En el lugar en torno al cual se descubre la mofa, la burla y el desdén del mundo. Los pecadores se convierten bajo la predicación de aquel cuya elocuencia es tosca y sencilla, y sin ribetes de vanagloria; de aquél que necesita caer sobre sus rodillas para confesar su torpeza, y que cuando el mundo habla mal de él, siente como si en verdad se lo merece, por cuanto él no es más que un vaso de tierra, dentro del cual Dios se ha complacido en poner Su tesoro celestial. Me atrevo a decir que, a través de

los siglos, los pastores más despreciados han sido los más útiles; y aun en este día podríamos encontrar a pobres predicadores metodistas primitivos, que apenas pueden hablar un inglés correcto, y que han sido los padres de más almas y han traído más trofeos a Cristo que cualquier obispo desde su cátedra. Y es porque ha agradado a Dios dar poder a lo necio y débil, pero nunca a aquellos que, de conseguir algo, lo pudieran atribuir a la excelencia del poder de su saber o a su elocuencia. Al igual que con el apóstol Pablo, la obligación de todo pastor es gloriarse en sus flaquezas. El mundo dice: «¡Fuera con tu oratoria! Es áspera, ruda y excéntrica». Sí, es precisamente así, pero nosotros estamos contentos, pues el Señor la bendice. Así es que, mucho mejor que tenga imperfecciones, pues así claramente se verá que la obra de la conversión no es del hombre ni por el hombre, sino que es la obra de Dios, y de Dios solamente. Se dice de que una vez, un hombre —en extremo curioso— deseaba ver la espada con la que un esforzado guerrero había luchado batallas arriesgadas; lanzando su mirada a lo largo de la hoja, dijo: «Bien, pero yo no veo nada extraordinario en esta espada». «No —dijo el guerrero—, pero tú no has reparado en el brazo del que la esgrime». Y de la misma manera cuando se escucha a un pastor al que Dios

ha bendecido, algunas personas son propensas a decir: «Yo no veo nada en él». No; es cierto, pero es que tú no has reparado en el brazo eternal que siega la cosecha con la espada del Espíritu. Si hubierais visto la quijada del asno en las manos de Sansón, vosotros habríais dicho: «¡Cómo! ¿Tan gran número de vencidos con esto? ¡Imposible! ¡Traed una hoja afilada, sacad el acero de Damasco!». No; pues a Dios le pertenece toda gloria, por tanto no con el acero pulimentado, sino con la quijada de asno debe Sansón obtener la victoria. Y así es con los ministros; por lo común Dios ha bendecido a los más débiles. Bien, ¿no se infiere, por consiguiente, que todo esto tiene que ser la obra del Espíritu? Porque, si no hay nada en el instrumento mismo para obtenerlo, ¿no es la obra del Espíritu cuando la cosa se realiza? Permíteme que a ti te exponga el caso. Bajo el ministerio de la predicación, las almas muertas reciben vida, los pecadores se arrepienten, los más ruines son echos santos, y aquellos que vienen con el propósito de no creer, se ven obligados a creer. Ahora bien: ¿quién obra todo esto? Si tú dices que es el pastor quien lo hace, entonces tendré que decir adiós a tu juicio, porque no hay nada en el ministro, al que Dios ha bendecido, que indique tal cosa. Tiene que ser el Espíritu obrando en el hombre a través del ministerio de la

predicación; de otra manera, tales hechos nunca hubieran podido realizarse. A no ser por la actuación del Espíritu, podrías abrigar más esperanzas en resucitar a los muertos susurrándoles en los oídos, que salvar a las almas a través de la predicación. Ya sabéis que en una ocasión, Melanchton, sin el Espíritu de Dios, se fue a predicar confiando en convertir a toda la gente; pero finalmente se dio cuenta de que el viejo Adán era demasiado fuerte para el joven Melanchton, y tuvo que retirarse y suplicar la ayuda del Espíritu Santo, pues sin Él, ni aun un alma se salvaría. Digo, pues, que el hecho de que la predicación del Evangelio es bendecida, prueba que es la obra de un poder sobrenatural, puesto que no hay nada en el predicador.

Otros medios, además de la predicación, se usan para la bendición de nuestras almas. Por ejemplo, las dos ordenanzas del bautismo y la Cena del Señor. Ambas constituyen ricos medios de gracia. Pero permíteme que te pregunte: ¿hay algo en el mero bautismo que pueda bendecir a nadie? ¿Puede la inmersión en el agua tener la más leve raíz de bendición para el alma? Y con respecto al pan y al vino que se toma en la Cena del Señor, ¿puede de algún modo concebirse que haya algo extraordinario en ellos? Sin embargo, no cabe duda de que la

gracia de Dios acompaña ambas ordenanzas para confirmar la fe de aquellos que las reciben, e incluso, algunas veces, para la conversión de aquellos que han sido testigos de la celebración. Entonces, debe haber algo que rebasa lo externo de la celebración; debe haber, en realidad, el Espíritu de Dios, dando testimonio a través del agua, dando testimonio a través del vino, dando testimonio a través del pan; de otro modo ninguna de estas cosas podría llegar a ser medio de gracia para nuestras almas. No podrían edificar, ni ayudarnos para la comunión con Cristo; no podrían obrar convicción de pecado, ni establecer a los santos. Debe haber, entonces, a la luz de todos estos hechos, una influencia misteriosa, invisible y de lo alto: la influencia del Espíritu de Dios.

III.—Os recordaré, en tercer lugar, que la absoluta necesidad de la obra del Espíritu Santo se patentiza una vez más al considerar que todo lo que ha hecho Dios el Padre, todo lo que ha hecho Dios el Hijo, no tiene valor para nosotros a menos que el Espíritu no nos revele estas cosas en nuestras almas. Creemos, en primer lugar, que Dios el Padre elige su pueblo; desde antes de la fundación del mundo lo escogió para Sí Mismo. Pero, ¿qué significado tiene esta doctrina para el hombre en el cual el Espíritu no ha hecho

morada? ¿Cómo puedo yo llegar a saber si, efectivamente, Dios me ha elegido a mí desde antes de la fundación del mundo? ¿Cómo es posible para mí saberlo? ¿Puedo yo acaso escalar los cielos y leer la lista de los elegidos? ¿Es posible para mí abrirme camino a través de las espesas nieblas que esconden la eternidad, y abrir los siete sellos del libro y leer allí mi nombre? ¡Ah, no! La elección es una carta muda para mi conciencia hasta que el Espíritu no me llame de las tinieblas a la luz admirable. Y entonces, a través de mi llamamiento, yo me doy cuenta de mi elección, y sabiendo que he sido llamado de Dios, yo sé también que he sido escogido de Dios desde antes de la fundación del mundo. Para un hijo de Dios, esta doctrina de la elección es preciosa. Pero, ¿qué es lo que la hace preciosa? Nada, a no ser la influencia del Espíritu. Hasta que el Espíritu no abra el ojo para leer, hasta que el Espíritu no imparta el místico secreto, ningún corazón puede saber su elección. Jamás ángel alguno ha podido revelar al hombre los arcanos de la elección; es el Espíritu quien lo revela. Él, a través de sus operaciones divinas, da testimonio a nuestro espíritu de que somos nacidos de arriba; y entonces se nos habilita para leer con claridad el título que se nos otorga para ocupar las mansiones de las alturas.

Considera otra vez el pacto de la gracia. Sabemos que antes de la creación se hizo un pacto entre el Padre y el Hijo, y en este pacto todos los elegidos fueron dados al Hijo, al Señor Jesús; pero, ¿de qué nos sirve o aprovecha dicho pacto mientras el Espíritu no nos otorgue los beneficios del mismo? El pacto es algo así como un árbol sublime cargado con fruto; si el Espíritu no lo sacude y hace caer el fruto al nivel en el cual nosotros estamos, ¿de qué modo podríamos beneficiarnos? Traed a un pecador y decidle que hay un pacto de gracia, ¿qué provecho sacaría él del mismo? «¡Ah! —dice él— quizá yo no estoy incluido en el mismo; quizá mi nombre no está inscrito en él; quizá yo no he sido elegido en Cristo». Pero dejad que el Espíritu de Dios more en abundancia en su corazón por la fe y el amor que es en Cristo Jesús, y este hombre verá el pacto, firme y ordenado en todas las cosas, y con David exclamará: «Él es toda mi salvación y todo mi deseo».

Volvamos otra vez a la redención obrada por Cristo. Sabemos que Cristo ocupó el lugar de su pueblo, y que todos aquellos que un día aparecerán en el cielo, aparecerán allí como resultado de un acto de justicia y de gracia, pues sería un acto de injusticia por parte de Dios castigar a los elegidos, ya que Cristo sufrió el castigo que ellos merecían al morir en la cruz en su lugar. Cree-

mos que por haber pagado Cristo todas sus deudas, ellos tienen derecho a su libertad en Cristo, y que también, por haber sido revestidos con la justicia de Cristo, ellos tienen tanto derecho a la vida eterna como si de por sí ellos hubieran sido siempre santos. Pero, ¿de qué me aprovecha esto si el Espíritu no toma las cosas de Cristo y me las hace manifiestas? ¿Qué valor tiene la sangre de Cristo para cualquiera de vosotros, si no habéis recibido el Espíritu de la gracia? Más de mil veces habéis oído predicar sobre la sangre de Cristo, pero a vosotros os era igual; no tenía significado alguno para vosotros el que Cristo tuviera que morir. Vosotros sabiais que Él estaba expiando pecados que no eran suyos; pero lo juzgabais todo como un cuento, quizá, incluso como una historieta vana. Pero cuando el Espíritu de Dios os llevó a la cruz y os abrió los ojos para que pudieseis contemplar a Cristo crucificado, ¡ah, entonces sí que realmente había algo en la sangre! Cuando el Espíritu mojó el hisopo en la sangre y aplicó esta sangre a vuestro espíritu, entonces vuestro corazón se llenó de gozo y paz al creer, cosa que nunca anteriormente habíais experimentado. El Espíritu Santo debe morar en tu corazón, de otro modo la muerte de Cristo no significa nada para ti.

IV.—Esto nos lleva a otra consideración. La experiencia del cristiano verdadero es una

realidad; pero nunca puede ser conocida ni sentida sin el Espíritu de Dios. ¿Qué es la experiencia del cristiano? Os daré una simple descripción de algunas de las facetas de la misma. Supongamos que se encuentra entre nosotros uno de los hombres de mejor reputación de Londres. Nunca se ha entregado a ningún vicio, ni ha sido jamás deshonesto; se le conceptúa como un comerciante de firme integridad. Ahora bien, a su gran asombro se le informa que es un pecador perdido y condenado, tan realmente perdido como el ladrón que murió en la cruz por sus crímenes. ¿Pensáis que este hombre lo creerá? Supongamos, empero, de que él lo cree por el mero hecho de leerlo en la Biblia. ¿Pensáis que llegará a sentirlo? ¡Imposible! Alguno de vosotros, quizá en este mismo momento está diciendo: «Bueno, si éste fuera mi caso yo nunca lo sentiría». ¿Os podéis imaginar a aquel honesto e íntegro comerciante diciendo: «Dios, sé propicio a mí, pecador»? ¿Os lo imagináis arrodillado junto con la ramera y el blasfemo, y sintiendo en su propio corazón el que es tan culpable como ellos, de modo que debe recurrir a la misma súplica: «Señor, sálvame o perezco». Vosotros no podéis concebirlo, ¿no es verdad? Es contrario a nuestra naturaleza pensar que un hombre tan respetable como el que hemos mencionado tenga que considerarse a sí mismo como

el peor de los pecadores. ¡Ah, pero debe ser así para que él pueda alcanzar la salvación!; debe tener esta experiencia antes de poder entrar en el cielo. Ahora pregunto: ¿quién puede conducirlo a tal experiencia, a no ser el Espíritu de Dios? Yo lo sé perfectamente bien; nuestra naturaleza orgullosa no se abajará a tal plano. Todos somos aristócratas en nuestra justicia propia; no nos gusta inclinarnos y descender al nivel de los pecadores comunes. Y si a este nivel llegamos, es porque el Espíritu nos dobló al mismo barro. Por mi propia experiencia sé que si antes de mi conversión alguien me hubiera dicho que un día suplicaría a Dios por misericordia y confesaría al mismo tiempo que era lo peor de lo peor, yo me hubiese reído abiertamente en su cara y habría dicho: «¿Cómo puede ser esto? Yo no he hecho ninguna cosa particularmente mala; no he hecho mal a nadie». Pero lo que es ahora, en este mismo instante, yo sé que puedo ocupar el nivel más bajo, y con tal de entrar en el cielo me sentiré dichoso con poder sentarme entre los peores pecadores, y alabar a aquel Amor Todopoderoso que me salvó de mi condición perdida.

¿Cómo se obra esta humillación del corazón? A través de la gracia. Va contra nuestra manera propia de ser el que un hombre honesto e íntegro, en la opinión del mundo,

pueda llegar a experimentar su condición pecadora y perdida. Debe ser, en verdad, la obra del Espíritu Santo, de otro modo esto nunca ocurriría.

Bien; continuando con nuestra descripción, supongamos ahora que una persona acaba sintiendo remordimientos de conciencia y a creer que su conducta pasada merece la ira de Dios. Su primera reacción será: «De ahora en adelante viviré mejor de lo que hasta aquí he vivido», y añadirá: «A partir de este momento me esforzaré en imitar al ermitaño; me pincharé en esta y otra parte; me negaré a mí mismo y haré penitencia; y a no dudar de este modo, observando las ceremonias externas de la religión –junto con un carácter moral elevado– podré borrar cualquier resbalón y mancha del pasado». ¿Podemos concebir el que un hombre que así piense pueda creer que el único modo de entrar en el cielo es a través de la justicia de otro? «¿A través de la justicia de otro? –dirá él–; yo no quiero ser recompensado por lo que otro hombre ha hecho; no, yo no. Si he de ir al cielo lo haré a mi propio riesgo y gracias a lo que yo haga. ¡Decidme lo que he de hacer y lo haré! ¡Me sentiré orgulloso de hacerlo, aun por humillante que sea, con tal de que yo pueda ganar el amor y estimación de Dios!» Ahora bien; ¿podéis concebir que tal hombre llegue jamás a experimentar en lo íntimo de su alma

que no puede hacer nada que merezca el amor y favor de Dios, y que si va al cielo debe ir a través de lo que Cristo hizo? De la misma manera como el borracho entra allí por los méritos de Cristo, así, así es, como este hombre tan moral puede entrar, no teniendo nada de por sí, a no ser la perfecta justicia de Cristo. Y decimos que esto es tan contrario a la naturaleza humana, que nada, a no ser el Espíritu de Dios, nos puede despojar de toda justicia propia y de todo esfuerzo humano, a la vez que nos obligue a descansar simple y totalmente en Jesucristo, el Salvador.

Estas dos experiencias que hemos descrito serían suficientes para demostrar que la obra del Espíritu Santo es esencial en lo que a la conversión cristiana se refiere, pero os describiré ahora a un cristiano tal como es después de su conversión. Vienen las dificultades, como si fueran tempestades, pero él mira a la tempestad cara a cara, y dice: «Yo sé que todas las cosas son para mi bien». Mueren sus hijos; la compañera de su vida es llevada a la sepultura, pero él dice: «El Señor dio, el Señor quitó; bendito sea el nombre del Señor». Su hacienda declina, la cosecha se malogra, las perspectivas de su negocio se ensombrecen; todo parece perderse e incluso él mismo es dejado en la pobreza; sin embargo, él dice: «Aunque la higuera no flore-

cerá ni en las vides habrá frutos, fracasará la obra del olivo, y los labrados no darán mantenimiento, y las ovejas serán quitadas de la majada, y no habrá vacas en los corrales; con todo yo me alegraré en el Señor, y me gozaré en el Señor de mi salvación». Más tarde le veréis en el lecho, enfermo, pero aun así, él dice: «Bueno me es haber sido afligido, pues antes de que yo fuera afligido, descarriado andaba; más ahora guardo tu Palabra». Cuando por último se acerca al oscuro valle de la muerte, le oiréis exclamar: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno; porque Tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento». Ahora yo os pregunto: ¿qué es lo que hace que este hombre tenga esta serenidad espiritual en medio de todas estas pruebas y dificultades personales, a no ser la influencia del Espíritu Santo? Tú que dudas de la influencia del Espíritu, produce sin Él algo semejante; vete y muere como los cristianos mueren; vive como ellos viven, y si tú puedes mostrar la misma resignada serenidad, el mismo gozo silencioso y la misma creencia firme de que las cosas adversas, sin embargo, redundarán para nuestro bien, entonces quizá nos encontraremos en una posición que nos haga abandonar nuestra afirmación, pero no hasta entonces. Las elevadas y nobles experiencias de un cristia-

no en tiempo de prueba y aflicción, demuestran que son la obra del Espíritu Santo.

Pero considera también al cristiano en medio de la prosperidad. Es rico. Dios le ha concedido todo lo que su corazón desea en esta tierra. Considera lo que dice: «En nada valoro estas cosas, excepto como dones de Dios; no estoy ligado a ellas; y a pesar de esta casa y hogar, y de todas estas comodidades, con todo tengo deseos de ser desatado y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor. Es verdad que no me falta nada en esta tierra, pero todavía creo que el morir para mí sería ganancia, aun a pesar de que dejaría todas estas cosas». Flojamente se sostiene a las cosas de la tierra; no las ase con mano firme, sino que las considera como polvo, como algo que pasará. Poco placer encuentra en ellas, por eso puede decir:

No tengo aquí ciudad permanente;
La que yo busco, aquí no puede verse.

Observad a este hombre. Tiene amplia libertad para lanzarse a los placeres de este mundo, y sin embargo, él los bebe de una cisterna más alta. Sus goces brotan de manantiales que no se ven; sus momentos más felices los constituyen aquellos en que, apartado de todas las cosas apacibles de este mundo, él puede acercarse a Dios como pobre

y culpable pecador, y a través de Cristo puede entrar en comunión con Él y acercarse con confianza al trono de la gracia celestial. Ahora bien: ¿qué es lo que impide a tal cristiano –gozando de todas estas bendiciones– a no poner su corazón en las cosas de este mundo? Es, en verdad, una maravilla el que un hombre que tiene oro, plata, rebaños y ganado, no haga de ello su dios, sino que, antes por el contrario, diga:

Nada hay en los ámbitos de esta espaciosa
tierra,
Para satisfacer mi gran deseo;
El gozo sin fronteras y la alegría pura,
Es de mis pensamientos nobles la aspiración
continua.

Las cosas de la tierra no constituyen mi tesoro; mi tesoro está en el cielo, y en el cielo solamente. ¿A qué se debe toda esta serenidad espiritual y aspiración noble? No a una mera virtud moral. Ninguna doctrina estoica jamás podrá obrar algo semejante. No; tiene que ser la obra del Espíritu, y del Espíritu solamente, la que puede llevar a un hombre a vivir en el cielo, aun estando rodeado de tentaciones que le invitan a vivir en la tierra. No me extraña que un hombre pobre suspire por el cielo, pues sobre la tierra no hay nada para él. Cuando hay abrojos en el nido, no me extraña que la alondra se re-

LA NECESIDAD DE LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

monte hacia lo alto. Cuando te sientes herido y vencido por las dificultades, no me extraña que tú digas:

¡Jerusalén, mi hogar feliz!
Tu nombre es siempre dulce para mí.
¿Oh, cuando de mis penas el fin,
y en gozo y paz morar en Ti?

Pero la gran maravilla es que, aunque se forre de lo más blando el nido del cristiano, y se le colme con lo mejor de esta vida, con todo no podréis impedir que diga:

A Jesús, la corona de mi esperanza,
Mi alma anhela con ansiedad volar.
¡Oh, llévame, querubín, hacia lo alto,
Y remóntame hasta Su mismo tronol

V.-Y ahora, en último término, he de decir que las acciones, las buenas acciones de la vida cristiana, no pueden realizarse sin el Espíritu; de aquí otra vez más la necesidad del Espíritu de Dios. La primera acción en la vida del cristiano es el arrepentimiento. ¿Has probado alguna vez de arrepentirte? Si es así, si lo probaste sin el Espíritu de Dios, tú sabes bien que instar a un hombre para que se arrepienta sin contar con la promesa del Espíritu para ayudarle, es instar a que haga un imposible. Más fácilmente podría una roca llorar, o un desierto florecer, que

un pecador poder arrepentirse por su propia iniciativa. Si Dios ofreciera el cielo al hombre, simplemente en términos de mero arrepentimiento por el pecado, el cielo sería tan imposible de conseguir como lo es por las buenas obras, ya que el hombre, de sí mismo, ni puede arrepentirse, ni guardar la Ley de Dios perfectamente, por cuanto el arrepentimiento incluye de por sí, nada menos que el mismo principio de perfecta obediencia a la Ley de Dios. Me inclino a creer que en el arrepentimiento se encuentra básicamente toda la Ley, aunque de manera condensada, y si un hombre, de por sí, puede arrepentirse, entonces no hay necesidad de un Salvador; él podría entrar al cielo subiendo las pronunciadas cuestas del Sinaí.

Al arrepentimiento sigue la fe. Quizá tú piensas que la fe es algo sencillo; pero si a ti te fuera dado el experimentar la carga del pecado, entonces no considerarías a la fe como algo fácil. Si estuvieras en el profundo cielo, donde no hay nada sólido, no te sería fácil poner los pies sobre la roca, máxime cuando no parece haber ninguna roca. Yo encuentro que la fe es una de las cosas más fáciles del mundo cuando no hay nada que creer, pero cuando existe un contenido y actividad para mi fe, entonces me encuentro que no tengo poder suficiente para ejercitarla. Mientras hablaba con un aldeano, él

usó esta figura: «En medio del invierno algunas veces pienso que bien podría segar; y al principiar la primavera, pienso: ¡Oh, cómo me gustaría cosechar! Me parece que estoy listo; pero cuando el tiempo de la siega viene, y el tiempo de cosechar se acerca, me encuentro con que no tengo energías para hacerlo». Así es cuando tú no tienes dificultades. ¿No las podrías segar todas de una vez? Cuando tú no tienes trabajo que hacer, ¿no podrías tú hacerlo? Pero cuando las dificultades y el trabajo vienen, tú sabes cuán difícil es el hacerlo. Muchos cristianos son como aquel ciervo, que hablando consigo mismo, dijo: «¿Por qué tengo que huir de los perros? Con el par de afiladas astas y ágiles patas que tengo, aun podría dar un disgusto a estos sabuesos. ¿Por qué no me quedo aquí firme y les enseño lo que puedo hacer con mis astas? Por numerosos que sean los puedo mantener a distancia». Sin embargo, al instante mismo en que los perros ladraron, el ciervo salió disparado. Algo semejante sucede con nosotros. «Que se levante el pecado —decimos—, pronto lo arrancaremos y destruiremos; que vengan las dificultades, pronto las superaremos». Pero cuando el pecado y las dificultades vienen, nos damos cuenta de nuestra flaqueza. Entonces tenemos que suplicar por la ayuda del Espíritu ya que sin Él no podemos hacer nada.

En todas las acciones de la vida del cristiano, ya sea el acto de consagrarse a Cristo, la oración diaria, la sumisión constante, el predicar el Evangelio, el ayudar a los necesitados o el confortar a los decaídos, en todas estas cosas el cristiano descubre sus flaquezas y su falta de energía, y no puede llevar nada a término, a menos que no sea revestido con el Espíritu de Dios. Yendo a visitar a enfermos y deseando confortarlos, muchas veces me he encontrado que no me salía ni una palabra que valiera la pena de ser oída, ni que yo la dijera, y mi alma ha estado en agonía. Yo era el medio para confortar al pobre y desconsolado hermano enfermo, pero, sin embargo, no podía hacer nada; he salido de la habitación casi deseando el que nunca hubiese ido a ver a una persona enferma en toda mi vida. De tal manera me convencí de mi propia insuficiencia. Y algo semejante sucede al predicador. Preparas un sermón, lo estudias, y al predicarlo haces de él una confusión terrible. Y entonces dices: «¡Ojalá nunca hubiera predicado!» Todo esto es para mostrarnos que ni en el confortar ni en el predicar, uno lo puede hacer bien, a menos que el Espíritu no obre en nosotros así el querer como el hacer, por su propia voluntad. Además, todas las cosas que nosotros hagamos sin el Espíritu, no merecen la aceptación de Dios; y cualquier cosa

que hagamos bajo su influencia, aunque nosotros la despreciemos, no será de Dios despreciada, pues Él nunca desprecia su propia obra, y el Espíritu no puede mirar aquello que ha obrado en nosotros de ningún otro modo que con complacencia y deleite. Si el Espíritu me ayuda a gemir, entonces Dios tiene que aceptar al que gime. Si tú pudieras pronunciar la mejor oración en el mundo, pero sin el Espíritu, Dios te pasaría por alto; pero si tu oración es pobre, entrecortada y débil, y se debe al Espíritu, Dios la mirará como hizo con las obras de la creación y dirá: «Es muy buena», y la aceptará.

Y ahora, terminaré haciendo esta pregunta: Querido oyente: ¿tienes tú el Espíritu de Dios? Todos vosotros tenéis alguna forma de religión, me atrevo a decir. Bien, pero, ¿qué clase? ¿Es una religión hecha por ti mismo? Lo que tú eres, ¿se debe a ti mismo? Entonces, si es así, aun en este mismo momento, tú eres, un hombre perdido. Si tú no has ido más lejos de lo que has andado por ti mismo, entonces todavía no estás en el camino que conduce al cielo; tu rostro está vuelto hacia un camino equivocado. Pero si tú has recibido algo que ni carne ni sangre hubieran podido revelártelo, si tú has sido conducido a aquello que tú una vez odiabas, y a amar aquello que tú una vez despreciabas, y a despreciar aquello en lo cual tu corazón

y orgullo se sentaban, entonces, alma, si ésta es la obra del Espíritu, regocíjate, pues allí donde el Espíritu empieza una buena obra, la perfeccionará hasta el fin. Y tú puedes saber si es la obra del Espíritu por lo siguiente: ¿Has sido llevado a Cristo y alejado de tu propio yo? ¿Has sido apartado de toda emoción, obra, deseo y oración que constituían el fundamento de tu confianza y esperanza? De esta tu desnudez espiritual, ¿has sido guiado a confiar en la completa obra de Cristo? De ser así, tú has aprendido algo que la naturaleza humana jamás puede enseñar; es algo demasiado alto para ser escalado por la naturaleza humana. Es la obra del Espíritu de Dios, y Él nunca abandonará lo que una vez ha empezado; irás de fortaleza en fortaleza, y un día tú estarás entre aquella multitud lavada con la sangre, y al fin completo en Cristo y acepto en el Amado. Pero si tú no tienes el Espíritu, tú no eres de Él. Que el Espíritu te guíe, ora en tu cámara, ora a llorar, ora al arrepentimiento, ora a mirar a Cristo, y puedas tú ahora recibir la vida espiritual de lo alto, la cual ni el tiempo ni la eternidad podrán destruir. Que el Señor escuche esta súplica y nos despida con su bendición, en el nombre de Jesús.

Amén.

4

ELECCIÓN Y LLAMAMIENTO

«Y a los que predestinó, a éstos también llamó». Romanos 8:30

El gran libro de los decretos de Dios está firmemente cerrado a la curiosidad del hombre. El necio llegaría a ser sabio de poder abrir los siete sellos del mismo y poder leer los misterios de la eternidad. Pero esto es imposible. No ha llegado todavía el tiempo para que el libro sea abierto, y aun entonces, los sellos no serán rotos por mano mortal, sino que será dicho: «He aquí el león de la tribu de Judá, que ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos».

«¿Quién escudriñará, oh, Padre Eterno,

SERMONES DEL AÑO DE AVIVAMIENTO

Los arcanos de tu secreta voluntad?
Nadie sino el Cordero tomará el libro de
los decretos
Y sus sellos, firme atados, hasta el último
abrirá.

Él, y sólo Él, desenrollará el sagrado registro para leerlo a todas las gentes del mundo. ¿Cómo, entonces, puedo yo saber si he sido predestinado por Dios para vida eterna o no? Esta pregunta concierne a mis intereses eternos. ¿Estoy yo entre aquel desgraciado número de personas que será dejado a vivir en el pecado y cosechar de este modo el fruto de su iniquidad? ¿O pertenezco a aquella numerosa compañía de hombres y mujeres, que no obstante haber pecado serán lavados en la sangre de Cristo, y con vestiduras blancas un día andarán en las doradas calles del Paraíso? Hasta que no se me conteste a estas preguntas, mi corazón no podrá descansar, pues ellas son la causa de una ansiedad intensa. Mi destino eterno me preocupa infinitamente más que los asuntos de esta vida. ¡Decidme, oh, decidme, si es que lo sabéis, profetas y adivinos! ¿Está mi nombre escrito en el Libro de la Vida? ¿Soy uno de aquellos ordenados para vida eterna? ¿O soy uno de aquellos que será dejado para que siga mis propias inclinaciones y pasiones, y destruya así mi propia alma? ¡Oh, hombre! Hay una respuesta

a tu pregunta. El libro no puede ser abierto, pero Dios ha publicado muchas páginas del mismo. Él no ha publicado la página en la que los nombres de los redimidos están escritos; pero la página del decreto sagrado donde se describe el carácter de los mismos, ha sido publicada en Su Palabra, y es proclamada aún en este día. Aquel que tiene oídos oiga lo que dice el Espíritu. Amado oyente: por tu nombre yo no te conozco, ni la Palabra de Dios te distingue por tu nombre, pero a través de tu carácter tú puedes leer tu nombre; y si tú has sido hecho participante del llamamiento que se menciona en nuestro versículo, entonces puedes concluir, sin sombra de duda, que tú estás entre los predestinados: «Y a los que predestinó, a éstos también llamó». Y si tú has sido llamado, se sigue como inferencia natural que tú también has sido predestinado.

Ahora bien; al considerar este solemne tema, haré notar que en la Palabra de Dios se mencionan dos clases de llamamiento. Se nos habla, en primer lugar, de un llamamiento general, que sinceramente se da en el Evangelio a todo aquel que lo oye. El siervo de Dios tiene la obligación de invitar a todas las almas, sin distinción alguna, a aceptar a Cristo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15). La trompeta del Evangelio suena fuertemente

en los oídos de cada hombre de nuestras congregaciones: «A todos los sedientos: venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad, sin dinero y sin precio, vino y leche» (Isaías 56:1). «¡Oh, hombres! A vosotros llamo; y mi voz es a los hijos de los hombres» (Prov. 8:4). Este llamamiento es sincero por parte de Dios; pero el hombre por naturaleza es tan contrario a Dios, que este llamamiento nunca resulta eficaz, pues lo desprecia, vuelve su espalda al mismo y continúa su camino sin preocuparse de él. Pero date cuenta que, aunque este llamamiento es rechazado, el hombre no tiene excusa alguna para hacerlo; el llamamiento universal tiene en sí tal autoridad, que el hombre que no lo obedece no tendrá excusa en el día del juicio.

Es una evidencia de que el pecado está en tu corazón el que cuando se te ordena arrepentirte y creer, y se te exhorta a huir de la ira que vendrá, tú desprecias la exhortación y rechazas el mandamiento. Hay un versículo en la epístola a los Hebreos que encierra un aviso solemne: «¿Cómo escaparemos nosotros si tuviéramos en poco una salvación tan grande?» Pero repito: este llamamiento universal es rechazado por el hombre; es un llamamiento, pero no viene acompañado con la fuerza y energía del Espíritu Santo para hacer del mismo un llamamien-

to ineludible; y en consecuencia las almas perecen, aun después de que el llamamiento universal del Evangelio ha sonado en sus oídos. La campana de la casa del Señor suena cada día; los pecadores la oyen, pero poniéndose los dedos en los oídos continúan su camino, unos a sus labores, otros a sus negocios. Aunque se les llama e invita a la boda (Lucas 14:16-18) no quieren venir, y no viniendo, se hacen reos de la ira de Dios; quien dice de los mismos: «Por que os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados, gustará mi cena» (Lucas 14:24). El llamamiento de nuestro versículo es de una naturaleza distinta; no es un llamamiento universal, sino que es especial, particular, personal, distintivo e ineludible. Este llamamiento es enviado a los predestinados, y a ellos solamente; ellos por gracia oyen el llamamiento, lo obedecen y lo reciben. Estos son aquellos que ahora pueden decir: «Llévanos en pos de Ti y correremos».

Esta mañana, al predicar sobre este llamamiento, dividiré mi sermón en tres breves partes: primero daré ejemplos de este llamamiento; en segundo lugar nos pondremos a examinar si en verdad hemos sido llamados; y en tercer y último lugar, meditaremos en las gratas consecuencias que fluyen de este llamamiento. Ejemplo, examen y consolación.

I. - EJEMPLOS DE ESTE LLAMAMIENTO.

Para ilustrar el llamamiento eficaz de la gracia, debo mencionar, primeramente, el caso de Lázaro. Te invito a que reconstruyas mentalmente la escena: ¿ves aquella piedra sobre el sepulcro? Es absolutamente necesario que cubra bien el sepulcro, pues dentro del mismo está un cuerpo ya en estado de descomposición. La hermana del muerto está junto al sepulcro y dice: «Señor, hiede ya, que es de cuatro días». Tal objeción es natural; Marta tiene razón. Sin embargo, al lado de Marta vemos a un hombre que, pese a su presencia humilde, es verdadero Dios. «Quitad la piedra», dice, y es obedecido; ahora, oídle gritar: «¡Lázaro, ven fuera!» Esta orden es dada a una masa de podredumbre, a un cuerpo que ya hacía cuatro días que estaba muerto, y sobre el cual los gusanos ya habían celebrado festín. Pero aunque parezca extraño, de aquella tumba sale un hombre vivo; aquella masa de corrupción ha sido vivificada de nuevo, y «aquel que había estado muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas; y con su rostro envuelto en un sudario». «Desatadle y dejadle ir», dice el Redentor; y cuando esto es hecho, vemos a Lázaro andando con la libertad peculiar de la vida.

El llamamiento eficaz de la gracia es precisamente algo semejante. El pecador está

muerto en pecado; no solamente está en pecado, sino que también muerto en pecado, sin poder alguno para obtener por sí mismo la vida de la gracia. Pero aún más, no sólo está muerto, sino que también está corrompido; sus bajas inclinaciones han hecho mella en él como gusanos, haciendo que una detestable fetidez alcance los atrios de la justicia. Dios lo detesta, y la justicia grita: «¡Enterradlo fuera de mi vista! ¡Tíradlo al fuego, dejad que se consuma!» La Gracia Misericordiosa se acerca a esta masa inconsciente de pecado, y grita, ya sea a través del predicador o directamente, sin agente alguno, por el Espíritu de Dios: «Ven fuera!» Y aquel hombre vive. ¿Ha contribuido él en algo en su nueva vida? Ciertamente que no; la vida le ha sido dada exclusivamente por Dios. El estaba muerto, absolutamente muerto, podrido en su pecado; le vino la vida al recibir el llamamiento y, en obediencia a este llamamiento, el pecador salió fuera de la tumba de perdición y empezó a vivir una nueva vida, aquella vida eternal que Cristo da a su rebaño.

«Bien», preguntará alguien, «¿qué palabras usa Jesús para llamar a un pecador de la muerte?». El Señor puede usar cualquier palabra. No hace mucho que vino a este local un hombre que vivía sin Dios y sin Cristo, y la simple lectura del himno «Jesús, amante de mi alma», fue el medio usado para

darle vida. Él se dijo a sí mismo: «¿Me ama Jesús? Entonces yo debo amarle», y en aquel mismo instante recibió la vida espiritual. Las palabras de Jesús son distintas en los diferentes casos. Y confío que mientras yo estoy hablando esta mañana, Cristo estará hablando a través de mí, y que alguna palabra que salga de mis labios, improvisada y sin intención, pueda ser enviada por Dios a algún corazón muerto y perdido, como un mensaje de vida, para que alguien que hasta aquí ha vivido en pecado, pueda vivir en justicia y para Cristo. Éste ha sido el primer ejemplo que os he dado para daros a entender lo que es el llamamiento eficaz. Tal llamamiento vivifica al pecador, muerto en sus pecados, y le habilita a obedecer el mandato de Dios.

Pero consideremos ahora una segunda fase del mismo. Vosotros podéis reparar en el hecho de que, aunque el pecador está muerto en sus pecados, todavía tiene bastante vida para oponerse a todo lo que concierne a Dios. No tiene fuerzas para obedecer, pero es suficientemente poderoso para resistir al llamamiento de la gracia divina. Esto puede ilustrarse con el caso de Saulo de Tarso: este orgulloso fariseo detesta al Señor Jesucristo; ha capturado a todo seguidor de Jesús que ha caído en sus manos, y ha arrastrado a hombres y mujeres a la cárcel; con la misma avidez con que el avaro persigue el oro, Saulo

de Tarso persigue la vida de los discípulos de Jesús, y al no poder hacer ya más presa en Jerusalén, demanda cartas del príncipe de los sacerdotes para continuar sus sangrientas misiones en Damasco. ¡Habladle en el camino! Enviad al apóstol Pedro para que le diga: «Saulo, ¿por qué te opones a Cristo? Llegará el día en que tú serás su discípulo». Saulo se hubiera vuelto a él, y con risa desdeñosa habría dicho: «¡Vete de aquí, pescador, vete de aquí! ¡Yo discípulo de aquel impostor, Jesús de Nazaret! Mira, ésta es mi confesión de fe: yo arrastraré a tus hermanos y hermanas a la prisión, los castigaré por todas las sinagogas y los forzaré a blasfemar. Los perseguiré hasta la muerte, por cuanto mi aliento es como amenazas y muerte contra ellos, y mi corazón es como fuego en contra de Cristo». Tal escena no tuvo lugar, pero de haberse cumplido, a no dudar que ésta hubiera sido la respuesta de Saulo. Sin embargo, Cristo determinó llamar a tal hombre. ¡Qué empresa más arriesgada! ¿Quién puede detener a Saulo, a este hombre que sin frenos se ha lanzado a una loca carrera? Pero he aquí que, llegando cerca de Damasco, súbitamente le cercó un resplandor de luz del cielo, y cayendo en tierra oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón». Saulo, con los ojos llenos de lágri-

mas, y más tarde cubiertos de escamas, pregunta: «¿Quién eres, Señor?» Y desde lo alto una voz le respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues.» No transcurrieron muchos minutos antes que él no empezara a experimentar el pecado de haber perseguido a Jesús, y no pasaron muchas horas antes no estuviera en su corazón la certeza de haber sido perdonado. Y unos días más tarde, aquel que había perseguido a Cristo se levanta a predicar, con una elocuencia vehemente, la misma causa que un día había pisoteado. Ved, pues, lo que el llamamiento eficaz puede hacer. Si en esta mañana Dios a través de la predicación del Evangelio decretara llamar a un hombre con el corazón más duro y miserable, tal hombre no podría hacer otra cosa más que obedecer. Cuando Dios llama, el hombre puede resistir, pero su resistencia nunca será eficaz. Al suelo caerás, pecador, si Dios te llama; no hay nada que pueda sostenerte cuando Él ha decretado que caigas. Y nóvalo bien: todo hombre que ha sido salvo, ha sido salvo gracias a un llamamiento poderoso que él no ha podido resistir; quizá lo ha resistido por algún tiempo, pero aún así no ha podido superarlo. Cuando Dios habla, tiene que ceder y rendirse. Si Dios dice: «Sea hecha la luz», las tinieblas más impenetrables ceden paso a la luz. Si dice: «Que haya gracia», el peor pecado cede, y el corazón del pecador

más endurecido se derrite ante el fuego del llamamiento eficaz.

Así, pues, he ilustrado el llamamiento eficaz de dos maneras: por el estado del hombre en su pecado, y por la omnipotencia que vence la resistencia que el hombre pueda ofrecer. Y ahora otro caso. La soberanía del llamamiento eficaz puede ilustrarse con el caso de Zaqueo. Cristo entra en Jericó para predicar. En esta ciudad vivía un publicano, un hombre avaro, en extremo ambicioso, y que con avidez y rapiña oprimía a la gente. Jesucristo había venido a llamar a alguien, pues estaba escrito que tenía que morar en una casa. ¿Podéis creer que el hombre a quien Cristo se propone llamar es el peor hombre en Jericó, Zaqueo el opresor? Éste tenía gran curiosidad para ver a Jesús, pero no podía a causa de la multitud y por ser pequeño de estatura; de modo que se subió a un árbol sicómoro, y creyéndose seguro en medio del espeso follaje, se puso a esperar con impaciencia a aquel hombre maravilloso que había vuelto el mundo al revés. Poco se imaginaba que también a él llegaría a cambiar. Mientras hablaba y predicaba a las gentes, el Salvador se acercó a aquel árbol y levantando la mirada le vio, y díjole: «Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose en tu casa». Entonces él descendió de prisa, invitó al Salvador a su casa, y demostrando

que había sido llamado, no meramente de palabra sino por la gracia salvadora, dijo: «He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, lo vuelvo con el cuatro tanto». Y Jesús le dijo: «Hoy ha venido la salvación a esta casa». Ahora preguntémosnos: ¿por qué llamó Jesús a Zaqueo? Había muchos hombres mejores que él en la ciudad. ¿Por qué llamó a Zaqueo? Sencillamente, por que el llamamiento de Dios se extiende a indignos pecadores. No hay nada en el hombre que le haga merecedor de este llamamiento; no hay nada en el mejor de los hombres que le haga digno de este llamamiento. Dios tiene misericordia del que quiere tener misericordia, y su llamamiento abate y doblega aun al peor de los pecadores. Éste no puede hacer otra cosa sino caer del árbol de su pecado y postrarse penitente a los pies de Jesús.

Y ahora, para ilustrar los efectos de este llamamiento, desearía recordaros que en Abraham tenemos otro ejemplo notable del llamamiento eficaz. «Y Jehová había dicho a Abraham: vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré». Y «por fe, Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir por heredad; y salió sin saber dónde iba». ¡Ah, pobre Abraham!, cómo diría el mundo. ¡Qué de tribulaciones no le causó este lla-

mamiento! Él era suficientemente feliz en el seno del hogar paterno, pero cuando la idolatría hizo mella en el mismo, Dios llamó únicamente a Abraham, diciendo: «Vete de tu tierra, Abraham», y él salió de Ur de los Caldeos no sabiendo a dónde iba. Cuando el llamamiento eficaz separa a un hombre, éste se verá obligado a salir fuera del real y llevar el vituperio de Cristo. Debe abandonar a sus amigos más íntimos y dejar a los antiguos conocidos; debe abandonar aquellos amigos entre los cuales solía beber y blasfemar, y con los cuales se hundía en los placeres. Debe apartarse de todos ellos para seguir al Cordero allí donde Él vaya. ¡Qué prueba para la fe de Abraham tener que abandonar todo aquello que le era tan querido y salir sin saber a dónde iba! Y sin embargo, Dios tenía para él una tierra próspera y estaba dispuesto a bendecirle en gran manera. ¡Oh, hombre! Si tú has sido llamado, si en verdad has recibido el llamamiento, tendrás que salir y marcharte solo. Quizá algunos de los que se llaman seguidores de Dios te abandonarán y tú tendrás que salir sin ningún amigo; quizá tu propia Sara te desertará y llegarás a ser un extranjero en una tierra extraña, un solitario peregrino al igual que tus antepasados espirituales. ¡Ah! Pero si es en verdad un llamamiento eficaz, y tu salvación es el fruto del mismo, entonces ¡qué importa que tengas

que ir al cielo solo! Mejor ser un peregrino solitario en el sendero de la gloria, que ser uno de los miles que se aprietan y estrujan en el camino a la condenación.

Os voy a dar todavía otra ilustración. Cuando el llamamiento eficaz viene a un hombre, éste quizá no puede saber que se trata de un llamamiento eficaz. Recordaréis el caso de Samuel, que al recibir el llamamiento del Señor se levantó y fue a Elí, diciendo: «Héme aquí. ¿Para qué me llamaste?» Y Elí le dijo: «Yo no he llamado. Vuélvete a acostar». Y él se volvió y acostóse. Y por segunda vez el Señor volvióle a llamar: «Samuel, Samuel». Y levantándose Samuel de nuevo, vino a Elí, diciendo: «Heme aquí. ¿Para qué me has llamado?» Y entonces fue Elí y no Samuel, quien se dio primero cuenta de que el Señor había llamado al muchacho. Y cuando Samuel lo supo, dijo: «Habla, Señor, que tu siervo oye». Cuando una obra de gracia ha empezado en algún corazón, no siempre se ve claramente que es la obra de Dios. Bajo un predicador una persona puede haber recibido una fuerte impresión, y puede estar más preocupada con esta impresión que con el autor de la misma, y así puede decir: «No sé cómo, pero he sido llamado; Elí, el predicador, me ha llamado». Y quizá va a Elí para preguntarle qué es lo que quiere. «Estoy seguro -dice- que el predicador me co-

noce, pues me habló directamente a mí como si conociera mi caso». Y va al encuentro de Elí, y no es hasta más tarde, quizá, que se da cuenta de que Elí no tenía nada que ver con aquella impresión, sino que había sido el Señor quien lo había llamado. Citando mi propio caso, os diré que el Señor obró en mi corazón por algunos años, pero de esto no me di cuenta sino hasta más tarde. Yo sabía que algo pasaba en mi corazón, y que oraba, y lloraba, y suspiraba por misericordia; pero no me daba cuenta de que todo esto era obra del Señor. Incluso llegué a pensar que era mi propia obra. Pero más tarde, una vez conocí a Cristo como mi único Salvador, me di cuenta de que el Señor me había llamado mucho antes, ya que todas estas experiencias no eran fruto de mi propia naturaleza, sino que eran el resultado de una obra de gracia.

Creo que puedo decir a los principiantes en la vida divina, que en tanto que vuestro llamamiento es verdadero, podéis descansar seguros de que también es divino. Si es un llamamiento que se ajusta a las características que ahora daré en la segunda parte de mi sermón, y a pesar de que vosotros hayáis pensado que la mano de Dios no está en él, descansad seguros, pues es de origen divino; nuestra naturaleza no puede producir el llamamiento eficaz. Si se trata de un

llamamiento por el cual tú has sido liberado del pecado y llevado a Cristo, librado de la muerte y trasplantado a la vida, rescatado del yugo de servidumbre y puesto en libertad, entonces aunque tú no puedas ver la mano de Dios en él, no dudes: su mano está en este llamamiento.

II. -EXAMEN DE ESTE LLAMAMIENTO. Hasta aquí he ilustrado el llamamiento eficaz. Ahora propongo que nos examinemos a nosotros mismos a la luz de algunas características del llamamiento celestial que voy a mencionar a continuación. Si abrís vuestras Biblias en 2ª Timoteo 1:9, leeréis estas palabras: «Que nos salvó y llamó con vocación santa». Aquí tenemos, pues, la primera prueba por la cual podemos examinar nuestro llamamiento -muchos son los llamados, pero pocos los escogidos- y esto porque hay muchas clases de llamamiento; pero el llamamiento verdadero, y solamente éste, responde a la descripción de este versículo. Es un «llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el intento suyo y gracia, la cual nos es dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos». Este llamamiento prohíbe toda confianza en nuestras obras, y nos lleva a confiar solamente en Cristo para nuestra salvación. Este llamamiento, además, nos purifica de nuestras obras muertas para que podamos servir al Dios vivo y verdade-

ro. Si tú vives en pecado, entonces tú no has sido llamado; si tú continúas viviendo de la misma manera que antes de tu pretendida conversión, entonces no se trata de una conversión real; el beodo que ha recibido el llamamiento, dejará la borrachera. Viviendo en pecado puede el hombre recibir el llamamiento, pero después de recibirlo ya no continuará más en el pecado. Saúl fue ungido rey mientras estaba buscando las asnas de su padre; y muchos han sido llamados mientras buscaban satisfacer sus propios deseos, pero han dejado las asnas y los deseos una vez han sido llamados. A la luz de estos hechos podréis saber si habéis sido llamados por Dios o no: si continuáis en pecado, si andáis conforme a este mundo y de acuerdo con el espíritu que obra en los hijos de desobediencia, entonces todavía estáis muertos en vuestros delitos y pecados. Por cuanto aquel que os ha llamado es santo, sed vosotros también santos. ¿Puedes tú decir: «Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que yo deseo guardar todos tus mandamientos y andar santamente delante de ti. Yo sé que mi obediencia no me puede salvar, pero yo ansío obederte. No hay nada que me duela tanto como el pecar; por eso deseo abandonarlo y verme libre de él. Ayúdame, Señor, a ser santo». ¿Es éste el clamor de tu corazón? ¿Es ésta la actitud de tu vida hacia

Dios y hacia su Ley? Entonces, muy amado, tengo motivos para creer que tú has sido llamado por Dios, pues es un llamamiento santo el llamamiento con el cual Dios llama a su pueblo.

Otro versículo. En Filipenses 3:13-14 encontrarás estas palabras: «Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio del soberano llamamiento de Dios en Cristo Jesús». ¿Es, en verdad, tu llamamiento un llamamiento soberano? ¿Ha levantado tu corazón y lo ha puesto en cosas celestiales? ¿Ha elevado tus esperanzas, de modo que tú ya no esperas cosas terrenas, sino las celestiales? ¿Ha levantado tus gustos de modo que ya no son gustos bajos, sino aquellos que hacen escoger las cosas que son de Dios? ¿Ha levantado tus deseos al punto de que ya no suspiras por las cosas terrenales, sino por las cosas que no se ven y que son eternas? ¿Ha elevado el curso constante de tu vida, de modo que tú ahora pasas tu vida en oración con Dios, en alabanza y en gratitud, y ya no te satisfacen los bajos y pobres empeños que seguiste en los días de tu ignorancia? Ten presente, si es que en verdad has sido llamado, que tu llamamiento es un llamamiento soberano, un llamamiento que ha venido de lo alto, un llamamiento que eleva tu corazón y lo le-

ELECCIÓN Y LLAMAMIENTO

vanta a las cosas de Dios, de la eternidad, del cielo y de la santidad.

En Hebreos 3:1, leemos estas palabras: «Hermanos santos, participantes del llamamiento celestial». Aquí tenemos otra prueba. Un llamamiento celestial significa algo que ha venido del cielo. ¿Has sido tú llamado por Dios? ¿O has sido llamado por el hombre? ¿Puedes ahora descubrir en tu llamamiento la mano de Dios y la voz de Dios? Si sólo un hombre ha sido el que te ha llamado, entonces tú no has recibido el verdadero llamamiento. ¿Ha venido de Dios tu llamamiento? ¿Es el tuyo un llamamiento que te encamina al cielo, del mismo modo que vino del cielo? ¿Puedes decir con todo tu corazón que nunca descansarás satisfecho hasta que...

«...llegues a contemplar su rostro,
y por fin, ¡libre ya del pecado!,
de las eternas aguas de su gracia,
beber puedas el placer sagrado?»

A menos que no seas un extranjero en esta tierra, y que tu hogar no esté en el cielo, tú no has sido llamado con un llamamiento celestial, pues aquellos que lo han recibido manifiestan que buscan «una ciudad con fundamento, el artífice y hacedor de la cual es Dios», y ellos se consideran como extranjeros y peregrinos en esta tierra.

Deseo recordaros cierto versículo de la Escritura que puede contribuir mucho a vuestra edificación y también ayudaros en este examen personal. Aquellos que han sido llamados son hombres que, antes de su llamamiento, suspiraban en el pecado. De ahí que Cristo dijera: «Porque no he venido a llamar justos, sino pecadores a arrepentimiento». Y por lo que a mí hace referencia, aunque sea incapaz de mencionar las profundidades de mi condición pecadora, con plena convicción puedo decir que me siento pecador, que aborrezco mi condición pecadora, que detesto mi iniquidad y que a causa de mis transgresiones merezco la ira de Dios. Siendo éste mi caso, tengo esperanzas de encontrarme entre la multitud de aquellos que Dios ha llamado y que ha predestinado. Él no ha venido a llamar justos, sino pecadores a arrepentimiento. De modo que a ti, que confías en tu justicia propia, en menos de un tic-tac de reloj puedo decirte que no tienes evidencia alguna de haber sido elegido; Cristo no llama nunca a los justos, y el que tú no hayas sido llamado implica que tú no formas parte del número de los elegidos, y que tanto tú como tu justicia propia deben ser objeto de la ira de Dios. Solamente el pecador a quien Dios ha despertado de su condición pecadora, puede estar seguro de que ha sido llamado, pero aún él, a medida que crece en la

gracia, debe buscar los sellos distintivos del llamamiento santo y celestial en Cristo Jesús.

Y ciñiéndonos estrechamente a las Escrituras, porque cuando se trata del estado de cada uno de nosotros delante de Dios no hay nada tan revelador como la Palabra Santa, os recordaré que en la primera epístola de Pedro, capítulo segundo y versículo nueve, se nos dice que Dios nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. ¿Ha sido éste tu llamamiento? ¿Vivías tú en las tinieblas, con respecto a Cristo, cuando la luz admirable te manifestó un Redentor admirable y poderoso para salvarte? Di, alma, ¿puedes tú sinceramente decir que tu vida pasada era tinieblas, pero que tu estado presente es luz en el Señor? «Porque en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor: andad como hijos de luz». El hombre que no puede descubrir tinieblas, ignorancia y pecado en su vida pasada, y que ahora no pueda decir que sabe más de lo que sabía, y que no goza de vez en cuando de la luz del conocimiento y del resplandor de Dios, tal hombre, digo, no ha sido llamado.

Aun más. Encontramos otro texto sobre el llamamiento, en el versículo trece, del capítulo cinco a los Gálatas: «Porque vosotros, hermanos, a libertad habéis sido llamados». A la luz de este texto debo hacerme de nuevo

esta pregunta: ¿Han sido rotas las cadenas de mi pecado y soy, gracias al Señor, un hombre libre? ¿Han sido sueltas las esposas de la justicia y yo puesto en libertad por Aquel que es el gran rescatador de los espíritus? El esclavo no ha sido llamado. Es el hombre libre quien ha sido sacado de Egipto y el que ha dado evidencias de haber recibido el llamamiento divino.

Otro precioso texto para examinar nuestro llamamiento, lo encontramos en el versículo nueve del primer capítulo de 1ª Corintios: «Fiel es Dios, por el cual sois llamados a la participación de su Hijo Jesucristo nuestro Señor». ¿Experimento yo esta compañía y participación con Cristo? ¿Converso y tengo comunión con Él? ¿Sufro con Él y para Él? ¿Me identifico con Él en sus objetivos e ideales? ¿Amo lo que Él ama y odio lo que Él odia? ¿Puedo llevar su vituperio y la cruz? ¿Ando en sus pasos y sirvo a su causa? ¿Es mi mayor esperanza la de que un día veré venir su reino y yo me sentaré en su trono para reinar con El? Si es así, entonces yo he sido llamado con el llamamiento eficaz, que es una obra de la gracia de Dios, y una señal segura de mi predestinación.

Antes de abandonar este punto, permitidme que os diga que es posible para un hombre saber si Dios lo ha llamado o no, y que puede saberlo sin duda de ninguna clase. Puede

saberlo tan ciertamente como si lo leyera; aun más que si lo leyera, por cuanto incluso mis ojos me pueden engañar, y el testimonio de los sentidos algunas veces puede ser falso; sin embargo, el testimonio del Espíritu es verdadero. Nosotros tenemos el testimonio del Espíritu. El Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que hemos nacido de Dios. Es posible llegar a tener una certeza infalible de nuestra salvación. Tal certeza unguiría la cabeza del creyente con aceite nuevo y lo vestiría con una vestidura de alabanza, y pondría, además, cánticos de ángel en su boca. ¡Feliz, feliz el hombre que disfruta de la certeza plena de su participación en el pacto de la gracia, de la sangre reconciliadora y de las glorias del cielo! En este día y en este lugar podríamos encontrar creyentes con tal certeza de participación. A éstos yo les digo: «Gozaos en el Señor siempre», y otra vez digo, «gozaos».

¿Cuánto daría alguno de vosotros para llegar a esta certeza? Date cuenta de que si ansiosamente lo deseas saber, tú puedes saberlo. Si tu corazón ansía leer claramente el título de elegido, no tardará mucho en poder hacerlo. Nunca se ha dado el caso de que un hombre que deseando tener a Cristo en su corazón, con un deseo viviente y ardiente, no llegara, tarde o temprano, a encontrarle. Si tú tienes el deseo, es porque Dios te lo ha dado.

Si tú ansías, lloras y clamas por Cristo, aun esto es don suyo. Alaba al Señor por todo esto. Aunque pequeña sea la gracia que has recibido, alábale por la misma y pide te otorgue mayor gracia. ¿Te ha dado esperanza? Pídele fe; y cuando te dé fe, pídele certeza; y cuando obtengas certeza, pídele certeza completa; y cuando recibas certeza completa, pídele gozo; y cuando tengas gozo; pídele la misma gloria, y en el tiempo oportuno, Él, ciertamente, te la dará.

III. -CONSOLACIONES QUE FLUYEN DE ESTE LLAMAMIENTO. Terminaré ahora hablando de las gratas consolaciones que fluyen de este llamamiento. ¡Oh, sí! Raudales de consuelo fluyen de mi llamamiento. En primer lugar me doy cuenta de que por haber sido llamado, he sido también predestinado, y no hay duda de ello. El gran esquema de salvación es como aquellas cadenas que algunas veces vemos en las barcas que transportan caballos. A un lado del río hay una cadena que arranca de una argolla y se extiende a otra argolla de la orilla opuesta del río, pero la mayor parte de la cadena está bajo el agua y no puede verse; solamente se ve a medida que la barca avanza y la cadena es levantada por la fuerza que mueve a la embarcación. Si yo puedo decir que he sido llamado, entonces yo soy como esta embarcación en medio de la corriente. Yo

puedo ver la parte de la cadena que está sujeta a la argolla del llamamiento, pero, ¡bendito sea el Señor!, que está unida también con la argolla de la orilla opuesta que se llama elección, y sé que en último término también está unida a la argolla de la glorificación final. De mi llamamiento, necesariamente se infiere mi elección, y no puedo dudar de esto. Dios nunca hizo desesperar a un hombre llamándole con su gracia eficaz, a menos que no hubiera escrito su nombre en el libro de la vida del Cordero. ¡Oh, qué preciosa es la doctrina de la elección cuando uno puede verse elegido! Una de las razones por la cual muchos hombres se rebelan contra esta doctrina, es porque temen que les hiera. No he conocido todavía a ningún hombre que tuviera buenas razones para considerarse salvo por la gracia de Dios, y que al mismo tiempo rechazara la doctrina de la elección. Algunos hombres desprecian la doctrina de la elección de la misma manera que los ladrones odian las cerraduras de seguridad; por no poder conseguir ellos el tesoro, odian aquello que lo protege. La elección guarda los preciosos tesoros del pacto para los hijos de Dios, para los penitentes y pecadores que buscan la salvación. Pero aquellos que no se arrepienten ni creen, ni andan por los caminos de Dios, continuamente murmuran y se rebelarán contra Dios por haberles cerrado los tesoros de su gra-

cia. Cuando un hombre llega a creer que el tesoro le pertenece, ¡ah, entonces!, cuanto más sólido el pestillo y más segura la cerradura, mejor. ¡Cuán dulce es creer que nuestros nombres estaban en el corazón del Señor y esculpidos en las manos de Jesús mucho antes de que el mundo existiera! ¿No es esto motivo suficiente para hacernos desbordar de gozo y henchirnos de alegría?

«Escogidos de Dios antes de que empezara el tiempo»

¡Vengan, pues, los calumniadores! ¡Digán tanto mal como quieran! ¡Venga el mundo con todos sus dardos! ¡Desciendan las cataratas de prueba y cúbrannos las avenidas de aflicción, si así ha sido ordenado! ¿Qué importa todo esto si Dios ha escrito nuestros nombres en el libro de la vida? Firme como la roca yo permaneceré aunque la misma tierra se tambalee y las cosas se descompongan. Qué consolación, entonces, fluye del haber sido llamado, pues el llamamiento descubre mi predestinación. Maravillémonos, pues, de la Gracia Soberana que nos ha llamado, y recordemos las palabras del apóstol: «Porque, mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; antes lo necio del mundo escogió Dios, para aver-

gonzar a los sabios; y lo flaco del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es: para que ninguna carne se jacte en su presencia. Mas de Él sois vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justificación, y santificación, y redención: para que, como está escrito: el que se gloria, gloríese en el Señor».

Una segunda consolación que puede sacarse de esta doctrina del llamamiento es de que, si una persona ha sido llamada, al fin será salva. Y para probar esto citaré las palabras mismas de la Escritura (Romanos 11:29): «Porque sin arrepentimiento son las mercedes y la vocación de Dios». El Señor nunca se arrepiente de lo que da o del que llama. Y esto puede probarse por otro pasaje de la misma epístola de la que también hemos sacado nuestro texto: «Y a los que predestinó, a éstos también glorificó». Creyente, quizá seas pobre o quizá estés enfermo; quizá seas ignorado e incluso despreciado. No importa: recógete en tu intimidad y considera el llamamiento que has recibido y las consecuencias que fluyen del mismo. Tan seguro como hoy eres un hijo llamado por Dios, que un día se terminará tu pobreza y tú obtendrás las riquezas; de la más alta felicidad. Espera un poco; pronto una corona se ceñirá sobre tu cabe-

za cansada; pronto tus manos, endurecidas por el trabajo, asirán una palma de victoria. Seca esa lágrima, pues Dios pronto secará tus lágrimas para siempre. Abandona ese suspiro. ¿Por qué suspiras cuando el cántico celeste ya está a punto de tocar tus labios? Las puertas del cielo están abiertas de par en par para ti. Todavía unas breves horas deben volar, y todavía unas pocas olas deben pasar sobre ti, y después, seguro ya para siempre, llegarás a las orillas doradas de la gloria. No digas: «Me perderé; me condenaré». ¡Imposible!

«A los que una vez amó, jamás los abandona»

Si te ha llamado, nada podrá separarte de su amor. El lobo del hambre no podrá roer el vínculo de su amor; el fuego de la persecución no podrá fundir el anillo, ni el martillo del infierno podrá romper la cadena; el tiempo no podrá devorarlo con herrumbre, ni la eternidad disolverlo con todas sus edades. ¡Oh, descansa! ¡Tú estás seguro! La voz que te llamó, te llamará otra vez de la tierra al cielo, y de la oscura muerte a una inmortalidad resplandeciente e indescriptible. Descansa confiado; el corazón que te llamó late con un infinito amor hacia ti, con un amor que nunca muere; las muchas aguas

ELECCIÓN Y LLAMAMIENTO

y avenidas jamás podrán apagar este amor eterno. Sosiégate; descansa en paz; eleva tus ojos de esperanza y entona tu cántico con apasionada anticipación. Pronto estarás con los glorificados, con aquellos con los cuales tú tienes tu parte. Tú espera aquí; es sólo una preparación para tu heredad, y una vez termines la misma, te arrebatarán las alas de los ángeles a las alturas del monte de la paz, del gozo y de la bienaventuranza.

«Lejos de este mundo de dolor y de pecado,
Y así estar con Dios siempre acompañado».

Entonces descansarás para siempre.
Examináos, pues, si habéis sido llamados. Y
que el amor de Jesús sea con vosotros.
Amén.

5

UN SERMÓN DE DESPEDIDA

«Por tanto, yo os protesto el día de hoy, que yo soy limpio de la sangre de todos: porque no he rehuido de anunciaros todo el consejo de Dios». Hechos 20: 2-27.

A punto de separarse de sus amigos efesios que habían venido a Mileto para despedirse de él, Pablo no esperó de ellos cumplimientos por su labor, ni les requirió elogios por su ferviente elocuencia, conocimiento profundo y capacidad de pensamiento. De sobras sabía que, aunque él hubiera podido merecer cumplimientos por todo esto, con todo, la posesión de tales cualidades no era prueba de que él no figurase entre los reprobados. Y es por eso que Pablo requería

un testimonio que fuera válido en el tribunal del cielo y de valor en la hora de la muerte. De ahí su solemne declaración: «Por tanto, yo os protesto el día de hoy, que soy limpio de la sangre de todos: porque no he rehuido de anunciaros todo el consejo de Dios». Estas palabras del apóstol no encerraban egotismo alguno; él había predicado la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, tal y como le fue enseñada por el Espíritu Santo, y la recibió en su corazón. ¡Oh, si todos los ministros de Cristo pudieran honestamente hacer el mismo desafío!

En esta mañana, con la ayuda del Espíritu de Dios, me propongo hacer dos cosas. En primer lugar, hablaré sobre la solemne declaración del Apóstol al despedirse; y luego, en segundo lugar, en unas breves y solemnes palabras, os daré mi mensaje de despedida.

I.—En primer lugar, pues, consideraremos LAS PALABRAS DEL APÓSTOL AL DESPEDIRSE: «Por tanto, yo os protesto el día de hoy, que soy limpio de la sangre de todos: porque no he rehuido de anunciaros todo el consejo de Dios». Lo que aquí primero nos llama la atención es la afirmación del apóstol con respecto a las doctrinas que había predicado. Él había predicado TODO el consejo de Dios. Y por esto nosotros debemos entender todo el Evangelio. Él no había desa-

rollado una doctrina particular del mismo, y excluido el resto, sino que en todo momento se esforzó en presentar todas las verdades del Evangelio de acuerdo con la analogía de la fe. Lejos estuvo de él toda tentativa de engrandecer desproporcionadamente una verdad o empuqueñecer alguna otra a la insignificancia; sino que se esforzó en combinarlas conjuntamente, como los colores del arco iris, y formar así un todo armónico y sublime. Como hombre inspirado por Dios, sus escritos se vieron libres de error. Pero como hombre, él nunca reivindicó para sí infalibilidad; antes por el contrario, como cualquier otro mortal, Pablo también tenía que confesar sus pecados y lamentarse de muchas faltas delante de Dios. Quizá en más de una ocasión, al predicar la Palabra no la presentó con la claridad que hubiera deseado. Quizá también en más de una ocasión le faltó el celo deseado para hacerlo. Pero, por lo menos, Pablo podía reclamar para sí el que jamás había escondido voluntariamente la más mínima parte de la verdad tal como es en Jesús.

Ahora debemos estudiar la declaración del apóstol en relación a la predicación de hoy en día. Si en verdad nos anima el deseo de presentar todo el consejo de Dios, debemos, en primer lugar, predicar las doctrinas del Evangelio. Debemos presentar aquella grandiosa doctrina del amor del Padre para con

su pueblo, aun antes de la fundación del mundo, y mencionar, al mismo tiempo, Su elección soberana, los propósitos de Su pacto con respecto a aquellos en él incluidos, y las promesas por Él promulgadas. Todo esto debe predicarse con voz de trompeta. Pero aun hay más, el verdadero evangelista no debe dejar nunca de presentar toda la belleza que irradia de la persona de Cristo, la gloria de su obra, la perfección de la misma y, sobre todo, la eficacia de su sangre. Si algo omitimos en alguna ocasión, en la próxima debemos repetirlo una y otra vez. Un mensaje sin Cristo no es el Evangelio, y la idea moderna de predicar LA VERDAD en vez de Cristo, es una perversa estratagema del Diablo. Pero aun no hemos terminado, pues del mismo modo que hay tres Personas en la Divinidad, nosotros, en nuestra predicación, deberíamos tener cuidado especial en que las tres reciban el honor que les corresponde. Por consiguiente, la obra del Espíritu Santo en la regeneración, santificación y perseverancia de los santos, debe ser exaltada desde nuestro púlpito. Si no es mediante Él nuestro ministerio sería una carta muerta.

En lo que hemos dicho hasta aquí todos estamos de acuerdo, por consiguiente me referiré a otros puntos doctrinales sobre los cuales se suscitan argumentos y que merecen, por tanto, un estudio más diligente, pues a menudo

se corre el peligro de ocultarlos a la vista y dejarlos olvidados. Empezando, pues, diré que el pastor que no proclama la doctrina de la predestinación, con toda su solemnidad y certeza, como una de las verdades reveladas por Dios, no predica todo el consejo de Dios. Es la obligación del ministro, empezando por este manantial de origen, señalar todas las otras corrientes doctrinales que se derivan de la misma: la del llamamiento eficaz, la de la justificación por la fe, la de la perseverancia segura y firme del creyente, etc.

Debe, además, el ministro de Dios, deleitarse en la proclamación de aquel glorioso pacto en el cual se contienen todas estas cosas; cosas que son para aquellos que forman parte de la simiente comprada con la sangre de Cristo. En nuestro tiempo existe la tendencia de empujar toda verdad doctrinal a la sombra. Muchos son los predicadores que se ofenden con la austera verdad sostenida por los covenanteros, y que los puritanos testificaron en medio de una generación licenciosa. Se nos dice que los tiempos han cambiado; que debemos cambiarlas así llamadas viejas doctrinas calvinistas y ponerlas al corriente de los tiempos modernos. Estas doctrinas, se nos dice, deben ser diluidas, ya que el hombre ha alcanzado tal nivel intelectual que es del todo necesario recortar los ángulos de nuestra religión, y

hacer desaparecer los salientes más prominentes, y de este modo, de un cuadrado, hacer un círculo. A mi juicio, cualquier hombre que haga esto deja de declarar todo el consejo de Dios. Con respecto a todas estas doctrinas el fiel ministro debe ser claro, simple y directo. No debe, en su predicación, suscitar dudas o argumentos en los oyentes sobre la estabilidad de su posición doctrinal. Debe predicar de tal modo que sus oyentes puedan inmediatamente distinguir si se les predica un plan de salvación arminiano, o un plan de salvación que se ajusta al pacto de la gracia, o, poniéndolo en otras palabras: si se les predica salvación por las obras o salvación por el poder y la gracia de Dios.

Pero, hermanos, uno puede predicar estas doctrinas en toda su plenitud y aun así no declarar todo el consejo de Dios. Existe un elemento de actividad y lucha en la vida del cristiano; aquel que es fiel discípulo tendrá que llevar sobre sí los golpes de una contienda. Predicar doctrina no es bastante; debemos predicar obligación. Debemos insistir fielmente y con firmeza en la vida práctica. Mientras no prediques nada más que doctrina, te encontrarás con cierta gente, de intelecto pervertido, que te admirará, pero tan pronto como hagas énfasis en la responsabilidad humana: —digamos, por ejemplo, que si se le predica que si un pecador perece es

por culpa propia, y de que si se hunde en el infierno también es por culpa propia— entonces inmediatamente levantarán el grito de, «¡Inconsistente! ¿Cómo puedo armonizar estas dos cosas?» Incluso se encuentran buenos cristianos que no pueden soportar toda la verdad, y por consiguiente se opondrán al siervo de Dios que no puede contentarse con un fragmento, sino que honestamente presenta todo el Evangelio de Cristo. Ésta es una de las pruebas que el fiel ministro debe sufrir. Con toda solemnidad digo, que no es fiel a Dios, ni tampoco a su conciencia, aquel que simplemente predica la soberanía de Dios y descuida insistir sobre la doctrina de la responsabilidad humana. Yo firmemente creo que todo hombre que se hunde en el infierno se condena por su propia culpa. A cada uno que pasará al ardiente atrio, le será dicho: «Tú no quisiste. Tú no escuchaste ninguno de mis avisos. Fuiste invitado a la cena, pero tú no viniste. Te llamé, pero tú rehuiste; extendí mis manos, pero tú no hiciste caso. Empero ahora me burlaré de tus calamidades y me reiré de tus temores». El apóstol Pablo se atrevió a hacer frente a la opinión pública y predicó, por un lado, la responsabilidad del hombre, y por el otro, la soberanía de Dios. Cuando predico sobre la soberanía divina, me gustaría poseer alas de águila para poder remontarme a las alturas de esta doctri-

na. Dios tiene absoluto e ilimitado poder sobre el hombre para poder hacer de él lo que quiera, de la misma manera que el alfarero puede hacer lo que quiera de la arcilla. Que no discuta la criatura con su Creador, pues Dios no debe de justificar sus acciones a nadie. Pero al predicar sobre el hombre, y al referirme a su responsabilidad, me afano para profundizar todo cuanto puedo sobre este tema. En esto soy, si así deseáis llamarme, un hombre de doctrina vulgar, ya que como fiel mensajero de Cristo debo usar sus propias palabras y decir: «El que no ha creído, ya es condenado, por cuanto no ha creído en el Hijo de Dios». No veo cómo pueda presentarse todo el consejo de Dios, a menos que estos dos puntos, aparentemente contradictorios, no sean mencionados y claramente enseñados.

Para predicar todo el consejo de Dios, es necesario presentar la promesa de salvación en toda su magnificencia, certeza y riqueza. Si el contenido del versículo bíblico se refiere a esta promesa, en modo alguno el ministro de Dios debe temer predicar sobre el mismo. Si se trata de una promesa incondicional, el siervo de Dios debería hacer de esta incondicionalidad el rasgo más sobresaliente de su sermón. Y así con todas las promesas que el Señor ha dado a su pueblo. Si en vez de una promesa el contenido del

UN SERMÓN DE DESPEDIDA

versículo bíblico hace referencia a un mandato u orden, el ministro tampoco debe fluctuar, sino que debe predicarlo con toda su fuerza y con la misma confianza que lo haría con la promesa. El siervo de Dios debe exhortar y reprender con toda mansedumbre. Debe siempre sostener el que la parte preceptiva del Evangelio es tan importante como la parte que hace referencia a la promesa, y nunca sostener lo contrario. Con firmeza debe insistir que los creyentes «por sus frutos serán conocidos» y que «a menos que el árbol no dé buenos frutos, será cortado y echado al fuego».

Constantemente debe insistirse en una vida de santidad. Para anunciar todo el consejo de Dios —es decir, para reunir diez mil cosas en una sola— creo que es necesario el que el predicador, una vez encontrado su versículo, predique sobre el mismo con toda fidelidad e integridad. ¡Hay tantos predicadores que cogen un versículo y lo echan a pedazos! Lo retuercen primero, luego lo saturan de nociones vacías, y por último lo ofrecen como alimento espiritual a mentes de escaso calibre intelectual. Todo aquel que no deja que la Palabra de Dios hable por sí misma, en su puro y simple lenguaje, no predica todo el consejo de Dios. De encontrarse con un versículo como éste: «Así que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que

tiene misericordia», el predicador fiel lo desarrollará y presentará en toda su amplitud. Y si al día siguiente, el Espíritu Santo pone en su corazón el versículo: «Y no queréis venir a Mí para que tengáis vida», o aquel otro versículo que dice: «El que quiera tome del agua de la vida de balde», el fiel predicador los desarrollará tan íntegramente como el primero. No restringirá la verdad, sino que osará mirarla tal cual es y luego presentarla desde el púlpito, diciendo: «¡Habla, Palabra de Dios, y que solamente Tú seas oída! ¡No permitas, oh, Señor, que yo pervierta o interprete falsamente Tu propia verdad enviada desde el cielo». Se requiere simple honestidad a la Palabra de Dios por parte de aquellos que tratan de anunciar todo el consejo de Dios.

Pero esto aun no es todo. Para anunciar todo el consejo de Dios, uno debe señalar, de una manera muy particular, los terribles pecados de la hora presente. El verdadero predicador no condena de una manera general el pecado de la masa, sino que distingue separadamente los pecados; no tira del arco a la ventura, sino que pone la flecha en la cuerda para que el Espíritu Santo la dispare a la conciencia del individuo. Aquel siervo que es fiel al Señor no mira a la congregación como si fuera de por sí una gran masa, sino como un conjunto separado de indivi-

duos, y es por esto que se afanará en hacer llegar el mensaje a sus conciencias, de modo que ellos se den cuenta de que es a ellos, como individuos, a quienes él habla. Se dice de Rowland Hill que sus sermones eran tan personales que aunque una persona estuviera sentada a lo lejos, detras de una ventana, o en algún oscuro rincón, no podía por menos de decir: «Este hombre me está hablando». Si existe algún vicio del que vosotros debéis apartaros, si hay algún error que vosotros debéis evitar, o alguna obligación que vosotros debierais cumplir, y sin embargo, todo esto no se menciona desde el púlpito, entonces es que el predicador ha rehuído de anunciar todo el consejo de Dios. De predominar cierto pecado en una comunidad o, lo que es peor, en una congregación, pero el ministro no se atreve a condenarlo por temor a ofender a alguno, debemos inferir que el tal no sería fiel a su llamamiento ni sincero delante de Dios. No puedo mencionar a ningún otro hombre que anunciara con mayor perfección todo el consejo de Dios, que el apóstol Pablo en sus epístolas. En ellas encontraréis doctrina y precepto, experiencia y práctica. Él nos habla de corrupción interna y de tentaciones externas. En ellas encontraremos aquellas palabras que caen como lluvia y refrescan como el rocío, y aquellas frases que se baten como truenos

y resplandecen como relámpagos. En ellas veis al Apóstol, ahora, con su cayado en la mano y guiando gentilmente el rebaño a los lugares de delicados pastos; más tarde le veis con su espada desenvainada, haciendo esforzada batalla a los enemigos de Israel. Quien desee ser fiel y predicar todo el consejo de Dios, tiene que imitar al apóstol Pablo y predicar como él predicó en sus epístolas.

¿Hay algo capaz de tentar al siervo de Dios de modo que se aparte del sendero recto y lo induzca a no predicar todo el consejo de Dios? Hermanos míos, poco comprendéis cuál es la posición del ministro, si en alguna ocasión no habéis temblado por él. Identificaos solamente con un aspecto de la verdad y seréis ensalzados hasta las mismas alturas. Encerraos en un calvinismo tal que sólo os permita ver media Biblia, de modo que perdáis de vista la responsabilidad humana, y en contraréis gente que os aplaudirá y gritará: «¡Aleluya!» Sobre sus espaldas os levantarán un trono y llegaréis a ser nada menos que príncipes en su Israel. Por otro lado, comenzad a predicar mera moralidad, práctica sin doctrina, y veréis como también se os llevará en hombros; pero a la que prediquéis todo el consejo de Dios, ambos grupos se lanzarán sobre vosotros. Unos os acusarán de arminianismo exagerado, mientras que los otros os tildarán de hipercalvinismo. Pero

al hombre no le gusta permanecer entre dos fuegos. Existe siempre la inclinación de satisfacer a uno u otro grupo, ya sea para aumentar el número de los seguidores, ya sea para conseguir un grupito de feroces incondicionales. ¡Pobres de nosotros si nos dejamos influenciar por sus gritos! Pronto dejaríamos la senda estrecha, la senda de justicia, de verdad y de rectitud, ¡Hay tantos ministros bajo la influencia de personas ricas! A menudo el predicador piensa: «Pero, ¿qué dirá el señor A..., editor de tal periódico, en su artículo del próximo lunes?» «¿Qué dirá la señora B..., la próxima vez que la vea?» Sí, todas estas cosas añaden un poco de peso a la balanza, y si el predicador no se sostiene firme por el poder del Espíritu Santo, todo esto hará que se separe un poco del camino estrecho, en el cual sólo puede permanecer si declara todo el consejo de Dios. Ciertamente, aquel que adopta la opinión de la gente aviesa, recibirá honores; mientras que el predicador que permanece firme bajo el puro estandarte de la verdad, quizá encontrándose solo y luchando contra toda maldad, tanto en el mundo como en la iglesia, será objeto de ignominia y deshonor. Por tanto, no era un vulgar testimonio el que el apóstol requería para sí al decir que no había rehuído en anunciar todo el consejo de Dios.

Aunque exista la tentación de no predi-

car todo el consejo divino, con todo, el verdadero siervo de Cristo se ve arrastrado a predicar toda la verdad, porque ella y solamente ella puede satisfacer las necesidades del hombre. ¡Qué de maldades no se han visto en este mundo como resultado de un Evangelio retorcido y hecho trizas por los moldes humanos! ¡Qué daño tan terrible se ha causado a muchas almas por hombres que han predicado solamente una parte y no la totalidad del consejo de Dios! ¡Oh, mis hermanos! Que el Señor os libre de la voz del encantador y os guarde siempre sordos a la voz del error. Incluso en familias cristianas, ¡qué de males no ha ocasionado un Evangelio falseado! Sé de un joven creyente que se convirtió no hace mucho tiempo, y que en humildad delante de Dios, vivía con gozo las primeras etapas de su vida cristiana. Pero el maligno pronto se introdujo en su vida disfrazado con el manto de la verdad. Con el dedo de la ceguera parcial tocó sus ojos y ahora el joven solamente puede ver una doctrina. Puede ver la soberanía, pero no la responsabilidad. El pastor, que por un tiempo fue amado, ahora es odiado; por un tiempo fue conceptuado como fiel en la predicación del Evangelio, pero ahora ha venido a ser la misma hez. ¿Y cuál ha sido el resultado final? Pues nada menos que todo lo contrario a lo bueno y a la benignidad. El

fanatismo ha usurpado el lugar del amor; el rencor ha hecho morada allí donde antes había morado el espíritu de mansedumbre. Podría daros un sin fin de ejemplos para demostraros que, cuando se machaca desmesuradamente una doctrina particular, el resultado que se produce es un exceso de fanatismo y rencor. Y una vez un hombre llega a caer en el fanatismo, fácilmente caerá en otros pecados a la más leve tentación de Satanás. Es necesario pues, que se predique todo el Evangelio, de otro modo incluso los espíritus de los cristianos se verán dañados y mutilados.

He conocido a hombres que eran diligentes en la obra de Cristo y que trabajaban con ambas manos para ganar almas, pero de repente se identificaron con una sola doctrina, y no de la verdad en su totalidad, y acabaron por sumirse en letargo espiritual. Por otra parte, cuando la gente ha tomado solamente el lado práctico de la verdad y ha prescindido del aspecto doctrinal, entonces con frecuencia se ha caído en el legalismo; tales personas hablan como si la salvación dependiera de las obras y llegan casi a olvidarse de la gracia por la cual fueron llamados. El creyente sólo podrá sostenerse puro en doctrina, y sencillo y humilde en carácter, si está bajo la influencia de una predicación que encierra toda la verdad del Se-

ñor Jesús. Y con referencia a la salvación de pecadores, mis queridos oyentes, no podemos esperar que Dios bendiga nuestros esfuerzos para la conversión de almas, a menos que no prediquemos la totalidad del Evangelio. Si predicara siempre sobre un solo aspecto de la verdad y excluyera los otros, en modo alguno podría esperar la bendición del Maestro. Pero si predico como Dios quiere que predique, entonces Él bendecirá el mensaje y pondrá en la predicación el sello de su testimonio viviente. Si pienso que puedo mejorar el Evangelio, que puedo hacerlo más consistente, que puedo revestirlo de modo que aparezca más hermoso, entonces pronto me daré cuenta de que el Maestro me ha desertado y que la palabra Icabod ha sido escrita en las paredes del santuario.

Con respecto al apóstol Pablo, verdaderamente podemos decir que ningún pecador que le oyó, echó de menos el consuelo que fluye de la cruz de Cristo; tampoco ningún santo fue turbado en espíritu por haberle él negado el pan del cielo, o por haber él retenido aspectos preciosos de la verdad. De ningún modo bajo la predicación de Pablo el cristiano práctico llegó a ser tan práctico como para caer en el legalismo, o el cristiano doctrinal tan doctrinal como para abandonar por completo el aspecto práctico. Su predicación era de tal consistencia y rique-

za espiritual, que aquellos que la oyeron y recibieron al mismo tiempo las bendiciones del Espíritu Santo, en verdad llegaron a ser cristianos en espíritu y en vida, reflejando en todo la imagen del Maestro.

No creo que pueda desarrollar con más amplitud este versículo. En estos dos últimos días me he sentido muy indispuerto, de modo que los pensamientos que esperaba poder presentar en una forma más clara, han salido de mis labios de una manera que distaba mucho de ser ordenada.

II.—Ahora debo dejar al apóstol Pablo para dirigiros UNAS SENTIDAS, SINCERAS Y AFECTUOSAS PALABRAS DE DESPEDIDA. «Por tanto, yo os protesto el día de hoy, que soy limpio de la sangre de todos: porque no he rehuído de anunciaros todo el consejo de Dios». No deseo decir nada que sea de condenación o de alabanza propia; no quiero ser testigo propio de mi fidelidad, sino que recurro a vosotros, y por eso os protesto el día de hoy, que no he rehuído de anunciaros todo el consejo de Dios. Con gran debilidad he subido muchas veces a este púlpito, y en muchas más he descendido del mismo con profunda tristeza, y es que no había predicado con el ardor deseado. A muchos debo confesar mis errores y omisiones, y especialmente cierta carencia de ardor al orar por vuestras almas. De todos modos, en esta

mañana mi conciencia me absuelve de una acusación, y estoy seguro de que vosotros también me absolveréis: la de que no he rehuído de anunciaros todo el consejo de Dios. Si en algo he errado, ha sido un error de juicio; pero en aquello que hace referencia a la verdad puedo decir que ni el temor a la opinión privada, me ha hecho abandonar aquello que yo mantengo que es la verdad de mi Señor y Maestro. Os he predicado las cosas preciosas del Evangelio. Me he esforzado, en todo lo que me ha sido posible, a predicaros la gracia del Señor en toda su plenitud. Conozco por experiencia el gran valor de esta doctrina; y que el Señor haga que nunca predique ninguna otra. De no ser salvos por la gracia, jamás podremos gustar de la salvación. Si desde el principio hasta el final la obra de gracia no dependiera de Dios, ninguno de nosotros podría aparecer delante de Dios con plena aceptación. Predico esta doctrina de la gracia, no porque yo la haya elegido, sino por una absoluta necesidad, pues de no ser esta doctrina verdadera, todos nosotros estaríamos perdidos; vuestra fe sería vana, nuestra predicación sería vana, y estaríamos para siempre en nuestros pecados.

Por otra parte, puedo decir que no he rehuído a exhortar, a invitar y a implorar. He invitado al pecador a venir a Cristo. Se me rogó no hacerlo, pero yo no pude obe-

decer. Con mis entrañas suspirando por pecadores que perecen, no podía concluir mis mensajes sin antes suplicar: «Ven a Jesús, pecador, ven». A veces con lágrimas en los ojos me he sentido movido a invitar a los pecadores a ir a Jesús. Sin este elemento de invitación, no puedo en modo alguno predicar doctrina. Si tú no vienes a Cristo, no será por falta de llamamiento, ni porque yo no haya llorado por tus pecados ni me haya esforzado por las almas de los hombres. La única cosa que debo pedir de vosotros es ésta: dad testimonio, dad testimonio de que en este aspecto yo estoy limpio de la sangre de todo hombre, porque he predicado todo lo que sé del consejo de Dios. ¿Hay algún pecado que yo no haya censurado? ¿He guardado en secreto alguna de las doctrinas que yo creo? ¿Hay alguna parte de la Palabra de Dios, ya sea doctrinal o experimental, que a sabiendas yo haya escondido de vosotros? Lejos estoy de ser perfecto, y de nuevo debo confesar mi inutilidad; no he servido a Dios tal como debía, ni he mostrado por vosotros el ardor que hubiese deseado. Ahora que mi pastorado en este lugar ha terminado, desearía empezar de nuevo para así poder arrodillarme delante de vosotros y rogaros que atendierais a las cosas que hacen referencia a vuestra paz. Pero aquí otra vez repito, que si bien en cuanto a ardor y celo me considero

culpable, en cambio, en cuanto a la verdad y a la sinceridad puedo apelar al tribunal de Dios, a los ángeles elegidos y a todos vosotros, de que no he rehuído de anunciar todo el consejo de Dios.

Si uno así lo desea, es fácil no predicar sobre una doctrina cuestionable; basta no mencionar los versículos que la enseñan. Tal encubrimiento puede llevarse con éxito por un tiempo; quizá pasen años antes de que la congregación no se dé cuenta de ello. Sin embargo, al estudiar yo algo, lo he hecho con la intención de presentaros alguna verdad que previamente había descuidado; y si hasta la fecha he omitido el predicaros alguna verdad, mi oración será que, de ahora en adelante, tal verdad ocupe preeminencia en mi predicación y de esta manera pueda ser vista y entendida de todos. De momento sólo os pido que en este día de despedida seáis testigos de mi pregunta, y si caigo en un poco de egotismo o llego a «ser necio en gloriarme», no es por amor a la gloria, sino por un motivo más elevado que os hago la pregunta. Quizá sobrevendrán tristes pruebas a muchos de vosotros. Dentro de poco tiempo algunos de vosotros frecuentarán lugares donde el Evangelio no es predicado. Otros quizá adoptarán un evangelio falso. Sólo una cosa os requiero de vosotros: sedme testigos de que no ha sido por mi culpa, dad

testimonio de que he sido fiel y no he rehuido de anunciaros todo el consejo de Dios. En poco tiempo, algunos que hasta aquí han asistido a este lugar de culto, al ver que su pastor se ha ido, quizá ya no vayan a ningún otro sitio. Quizá os volváis indiferentes, quien sabe si el próximo domingo permaneceréis en vuestras casas, aburriéndoos y malgastando el día. Pero hay algo que quiero deciros antes de que hagáis la resolución de no asistir a la casa de Dios otra vez: vosotros sois testigos de que os he sido fiel. Puede ser que algunos de vosotros «hayáis corrido bien» mientras habéis estado bajo la predicación de la Palabra, pero de ahora en adelante quizá lo abandonéis todo; quien sabe si volveréis de lleno al mundo, a las borracheras, a las blasfemias o a algo parecido. ¡Dios haga que no sea así! Pero yo os ruego, que si de nuevo os hundís en el pecado, por lo menos haced esto por éste que no ha deseado otra cosa más que vuestra salvación; decid de él que fue sincero con vosotros y que no rehuyó de anunciaros todo el consejo de Dios. ¡Oh, mis amados! Quizá dentro de muy poco tiempo alguno de vosotros se encontrará en el lecho de muerte. Cuando el pulso sea débil y los terrores de la horrible muerte ya te rodeen, y tú todavía sigas inconverso, yo te ruego que, aun en estos momentos, tú añadas algo a tu última voluntad y testamento: la exclu-

sión de este pobre ministro, que hoy está delante de ti, de toda participación en esta desesperada locura que te ha llevado al descuido de tu propia alma. ¿No te he llamado a voces para que te arrepientas? ¿No te he invitado a que lo hagas antes de que la muerte te sorprenda? No te he exhortado a huir de la ira que vendrá y a refugiarte en la Roca de Salvación? Cuando cruces el río de perdición, oh pecador, no me culpes de homicida, pues en tu caso yo puedo decir: «Me he lavado las manos en inocencia; soy limpio de tu sangre».

Y el día se acerca cuando todos nos congregaremos otra vez. Esta gran asamblea se verá absorbida por otra mucho más grande, algo así como una gota de agua que se pierde en el océano. Y en aquel día yo tendré que aparecer delante del tribunal de Dios. En caso de que yo no te hubiera avisado, allí se me acusaría de centinela infiel y tu sangre sería requerida de mis manos; si no te hubiera predicado a Cristo e invitado a buscar en Él refugio, entonces, aunque tú perecerías, con todo, tu alma me sería requerida. Aunque te rías de mí y rechaces mi mensaje; aunque desprecies a Cristo y aborrezcas su Evangelio; aunque te hundas en la misma condenación, yo todavía te ruego que me absuelvas de tu sangre.

¿Y qué más puedo decir? ¿Puedo, de alguna

otra manera, abogar por vosotros? Tuviera yo lengua de ángel y el corazón del Salvador, quizá entonces podría hacerlo; pero no puedo hacer más de lo que tantas veces ya he hecho. En el nombre de Dios os ruego que acudáis a Cristo para refugio. Si lo que hasta aquí os he dicho no ha sido bastante, que Dios haga que lo sea ahora. Ven, culpable pecador, apresúrate a venir a Aquel cuyos brazos están extendidos para recibir a toda alma que con arrepentimiento y fe acude a Él. Un poco más de tiempo y este predicador estará en su lecho de muerte. Unos pocos días más de reuniones solemnes, unos pocos sermones más, unas pocas oraciones más, y ya me veo por última vez en mi habitación rodeado de amigos. El que predicó a grandes multitudes, ahora necesita consuelo. El que confortó a muchos en la hora de la muerte, ahora él mismo atraviesa este río. Mis amigos: ¿veré a alguno de vosotros junto a mi lecho de muerte que me acusará de no haber sido fiel? ¿Se verán mis ojos perseguidos por visiones de hombres a quienes yo he entretenido y divertido, pero en cuyos corazones jamás sembré la semilla de la verdad? ¿Ocurrirá, estando yo en mi lecho de muerte, y mientras en una visión horrorosa desfilan delante de mis ojos las grandes multitudes que ante mí se congregaron, que uno tras otro de los que me escucharon me maldecirán por haber sido

infiel? ¡Que Dios no lo permita! Confío en que vosotros me haréis ese favor: que al yacer yo en mi lecho de muerte, testifiquéis de que soy limpio de la sangre de todo hombre y que no he rehusado de anunciaros todo el consejo de Dios.

Esto es todo con respecto al testimonio que pido de vosotros. Ahora me dirijo a vosotros con una petición. A todos los aquí presentes deseo pedirles un favor. Si en algo habéis encontrado provecho, si en algo habéis hallado consuelo, si de alguna manera en las predicaciones que aquí habéis oído han servido para llevaros a Cristo, os ruego en esta ocasión, que quizá sea la última, a que me llevéis en oración delante del trono de Dios. Es gracias a las oraciones de los creyentes que vivimos. Los ministros de Dios deben más de lo que se pueden imaginar a las oraciones de sus respectivas congregaciones. Amo a mi congregación, entre otras cosas, por las incesantes oraciones que hacen por mí. Nunca hubo un ministro por el cual se orara tanto como se hace por mí. Y es por eso que pido a todos aquellos que, por razón de distancia o por otras causas se separarán de nosotros, a que continúen llevándome en sus pensamientos delante de Dios, y a que graben mi nombre en sus corazones tantas veces como se acerquen al trono de la gracia. Poco es lo que os pido; simple-

mente que digáis: «Señor, ayuda a tu siervo a ganar almas para Cristo». Pide que el Señor lo haga más útil de lo que hasta aquí ha sido, y que si en algo ha estado equivocado, le enseñe todo lo que es verdadero. Si no ha confortado tu alma, pide que lo pueda hacer en el futuro; pero si ha sido honesto contigo, ora para que tu Maestro lo guarde en los caminos de santidad. Y lo que yo os pido para mí, lo pido para todos aquellos que predicán la verdad de nuestro Señor Jesús. Hermanos, orad por nosotros. Deseamos trabajar por vosotros como siervos que un día tendrán que dar cuentas. ¡Ah! No es una tarea insignificante el ser ministro cuando se quiere ser fiel al llamamiento. A una persona que pensaba que el ministerio era una cosa fácil, Baxter dijo: «Desearía, señor, que usted ocupara mi lugar y que lo probara». Si el agonizar en oración con Dios e inquietarse por las almas de los hombres, es una tarea descansada; y si el sufrir calladamente toda suerte de abusos, y experimentar desprecios y calumnias, constituye una labor descansada, entonces hacedlo vosotros, porque yo gustosamente me lo sacaría de encima. Os ruego que oréis por todos los ministros de Cristo, para que reciban ayuda, sostén y apoyo, y para que no les falten las fuerzas en todas las labores a desempeñar.

Habiéndoos hecho, pues, esta petición

con referencia a mí mismo, y quizá en ello se me pueda culpar de cierto egoísmo, todavía me resta hacer una súplica a cierto sector de mis oyentes. No puedo apartar de mi mente el hecho de que todavía hay muchos de vosotros que después de haber oído muchas veces aquí la Palabra de Dios, aun no habéis dado vuestros corazones a Cristo. Me alegro de veros aquí, aunque sea por última vez. Y es movido por el pensamiento de que, quizá vosotros ya no lleguéis a pisar más los sagrados atrios de la casa de Dios, y quizá tampoco a oír Su Palabra, ni las sinceras invitaciones y solemnes amonestaciones que se contienen en la misma, que yo en esta noche me dirijo a vosotros con una súplica. Y notadlo, no con un ruego solamente, sino con una súplica; y ésta es de tal naturaleza, que si yo tuviera que suplicar por mi vida, no lo haría con más fuerza y vehemencia como al hacer esta súplica a vosotros. Pobre pecador, detente por unos momentos y piensa. Has oído el Evangelio, pero no te has beneficiado del mismo; cuando estés a las mismas puertas de la muerte, ¿qué pensarás de las muchas oportunidades de salvación que rechazaste? ¿Qué dirás cuando seas lanzado al infierno y estas palabras se repitan en tus oídos: «Tú oíste el Evangelio, pero lo rechazaste»? ¿Qué dirás cuando, riéndose en tu mismo rostro, los diablos te dirán: «Noso-

tros nunca rechazamos a Cristo, ni tampoco despreciamos Su Palabra»? ¿Y qué dirás cuando te empujen a un infierno más profundo del que ellos jamás han sufrido? Te suplico que te detengas y pienses sobre esto. ¿Vale la pena de vivir por los placeres de este mundo? ¿No es acaso este mundo un lugar árido y sin brillo? ¡Oh! Que el Señor te descubra las fatales consecuencias de tu pecado. Todavía tus pecados no han sido perdonados. Y mientras sea ésta tu situación, tú no podrás ser feliz aquí ni en la vida venidera. Mi súplica es la de que te encierres en tu habitación, y si en verdad te consideras culpable, que hagas plena confesión a Dios de tus pecados. Pídele que tenga de ti misericordia por amor de Jesús. Y Él te escuchará. Sí, te escuchará y te concederá lo que le pides; apartará de ti tus pecados; te recibirá y te hará hijo Suyo. Y entonces, no sólo serás aquí más feliz, sino que en el mundo venidero serás también más bienaventurado. Os suplico a vosotros, hombres y mujeres cristianas, a que imploréis la presencia del Espíritu Santo, para que lleve a muchos de los aquí reunidos a una confesión sincera, a una oración verdadera, y a una fe humilde. Pecador, tu vida es corta y la muerte se apresura. Tus pecados son muchos, y el juicio no sólo tiene pies de plomo, sino también una mano firme y pesada. ¡Vuélvete, vuélvete!, vuélvete te ruego. ¡Oh, que el Espíritu

Santo cambie el rumbo de tu vida! Ante tus ojos se te presenta Jesús. Vuélvete a Él, te ruego, y mira el costado que por ti sangra. Mira a Él y vivirás. Cree en Él y serás salvo, porque todo aquel que cree en el Hijo del Hombre tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, ni la ira de Dios descenderá sobre él. Y que ahora, el Espíritu de Dios nos otorgue su bendición permanente: la vida eterna, por amor de Jesús. Amén.

Al principiar el culto, Spurgeon dijo: «El culto de esta mañana tendrá mucho el carácter de una reunión de despedida y también de un sermón de despedida. Aunque mucho me duela tener que separarme de tantos de vosotros, cuyos rostros he visto tantas veces entre la multitud de mis oyentes, sin embargo, por amor a Cristo y a la verdad, nos vemos obligados a abandonar este lugar, y el próximo domingo por la mañana confiamos en alabar a Dios en Exeter Hall. En dos ocasiones, como nuestros amigos ya saben, se nos propuso abrir este lugar por la tarde para celebrar diversiones mundanas, sin embargo, pudimos impedirlo al manifestar yo a los dueños del local de que si así lo hacían, nosotros abandonaríamos el lugar. Pero en esta ocasión nuestra declaración no ha bastado. Comprenderéis, pues, que yo sería un cobarde a la verdad, e inconsistente con mis propias afirmaciones, si me sometiera a sus demandas. De hacerlo, mi nombre cesaría de ser Spurgeon. No puedo ceder, ni nunca cederé en nada sobre lo cual yo sé que estoy en lo cierto. En defensa del día santo del Señor, debemos decir: Levantáos, vámonos de aquí».